

CULTURA URBANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

Francesca Gargallo



MARÍA DEL RAYO RAMÍREZ • ESTHER CHARABATI • TERESA DEY • VERÓNICA ORTIZ
ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ • ROSINA CONDE • CARMEN NOZAL • CARMEN ROS
EDUARDO MOSCHES • EVE GIL • GUSTAVO OGARRIO • MARIANA BERLANGA
ERNESTO AGUILAR MARTÍNEZ • JORGE BUSTAMANTE GARCÍA

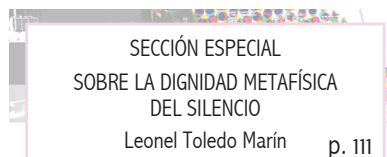
UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
Nada humano me es ajeno



Francesca Gargallo. Foto: Iván Gomezcésar

Francesca Gargallo

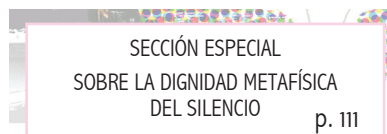
- 5 Aportaciones de Francesca Gargallo a la filosofía latinoamericana y a la historia de las Ideas
María del Rayo Ramírez
- 11 Unos huaraches y algunos libros
Esther Charabati
- 15 Pancha Gallo
Teresa Dey
- 19 Francesca Gargallo
Verónica Ortiz Lawrenz
- 23 Los cuentos mexicanos de una italiana feminista
Adriana Azucena Rodríguez
- 27 Érase una vez un bosque llamado Gargallo.
Carmen Nozal
- 30 Lo siento mucho
Carmen Ros
- 33 Un viento llamado Francesca Gargallo
Eduardo Mosches
- 37 En memoria de Francesca Gargallo (1956-2022)
Ernesto Aguilar Martínez
- 45 Sólo las palabras pueden decir el asombro
Jorge Bustamante García
- 69 Las fronteras son asesinas.
Entrevista a Francesca Gargallo
Rowena Bali
- 93 Una amazona de verdad
Eve Gil
- 96 Sueño
Rosina Conde
- 98 Poemas
Guisela López
- 101 Lejos de Kiev
Gustavo Ogarrio
- 106 Francesca Gargallo: maestra de maestras
Mariana Berlanga Gayón



- 108 Sin puntos ni comas
Alejandro Aldama
- 121 Librario
Alejandra García

Francesca Gargallo

- 5 Aportaciones de Francesca Gargallo a la filosofía latinoamericana y a la historia de las Ideas
María del Rayo Ramírez
- 11 Unos huaraches y algunos libros
Esther Charabati
- 15 Pancha Gallo
Teresa Dey
- 19 Francesca Gargallo
Verónica Ortiz Lawrenz
- 23 Los cuentos mexicanos de una italiana feminista
Adriana Azucena Rodríguez
- 27 Érase una vez un bosque llamado Gargallo.
Carmen Nozal
- 30 Lo siento mucho
Carmen Ros
- 33 Un viento llamado Francesca Gargallo
Eduardo Mosches
- 37 En memoria de Francesca Gargallo (1956-2022)
Ernesto Aguilar Martínez
- 45 Sólo las palabras pueden decir el asombro
Jorge Bustamante García
- 69 Las fronteras son asesinas.
Entrevista a Francesca Gargallo
Rowena Bali
- 93 Una amazona de verdad
Eve Gil
- 96 Sueño
Rosina Conde
- 98 Poemas
Guisela López
- 101 Lejos de Kiev
Gustavo Ogarrio
- 106 Francesca Gargallo: maestra de maestras
Mariana Berlanga Gayón



- 109 Sin puntos ni comas
Alejandro Aldama
- 121 Librario
Alejandra García



Aportaciones de Francesca Gargallo a la filosofía latinoamericana y a la historia de las Ideas

María del Rayo Ramírez

Durante varias horas de viaje que hicimos juntas, aquellas que nos permitían una cercanía cotidiana, afectiva y dialogante, en las que nos narrábamos episodios de nuestras vidas, ella insistía en que el feminismo es una filosofía práctica y que son feministas, e incluso feministas «todos aquellos que [reivindican] con sus escritos y sus acciones el derecho de las mujeres a ser sí mismas y a explayarse

Quiero empezar este texto enfatizando su trabajo como filósofa. Ella se graduó en Filosofía por La Sapienza de Roma, lo cual significa que se formó en el pensamiento filosófico clásico y contemporáneo. Pero esto no es motivo suficiente para lograr aportaciones en este campo fuertemente ceñido a sus tradiciones de pensamiento, entornos y prácticas masculinas. Es la vivencia de los acontecimientos lo que impulsaban a Francesca a pensar filosóficamente y a colocarse frente a esas tradiciones acumuladas por siglos y siglos.

A su llegada a México en 1979 continuó su formación académica en el posgrado de Estudios Latinoamericanos de la UNAM. La multidisciplina de este espacio le permitió ejercer con mucha mayor libertad el pensar filosófico, que se nutrió de su propia estructura rebelde frente a los mandatos hegemónicos, a los principios y a las metodologías encorsetadas y se nutrió, también, de su activismo político en círculos feministas.

Dicho por la poeta cubana-mexicana Aralia López,¹ Francesca Gargallo asume una perspectiva existencialista e histórica en su escritura literaria al posicionarse frente a la irreductibilidad de las ideas y de la situación histórica de quienes las echan a andar, cuanto más, digo yo, en el caso de sus escritos filosóficos. Es decir, la reflexión de Gargallo, (ex)puesta en sus textos intenta permanentemente corporalizarse, corporalizando los discursos o narrativas, con las cuales y, a veces, por encima de las cuales, teje su propio espacio de enunciación porque, para ella, el pensar, el escribir, el citar, lo personal y lo íntimo son dimensiones de lo político y se anidan en los cuerpos.²

1 Aralia López González. «Historia, literatura y existencia en dos novelas de Francesca Gargallo» en *Iztapalapa* 52, año 23-1, enero-junio de 2002, UAM, México, págs. 229-244.

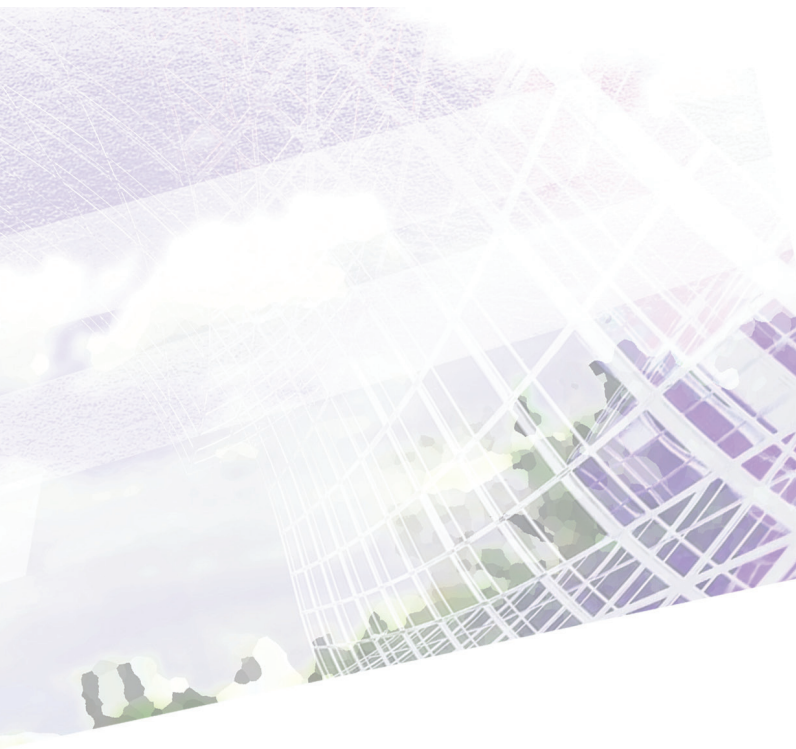
2 Francesca señala en *Las bordadoras de arte. Aproximaciones estéticas feministas*, México, Editores y Viceversa, 2020, que desde mediados del siglo XX, en las prácticas artísticas feministas, «[el] conocimiento se ensancha y las preguntas filosóficas se formulan nuevamente desde otra perspectiva que los esquemas de la racionalidad acorporal, asocial y ahistórica» (p. 120), el énfasis es mío.

Su formación en los Estudios Latinoamericanos la acercó a la Historia de las Ideas y a la filosofía latinoamericana, donde conoció y dialogó con Leopoldo Zea, Horacio Cerutti y Luz María Martínez Montiel, de quien recibe el impulso por seguir las huellas de los movimientos libertarios y en resistencia de los grupos afrodescendientes en el Caribe. En los campos de la filosofía latinoamericana y de la historia de las ideas dejó aportaciones fundamentales.

Publicó en el 2004 *Ideas feministas latinoamericanas* (UAM), en cuya primera página se reconoce como historiadora de las ideas y donde piensa al feminismo desde sus propias prácticas y desde la historia de sus reflexiones, para sustentar teóricamente una ética y una política feministas. En este trabajo rescata la filosofía hecha por mujeres, al pensamiento crítico nacido de su acción, de mujeres que se piensan a sí mismas y dialogan entre sí y mantiene como horizonte el impulso utópico desde el suelo latinoamericano, recuperando sus pendientes y los deseos por resolverlos.

Y Francesca no renuncia al campo de la filosofía en el curso de su reflexión sobre la historia de las ideas feministas. Por el contrario, siguiendo el diálogo abierto por su primera edición, la autocrítica surgida por el debate con colectivas y pensadoras, especialmente indígenas y negras, prepara su segunda edición (2006), revisada y aumentada, en la que incluye un capítulo titulado con una pregunta «¿Hacia un feminismo no occidental?». Este capítulo es, para mí, el lazo necesario con su posterior libro *Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América*, que publicó primeramente en la UACM en el año 2012. Este libro es un gran tejido de voces y preocupaciones que recogió mochila a la espalda de México a Chile y de la mano de su hija Helena, en el que se asume como filósofa caminante, es decir, por quien pregunta y pone en crisis sus costumbres y los conceptos heredados, a la luz de otras voces de mujeres y de otros territorios. Su pensar filosóficamente la llevó a desmontar universalismos y a reconocer la pluralidad y la historicidad como los puntos de partida de un pensamiento que es a la vez propio y colectivo. No dudó desde estos campos, la filosofía y la historia de las ideas, en escuchar a sus compañeras y en desafiar a sus interlocutoras, interlocutores y a las prácticas normalizadas de la academia, que bien tolera hablar del «falogocentrismo» acuñado por un filósofo francés,





pero que se irritaba mucho por la traducción al mexicano de barrio que acusaba Francesca Gargallo.

Conviene acentuar aquí su noción de feminismo. Durante varias horas de viaje que hicimos juntas, aquellas que nos permitían una cercanía cotidiana, afectiva y dialogante, en las que nos narrábamos episodios de nuestras vidas, ella insistía en que el feminismo es una filosofía práctica y que son feministas, e incluso feministas «todos aquellos que [reivindican] con sus escritos y sus acciones el derecho de las mujeres a ser sí mismas y a explayarse»³.

Entre sus aportaciones filosóficas quiero trazar aquí un bosquejo mínimo. En primer lugar, los principios y efectos en la construcción de nuevos conocimientos. Francesca impulsó siempre una epistemología colectiva, dialogante y con raigambre histórica. La historia de las ideas siempre fue un recurso para sustentar empíricamente sus reflexiones, cuyo despliegue estratégico puede rastrearse en los libros ya citados en los que elige nombrar a sus interlocutoras presentes y pasadas para iluminar aristas que le permiten desplegar su pensamiento. Es así que en el terreno de una epistemología feminista reconocerá que algunas mujeres en Nuestra América, en ritmo de fuga de sus propias circunstancias existenciales, conversaban, se reconocían y se autoafirmaban mientras bordaban, cocinaban o lavaban juntas; después creció su actividad literaria, editorial y su conciencia política, ampliando las redes de los gineceos, la medicina, la física y la química de los hogares y de la sensibilidad que hace que el olfato, el tacto y el gusto sean los criterios de verdad, en la misma medida que la visión, descorporalizada por la *teoría*. Es necesario reconocer estos pespuntos para hilvanar las ideas en torno a la epistemología feminista que dejó en sus textos y que ponía en práctica en sus propias investigaciones y libros.

En el campo de la estética, en su libro *Las bordadoras de arte. Aproximaciones estéticas feministas*, pone nuevamente en ejercicio el punto de partida epistemológico que marca el camino a seguir o su metodología para construir el conocimiento, para acechar aquello que tiene fuerza de verdad en sus reflexiones, contraria al modelo del ejercicio reflexivo como un falso monólogo. En esta obra la red de dialogantes en los textos de Francesca se expande en muchas direcciones;

3 Francesca Gargallo (coordinadora). *Antología de pensamiento feminista nuestroamericano, Tomo I. Del anhelo a la emancipación*, s.p.i. p. 15.

incluso pueden reconocerse diálogos de larga data con autoras con las que se une afectivamente a partir del reconocimiento y la admiración, no sólo por cierto de mujeres sino también de varones vivos o muertos; pero particularmente desde la acción práctica y teórica en la cual dialoga con filósofos y filósofas de Nuestra América, activistas y teóricas del feminismo de la diferencia sexual, el feminismo autónomo y el feminismo comunitario. Este libro incluye un conjunto de nueve artículos que Francesca Gargallo escenificó en conferencias y nos permite reconocer los espacios de discusión y debate que los nutren, de 2014 a 2018, y sus ondas expansivas en distintos espacios geográficos de América Latina, Brasil y el Caribe.

La estética feminista es abordada por la autora a partir de considerar a la «estética como filosofía de la percepción [que] nos interpela personal y colectivamente»⁴. Afirmación que la coloca muy lejos de lo que Baumgarten, el iniciador de la estética como disciplina filosófica, definió como «ciencia del arte y de lo bello»⁵. Las voces con las que entreteje Francesca su reflexión, como la de la filósofa Eli Bartra, concuerdan en señalar que las experiencias artísticas o estéticas de las mujeres es múltiple y compleja y que éstas han acompañado la historia de sus comunidades como sujetas anónimas creadoras.

No obstante, en los años setenta del siglo XX la práctica estética de mujeres y de feministas ha tenido una explosión acompañada de rebeldía, irreverencia y creatividad junto a una reflexión necesaria para entender cada vez mejor el mundo patriarcal al que se han opuesto con la poesía, el cine, la danza, el *performance*, el bordado, la pintura, la escultura, y otras expresiones, mediante las cuales han experimentado otras formas de narrarse y narrar el mundo, de imaginarlo y de habitarlo.

Para Gargallo, las prácticas artísticas feministas no sólo son expresión de una producción no-enajenada, sino que su hacer mismo es parte de un proceso de liberación y ambos, producto y proceso creativo, se oponen al mundo del trabajo y de la lógica de las relaciones capitalistas de explotación y de ganancia, en tanto no tengan un lugar de residencia en los circuitos del arte. Las prácticas artísticas feministas descansan sobre ciertos valores estéticos, y estos no son

ni universales ni previos a la experiencia, más bien porque se nutren de ella es que pueden reconocerse diversas estéticas culturales.

Las prácticas estéticas feministas y los principios epistemológicos esbozados —perspectiva existencialista e histórica—, le permiten afirmar que los valores estéticos no son universales ni apriorísticos, y que lo urgente es poner en movimiento otros valores que desmonten la estructura de poder y de violencia contra las mujeres, pero fundamentalmente contra el poder que mata porque, como ya lo planteaba Carla Lonzi en 1970 en *Escupamos sobre Hegel*: «[l]a actuación de la mujer en el mundo masculino no implica una participación en el poder masculino, sino cuestionar el concepto [mismo] de poder»⁶ articulado, según las feministas negras, indígenas y lesbianas disidentes, desde finales de la década de los años ochenta, por múltiples estructuras opresivas: sexuales, clasistas y racistas.

Si los valores estéticos y el gusto son «una compleja construcción ideológica cuyas finalidades son los patrones de distinción que facilitan el control social» disfrazando de libertad lo que es conveniente socialmente, dice Francesca Gargallo, de lo que se trata es de des-montarlos, des-enmascararlos como universales ideológicos, des-totalizarlos diría Arturo Andrés Roig, para inventar otros valores y hacer florecer otras experiencias del mundo alejadas de la crueldad, la violencia, la opresión, la guerra y la muerte. Este es el horizonte ético-político del feminismo filosófico de Francesca que apunta(ba) también a la transformación de los espacios educativos en las universidades y de confabularlos fuera de ellas.

Pero también quiero señalar que Francesca llevó sus energías y creatividad para fundar la Universidad Autónoma de la Ciudad de México en el año 2001; cuyo proyecto se pensó en crítica al modelo de la universidad de origen medieval y a distancia de las políticas neoliberales. En nuestra universidad Francesca participó como fundadora de la licenciatura de Filosofía e historia de las Ideas donde dejó su huella en las áreas de filosofía práctica y de historia de las ideas, en las que propuso cursos fundamentales como historia de las ideas feministas, Filosofía feminista, entre

4 Francesca Gargallo. *Las bordadoras de arte...*, p. 134.

5 Nicola Abbagnano. *Diccionario de filosofía*, México, FCE, 1963, p. 450.

6 Carla Lonzi. *Escupamos sobre Hegel, Escritos de «Rivolta Femminile»*, México, fem-e-libros / creatividadfeminista.org, 2004, p. 7. Consultado en <https://libroschorcha.files.wordpress.com/2018/05/escupamos-sobre-hegel-carla-lonzi.pdf>.

muchos otros, a pesar de la aceptación escéptica de la mayoría de nuestros y nuestras colegas.

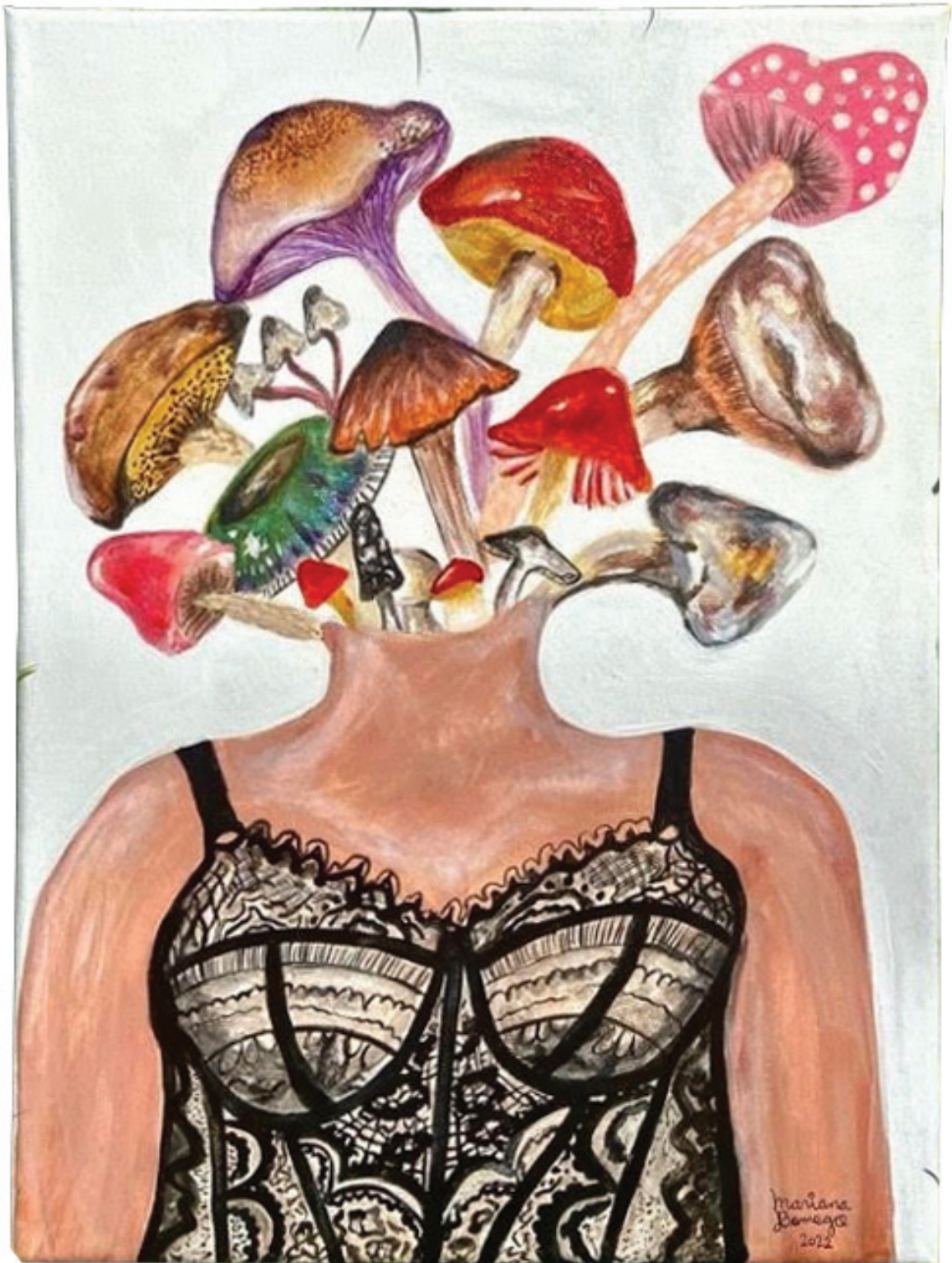
Francesca participó en la formación de muchas generaciones de estudiantes de nuestra universidad y de otras universidades. Desde la filosofía y la historia de las ideas, las obras publicadas e inéditas de Francesca, se deberán analizar, para seguir las sendas de los diálogos abiertos por ella en la ética, la estética, la epistemología y la política feministas, por mencionar sólo algunos senderos que nos quedan por transitar. Quienes la conocieron y tuvieron como maestra, guardan las semillas de preguntas,

dudas, rabias, ideas, y hasta irreverencias para hacer germinar las suyas propias.

La obra de Francesca Gargallo, relativa a la filosofía y a la historia de las ideas, es ya un referente nuestro para seguir pensando; lo mismo que es un referente en estos campos para la red de pensadores y pensadoras del Cono Sur, pasando por Centro América, el Caribe, y llegando a Canadá y algunos países europeos.

Si quieren conocer su pensamiento, lean sus obras; en ellas está su voz que nos queda como legado para encontrar nuestra propia palabra en el mundo que habitamos. 





Fungi lace lady
Mariana Borrego

Unos huaraches y algunos libros

Esther Charabati

Francesca abre el libro de Bolaño *Los detectives salvajes* y se descubre entre sus páginas. No ella como persona, sino como miembro de una generación que se rebeló contra los padres que pretendían imponerles una carrera y contra las mafias de escritores vanidosos que detentaban el poder

Cuando le propuse escribir en la revista que yo dirigía en ese entonces —*Horizontes*— dijo que sí. Cuando le informé que el tema era *El libro que cambió mi vida*, dijo que sí. Cuando la invité a presentar mi novela, dijo sí. Me cae bien la gente que no lo piensa, que regala síes espontáneamente. Francesca me caía muy bien por la vitalidad que transmitía. Al releer ese artículo de 2004, me detengo en el primer párrafo, donde advierte que le gustaría poder decir respecto a los libros: «El más importante es el próximo, tanto el que escribiré (y que siempre es incierto) como el que leeré (cuya improbabilidad está ligada a la no permanencia de la vida)». Tenía razón, pero hoy esa frase salpica tristeza.

Habla entonces de sus resistencias: «es difícil que me decida a leer libros en el momento que están de moda (una actitud semejante a la de no comprar nunca nada que se publicite)». Sin em-

bargo, hasta las convicciones más profundas tienen su límite: una tarde, hojeando libros en El Péndulo de la Condesa, Francesca abre el libro de Bolaño *Los detectives salvajes* y se descubre entre sus páginas. No ella como persona, sino como miembro de una generación que se rebeló contra los padres que pretendían imponerles una carrera y contra las mafias de escritores vanidosos que detentaban el poder. Una generación que quiso defender sus opciones amorosas y buscó tenazmente una expresión poética rebelde.

Francesca se ve a sí misma como cobarde —quién lo diría—; por lo menos, afirma, cuando se trata de defender a muerte un estilo de vida. Y es precisamente por eso que le resulta entrañable la lectura de este libro que relata las vicisitudes y los ideales de una generación. Leído hoy, desde las luchas atomizadas de la actualidad —el feminismo, la comunidad LGBTQ+, el cuidado del medio

ambiente, las culturas indígenas o los animales—, cuesta trabajo recordar a una juventud rebelde hasta los huesos que se negó a portar el uniforme militar y las costumbres de sus abuelos, que rompió con la decencia —como afirmaba Monsiváis—, y abandonó la casa familiar —o el país natal— con un morral al hombro, unos huaraches y algunos libros. El ideal era modesto: cambiar el mundo. En las discusiones —interminables, como suelen ser las discusiones en la juventud— los protagonistas no eran Judith Butler y Deleuze, sino Marx —que parecía eterno... quizá lo sea—, Lenin y Gramsci. El odio a las dictaduras militares de Chile, Uruguay y Argentina y a todo lo que oliera a tradición y a valores occidentales, se gritaba, se comía, se vivía. A nuestro lado Violeta Parra, Mercedes Sosa y Daniel Viglietti nos fortalecían con voces decididas: «Unidos en la lucha, no nos moverán...». Las canciones de protesta eran nuestras compañeras de vida. (Décadas después, cuando fui a conocer el Palacio de

la Moneda en Santiago, lo primero que vino a mi mente, con algunas lágrimas, fueron las palabras de Pablo Milanés:

«Yo pisaré las calles nuevamente
De lo que fue Santiago ensangrentada
Y en una hermosa plaza liberada
Me detendré a llorar por los ausentes».

Como deben estar enterados, no cambiamos el mundo o no lo suficiente. Sin embargo, la lectura de *Los detectives salvajes* despierta sentimientos intensos en Francesca: «pocas veces me sentí tan orgullosa de haber pertenecido a una generación de derrotados que no cedieron, a la vez héroes trágicos y semillas del futuro». Es preciso decir que para Francesca la lucha nunca terminó.  

LA ACERA DE ENFRENTÉ

Sobre la desigualdad que pone en crisis al capitalismo

Francesca Gargallo

Según María del Rayo Ramírez Fierro, ubicar el propio análisis de la realidad *desde* América Latina implica hacerlo *desde* “todos los lugares marginales del imperio global”. Esto es, desde espacios geográficos, culturales y económicos donde los movimientos sociales más recientes han aglutinado a sectores diversos (mujeres y hombres indigentes urbanos, indígenas y campesinos, desempleados, de la tercera edad, niños de la calle, afrodescendientes, migrantes), para estructurar reclamos que tienen que ver con algo más profundo, más elemental que la lucha por la socialización de los instrumentos de producción, posiblemente con el cambio de una cultura basada en el concepto de lo superior, ejercida por los elegidos. Se han juntado alrededor de la no privatización de recursos naturales primarios como el agua o el gas, contra el turismo transnacional, el latifundio y la agroindustria: son los sin tierra de Brasil, los sin rostro de México, y los sin techo de toda América, es decir son los seres humanos extranumerarios para el sistema capitalista mundial que, desde sus márgenes, son capaces de ponerlo en crisis. Las mujeres que participan en el movimiento zapatista en México, las coccaleras en Bolivia, las indígenas amazónicas y andinas de Ecuador y Venezuela están denunciando la relación entre el colonialismo, el racismo y las desigualdades económicas, de oportunidades y de acceso a los servicios públicos que las marginan.

En *Revista venezolana de estudios de la mujer*. Caracas, 2007





Primero trabajó como jinete y moza de cuadra en las caballerizas de su familia, mientras pernoctaba en el Palazzo Gargallo; luego, tomó su mochila y comenzó a recorrer el mundo entero, y cuando digo el mundo entero, hablo del sur de Chile hasta Nueva York y podíamos encontrarla en un congreso de Filosofía en Alemania o la República Saharagüi, o Mongolia, o desgranando maíz en la casa de Guadalupe en San Pedro Amuzgo en Guerrero

Llevo semanas aplazando la escritura de este texto. No logro comprender a cabalidad la razón por la que me siento frente a mi pantalla y me quedo en blanco. Supongo que no quiero recordar que Francesca ha muerto. Tuve que admitirlo algunos días antes, cuando Helena pensó que era momento de que Carmen Ros y yo la viéramos. Mientras esperábamos, una mujer, que después identificamos como su enfermera, comentó que Fran ya tenía un pie más allá. Mi cerebro se negó a procesar la información. Sentí como si abriera un libro de cuentos de brujas y princesas, y me imaginé a mi amiga volando entre cisnes, como hija del viento. La ficción siempre me ha ayudado a vivir... Cuando la vimos, la besamos y le agradecemos cada momento, cada carcajada, las lágrimas com-

partidas y uno que otro grito. No pudo respondernos, pero sé que nos reconoció. Nos llevamos en el alma rota la certeza de que esa tortura no podía durar.

Dos días después volvimos a la casona para encontrarla en la sala, dentro de su ataúd blanco. Al entrar nos recibieron unos chamanes y nos sahumaron para ayudarnos a encontrar la paz, el recorrido desde el portón hasta la improvisada capilla ardiente estuvo poblado de imágenes inesperadas: para empezar un enorme pendón morado que colgaba de una de las paredes del patio con la consigna indispensable: «Viva y libre. Ciao Dra.»; aquella noche la casona estaba más atestada de almas que de costumbre con amigos de todas la procedencias, de todos los

ámbitos, de todos los colores, sabores, olores, que nos congregamos allí para despedirla, para despedir el cuerpo de esa mujer cuya esencia iba convirtiéndose en leyenda, en motivo, en consigna de rebeldía contra la violencia. En medio de las pláticas, se escuchó una voz muy clara que fue haciéndose clamor: «Pancha Gallo, Pancha Gallo, Pancha Gallo...», en un reclamo amoroso de súplica para que volviera y la necesidad de invocarla como declaración de principio. Así, con su nombre de batalla, me despedí por última vez de mi amada Francesca Isabella Gargallo di Castel Lentini Celentani, Doctora en Estudios Latinoamericanos, mi amiga, mi mentora, mi compañera, mi ejemplo.

Han pasado más de dos meses y me descubro pensando en Fran y Helena con la misma preocupación que antes, hasta que recuerdo que ya hubo un desenlace. Necios afanes del cariño. Todavía no me hago a la idea de que no volveré a tener noticias de Francesca y que mi niña Helena es una adulta independiente a quien debo amar y procurar tanto como ella quiera, no más.

Hace más de treinta años nos hicimos amigas y es que conocer a Fran y que brotara un afecto lleno de asombro y de admiración era un solo movimiento. Surgió así, natural y después se fue poblando de compañía, solidaridad, azoros compartidos, búsquedas y rabias comunes; con la literatura como pretexto y este ser mujeres como soporte.

Haberla tenido cerca, haberme irradiado de su fuerza, de su voluntad y de algunas de sus certezas influyó tanto en mí, que sin lugar a dudas, yo no sería la que soy, no me respetaría ni podría mirar la vida de frente sin Francesca. Ella y Carmen Ros fueron las presencias que me ayudaron a moldear esa arcilla que tardíamente se forjaba en mujer autónoma. Así que querer hablar en algunas páginas de eso que significó para mí Francesca Gargallo es como aspirar a reunir el agua de una tormenta dentro de un vaso de vidrio, no importa el tamaño del receptáculo, nunca va a alcanzar.

Francesca era una caminante perpetua desde que dejó Siracusa y los brazos de sus abuelas, la griega Ada Sdrin Comnena y la italiana Gilda Cosmo para ir a Roma y desde su adolescencia, tratar de liberarse de algo en el ambiente familiar que a ella le parecía opresivo, primero trabajó como jinete y moza de cuadra en las caballerizas de su familia, mientras pernoctaba en el

Palazzo Gargallo; luego, tomó su mochila y comenzó a recorrer el mundo entero, y cuando digo el mundo entero, hablo del sur de Chile hasta Nueva York y podíamos encontrarla en un congreso de Filosofía en Alemania o la República Saharagüi, o Mongolia, o desgranando maíz en la casa de Guadalupe en San Pedro Amuzgo en Guerrero.

«Escritora, caminante, madre de Helena, partícipe de redes de amigas y amigos...» Madre de Helena, subrayo. Al darle el lugar que corresponde entre sus datos biográficos, Fran estaba revalorando esa parte de la historia de muchas, porque en los ambientes académicos e intelectuales ese es un detalle que parece carecer de importancia, a pesar de ser algo esencial en nuestras vidas. A principios de los noventa, Carmen Ros y yo solíamos tomar un taller con Francesca en el Foro Shakespeare. Una mañana, Carmen nos contó que había soñado que Fran había dado a luz una niña igualita a ella y que en el parto la habíamos asistido las dos. Francesca se rio de la ocurrencia de Carmen y nos contó que no podía tener hijos porque cuando era corresponsal de guerra en Nicaragua, para salvarse del napalm, se había tirado a un río y el agua envenenada con químicos le había atrofiado algún órgano dejándola estéril. Un tiempo después nos platicó que estando en Roma, su madre había insistido en llevarla al médico y resultó que estaba embarazada. Así que Helena fue concebida casi como un milagro y para nosotras, sus tías, lo sigue siendo.

Al traspasar el umbral del departamento uno de los edificios Condesa, transitaba una como a otra dimensión donde siempre había café, una conversación reveladora y un ambiente de absoluta libertad, spaghetтата o no, vino de por medio o no, siempre estaban Fran, Helena y de seguro algún entenado porque la generosidad de ambas es proverbial y eso que todavía no existía la casona, ni el túnel México-Italia. Sus puertas siempre estuvieron abiertas para quienes huían del trato patriarcal; también su compañía y sororidad, como cuando nos fuimos a comer para celebrar juntas mi primer fin de semana en mi casita de sol. Celebramos como pudimos, compartimos un solo platillo en un restaurante de la Condesa, cuando todavía era Fondesa, eso sí, pedimos dos copas de vino, porque ninguna de las dos podía darse otro lujo.

Francesca siempre fue ilimitada en sus amores, en sus enojos, en sus rabietas, en su entrega, en la solidaridad hacia cualquiera que ella sintiera frágil. La extraño, no, más bien, extraño saber que ella está en el mundo tratando de hacerlo un lugar más equitativo, menos opresor. A fin de cuentas este texto, con todo el dolor, la negación, los veinte intentos de seguir, me hicieron rememorarla

tan de cerca que es como si hubiera podido despedirme de cada época compartida, la sentí corriendo tras Helena niña, enseñándola a manejar, en la primaria, en los eventos literarios compartidos, en la fundación de la UACM y la carrera, en las manifestaciones, en la casona, en su nombre que sigo invocando a ratos para paliar esta desolación de que se haya ido. ^CU





Francesca Gargallo Verónica Ortiz Lawrenz

Francesca Isabella Gargallo di Castel Lentini Celentani, era una mujer seductora, inteligente y libre. Nacida en Siracusa, Italia, el 25 de noviembre de 1956, decidió viajar por el mundo para encontrar el lugar donde haría casa. México la cautivó, años después se nacionalizó, tuvo a su única hija, Helena, para seguir viajando y establecer su casa en la Ciudad de México

La conocí en los ochentas, me la recomendaron para mis programas de educación sexual en Canal Once. Nos impactó su presencia, aparte de su belleza física, la contundencia y claridad de sus conceptos sobre feminismo, género, machismos y violencia. Licenciada en filosofía por la Universidad de La Sapienza en Roma y doctora en estudios latinoamericanos por la UNAM, empezó a escribir de muy niña cuando a los doce años decidió modificar la constitución italiana. Su madre bióloga y su padre historiador la rodearon de libros y preguntas. Francesca escribió poesía, cuento, ensayo, fue en la novela histórica donde mejor se sintió, después de recorrer en burro con su hija pequeña la zona de la alta Chichimeca, nos entregó su obra maestra, *La decisión del capitán*, publicada por Era en 1997 y reeditada por el Fondo de Cultura Económica en 2021. El desierto, las distintas cosmogonías y la violencia enmarcan esta poderosa obra sobre el capitán Miguel Caldera, hijo de español e india, quien recibe

el encargo, del virrey don Luis de Velazco, de pacificar la frontera chichimeca durante los primeros años de la expansión colonial en la Nueva España. Antes, en 1980, había publicado en italiano el poemario *Itinerare*, y el libro de cuentos *Le tre Elene. Días sin Casura* fue su primera novela en español, publicada en 1986, donde cuenta la vida de una periodista italiana involucrada con la guerrilla. Sus temas se repetirán en casi toda su obra: humanismo, libertad, mujeres fuertes, autónomas, maternidad, sexualidades. Por eso Francesca era considerada como una de las más progresistas teóricas del feminismo.

Hablaba con ese seductor acento italiano, ese que ni con todos sus maestros pudo quitarse, pero su escritura era de un castellano perfecto, porque amaba nuestro idioma. Conversar con ella era aprender y reflexionar a cerca de sus pasiones y convicciones. *Ideas feministas latinoamericanas*, ensayo filosófico sobre el feminismo latinoamericano,

destaca a las mujeres que más influenciaron su obra y su pensamiento: Graciela Hierro, Rosario Castellanos, las poetisas mexicanas Dolores Castro y Enriqueta Ochoa y la colombiana Marvel Moreno.

Tenía fascinación por los jóvenes, sobre todo por las mujeres con las que realizó en distintas universidades y grupos feministas en México y Centroamérica talleres sobre feminismo. Editora de la revista *Blanco móvil*, junto con su director el poeta Eduardo Mosches, migrante como ella, su amigo entrañable, nos entregó números dedicados a sus temas desde el arte y la creación literaria.

Adelantada a su época, llama la atención *Al paso de los días*, publicada por Terracota en 2013. Apasionante novela de denuncia sociopolítica y ecológica.

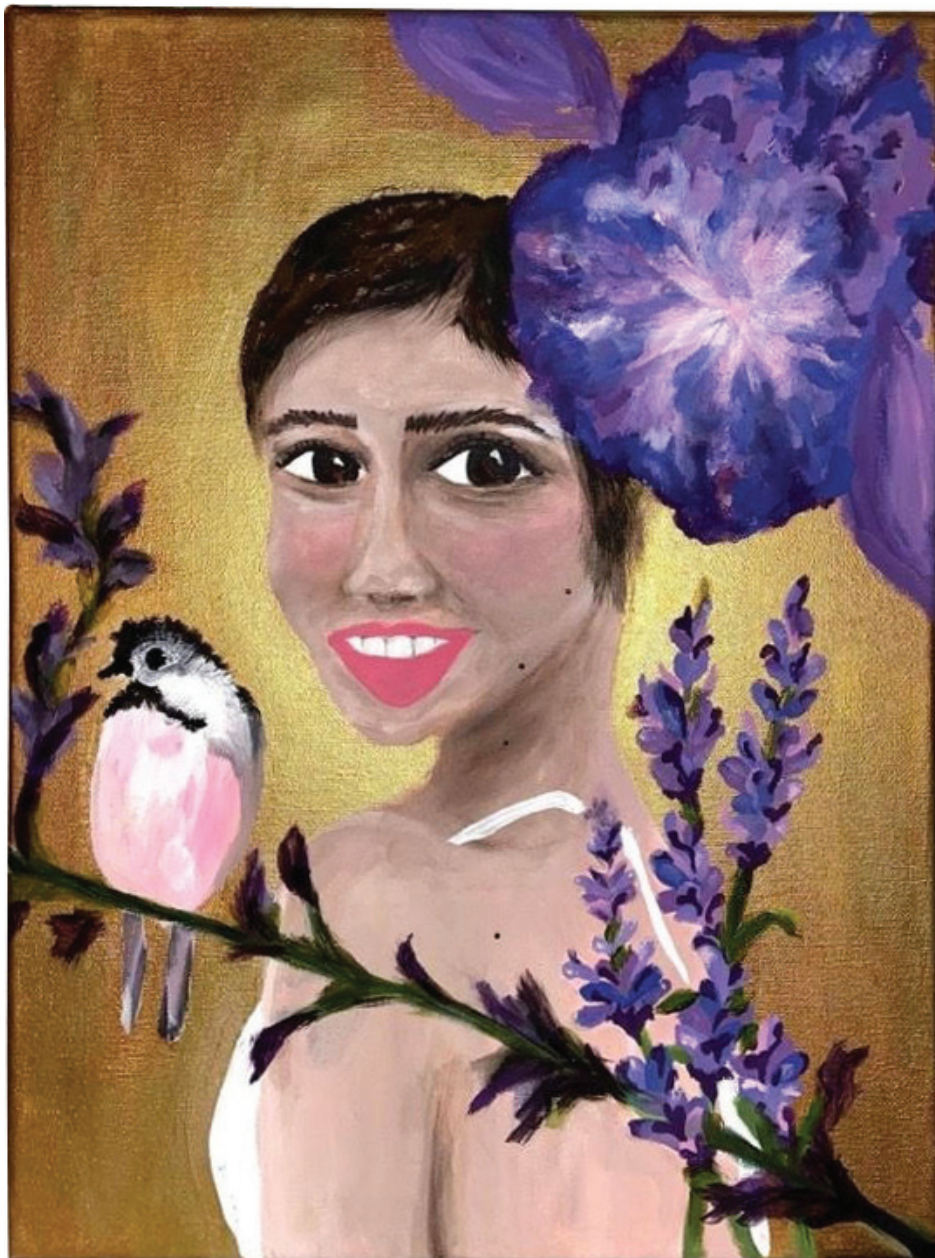
Nos entregó varios libros más. Me impactó leer y conocer de cerca lo que relata en *Los extraños de la planta baja*, sobre su valiente salida del departamento en la Condesa, heredado de su padre, para reconstruir los muros de un gran terreno en Santa María la Ribera donde decidió albergar a artistas marginales. Le importaba hacer

comunidad y apoyar a los jóvenes artistas. Lugar donde vivió hasta su prematura muerte este pasado 3 de marzo. Fue valiente e incansable su lucha contra la enfermedad, el covid y el cáncer mermaron su salud, pero no sus ideas, su inquebrantable amor por su hija, amigas y amigos que la acompañaron.

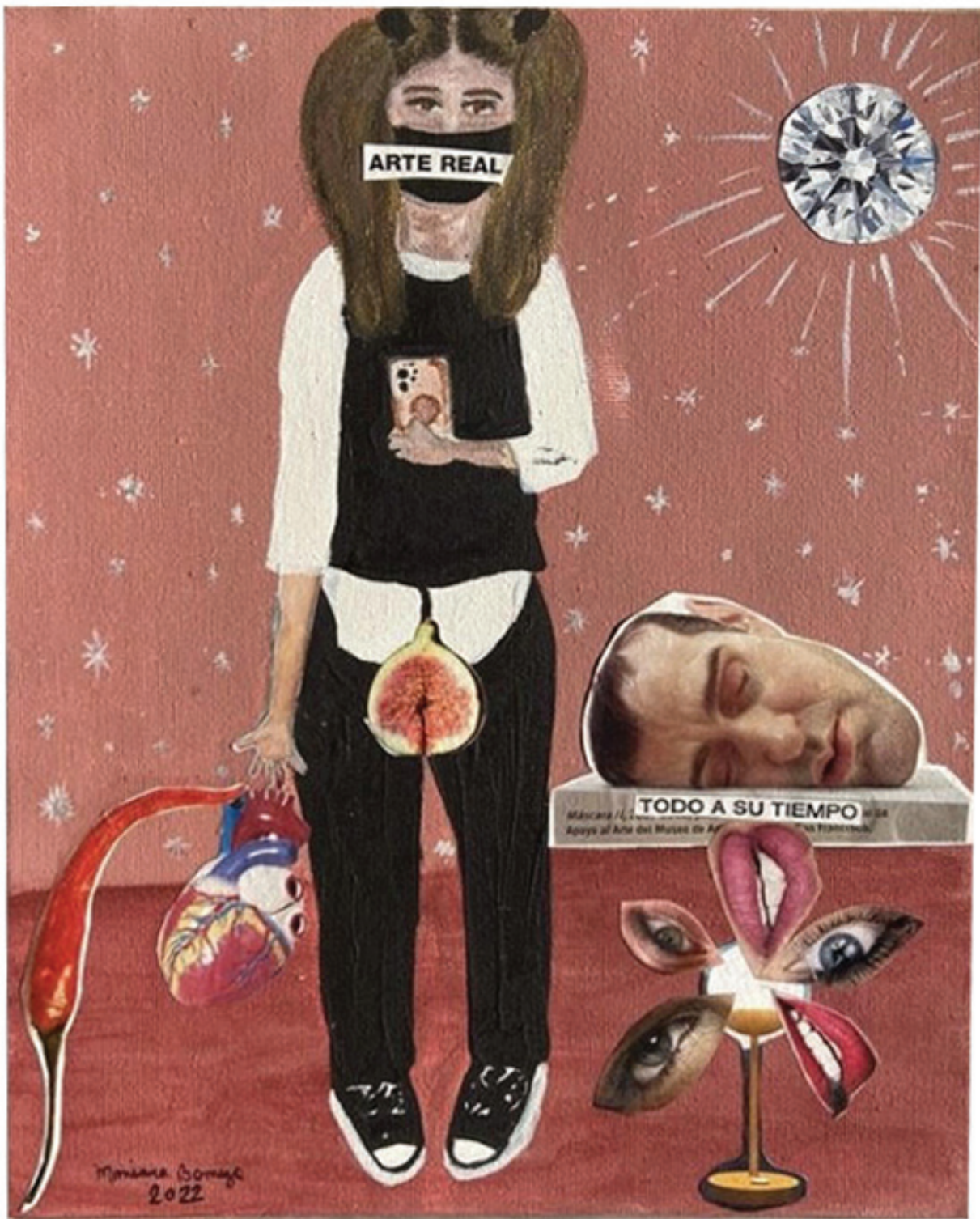
Francesca Gargallo nos entregó varios libros de profunda reflexión y análisis, desde su tesis de doctorado que vale la pena recuperar. Siguieron *Estar en el mundo* (Era, México, 1994), *Plan campesino*, editada en Oaxaca; *La costra de la tierra* y *Al paso de los días*. Toda narrativa poética y crítica sobre su entorno, la situación de las mujeres y las injusticias sociales.

Aún no logro entender cómo será este mundo sin Francesca, releo sus escritos, escucho sus conferencias y talleres, intento mantener viva su luminosa presencia que tanto nos aportó para comprender e identificar nuestro lugar en el mundo, en este mundo apocalíptico que puede salvarse con nosotras, reiteraba, con la «amistad entre mujeres, que es revolucionaria».





Annya
Mariana Borrego



Todo a su tiempo
Mariana Borrego

Los cuentos mexicanos de una italiana feminista

Adriana Azucena Rodríguez

El cuento de Gargallo es una tarea que ocupará a feministas y estudiosas del cuento, a lectoras que aprenderán, como afirmaba la autora, que «la amistad entre mujeres es una actitud revolucionaria»

Francesca Gargallo escribió, sobre todo, novelas y ensayo. La poesía y el cuento fueron géneros menos frecuentados por la autora, aunque en 1980 publicó en Roma libros dedicados a ambos géneros, escritos en italiano. Por esos mismos años, comenzaría su vida en México, como estudiante de la maestría y doctorado en estudios latinoamericanos, a la que daría continuidad como docente y activista del feminismo. Su siguiente libro de cuentos se tituló *Verano con lluvia*, publicado en 2003, cuyos relatos se distribuyen en dos temáticas: la maternidad disidente, contradictoria y un tipo de relación que interesa profundamente a la autora: lo que para entonces aún no recibía el título de poliamor.

La mujer ha sido un objeto construido a partir de imágenes de maternidad y monogamia como polos positivos y contrarios a la no-maternidad y poligamia como negativos. Es evidente que una auto-construcción de la mujer como sujeto en igualdad de derechos pasa por un cuestionamiento a la maternidad y la monogamia, el cuidado y la reclusión, en tanto función o definición. La narrativa escrita por mujeres ha problematizado las experiencias surgidas de ese largo proceso de reformulación que aún está lejos de terminar.

«Verano con lluvia», el primero de los cuentos del libro, comienza el día del parto. Declara abiertamente el tema de la historia: para la protagonista, la maternidad es la ruptura de una vida plena

y satisfactoria. La presión social ejercida por otras mujeres, desde la desconocida enfermera hostil hasta su círculo cercano de amigas la aísla de esa vida ya en los primeros meses de embarazo. El rechazo contra su hijo es irrefrenable, absoluta la incompreensión a la maternidad no deseada. Y es que, en efecto, todos los argumentos planteados —por las amigas y familiares, la pareja y la narradora misma— a favor de la responsabilidad, el amor y la resignación maternos estarán en la conciencia del lector, arraigados en la construcción social de la maternidad. La justificación del «trauma pos-parto», que solucionaría el conflicto del personaje, es insuficiente por sus brutales razonamientos a lo largo de meses de descontento cuyo origen se devela hacia el final del relato: la supresión de la posibilidad de elección, «Poder escoger me devuelve la alegría»; y la anulación del error como opción: «En ambos casos, seré una mala madre, pero si fuera un hombre todos me entenderían».

En cambio, los cuentos en que la narradora es madre de una hija son profundamente gozosos: en «Tetas», amamantar es la experiencia de plenitud incluso erótica que incluso se puede compartir con los hijos de las mujeres indígenas a las que da clases. La maternidad colectiva es la utopía posible: la mejor amiga, lesbiana, se convierte en tía de la hija, título honorario que es, a su vez, el título del cuento «La tía»; la maternidad disidente se opone a la figura autoritaria de la madre biológica, la que «odia toda la sexualidad» y enarbola argumentos en contra de la diversidad que la pequeña refuta con las acciones más naturales, como defender el matrimonio homosexual en la fiesta escolar.

«El barco», el último de los cuentos del libro, repasa el tema de las conflictivas relaciones múltiples que Francesca Gargallo ya había explorado en *Calla mi amor que vivo*, novela publicada en 1990: una mujer con una conciencia demasiado amplia contra los roles femeninos impuestos. Pero en la novela se trataba de una joven y en el relato —casi novela breve—, es una mujer madura, Marietta, la que ha construido una relación con Mario y Conrad: «Eran uno y tres, como la divinidad de los libros de escuela. Se consideraban parte de una forma de sentir común [...] Si se separaban ya no eran iguales». Los amantes han

recorrido el mundo —Creta, Estambul, París...—, han incorporado a otros en su relación —las relaciones homosexuales también han formado parte de la aventura—; pero, finalmente, han «encallado» en las costas de Oaxaca, donde esperan el barco en el que continuarían su travesía. Irrumpe en ese extraño paraíso un personaje con fuerza suficiente para romper la alianza: Justine, seductora y decidida, pero también la posibilidad de una vida estable, de paternidad; así, Mario romperá ese círculo.

El polo es representado por «El barco», cuento acerca de la culpa, la expiación, el poder y la liberación. En ese sentido, el cuento «La mina» relata una aventura de militancia, sin profundizar en la problemática, pues el género lo impide, para centrarse en el temor a las consecuencias y el arrojo del personaje femenino, que ha renunciado a las limitaciones de la burguesía provinciana, aunque extraña las comodidades de la vida urbana. En tanto que «La culpa», en medio de la guerra en Centroamérica, el personaje femenino enfrenta su propio daño contra la población indígena en el cuerpo de un niño atropellado: cómo podrá expiar esa culpa es la revelación que estructura el cuento. Y en «Cómo las cabras tiran al monte», un cuento de expiación, la cuentista analiza, mediante el binomio sirvienta-patrona, tan complejo en nuestro ámbito, las maternidades desiguales, las historias y odios que determinan a cada madre, incomprensibles para otra, aunque las unan lazos que las convierten en madres recíprocas.

Francesca Gargallo logra un relato breve que condensa sus preocupaciones de feminismo enfocado en una problemática tanto social como individual, planteada en su obra ensayística y novelística, pero con la síntesis determinada por el cuento breve, cuya tradición, italiana e hispanoamericana, incluye a autoras con quienes compartió preocupaciones y pasiones. El cuento de Gargallo es una tarea que ocupará a feministas y estudiosas del cuento, a lectoras que aprenderán, como afirmaba la autora, que «la amistad entre mujeres es una actitud revolucionaria», una amistad desde la crítica, la autoestima y el amor propio, desde el cuerpo como instrumento del amor y la supervivencia, hogar para proteger, habitación para escribir. 



Yo de lisa
Mariana Borrego



Carmen Nozal y Francesca Gargallo

Érase una vez un bosque llamado Gargallo

Carmen Nozal

Era imposible dejar de escucharla y siempre te dejaba con ganas de más, de tal modo que los encuentros, en varias ocasiones, daban continuidad a los temas abordados en sesiones pasadas, porque además ella no se conformaba con nada: investigaba, leía, estudiaba y, por si fuera poco, viajaba muchísimo, lo que le aportaba una amplitud insospechada a su sentido de la realidad

Fue en el otoño de 1992 cuando vi por vez primera a la gran Francesca Gargallo. Nos encontramos en la noche, durante una reunión de escritores que, por más que he tratado, no puedo ubicar el lugar donde aconteció, pero sé que era la casa de algún buen ser humano que permitió la entrada hasta la cocina, dejando sus instalaciones en lleno total. Sentada en una butaca, escuchaba a algunos narradores que recientemente había conocido cuando, de repente, ella oyó la palabra poesía y, como si tuviera un radar que la guiara, volteó a mirarme. Era de una belleza arrolladora. Con su piel bronceada y su mirada inquisitiva lograba hacer brillar su rostro, el cual estaba habitado de luciérnagas. «¿Eres española, verdad?», dijo y

más que una pregunta, su acercamiento se convirtió en una alianza que floreció a través del tiempo y del espacio.

Entre el acento italiano y su forma de hablar con desparpajo, conocimiento y profundidad, quedé deslumbrada al escucharla porque de inmediato hizo una hábil asociación a las mujeres europeas que residíamos en México, invitándonos a apoyar el feminismo latinoamericano. Como siempre, en esa cita Francesca también se encontraba rodeada de personas que la miraban embelesadas porque su espontaneidad y frescura eran los pilares para abordar cualquier tema, incluido Mussolini, del que hasta daba gusto oír hablar en su boca porque acababa sacando de todos nosotros

una carcajada. Era la dueña y señora de la conversación. No sé hasta qué punto ella se apoderaba de la historia o la historia se apoderaba de ella. El caso es que era imposible dejar de escucharla y siempre te dejaba con ganas de más, de tal modo que los encuentros, en varias ocasiones, daban continuidad a los temas abordados en sesiones pasadas, porque además ella no se conformaba con nada: investigaba, leía, estudiaba y, por si fuera poco, viajaba muchísimo, lo que le aportaba un sentido de la realidad de una amplitud insospechada.

Mucho de lo que compartimos sucedió en la Casa del Poeta Ramón López Velarde, pero también en unas reuniones organizadas por Pedro Miguel, viernes con viernes, en la calle Corregidora, esquina con avenida Revolución, donde comíamos una fabada asturiana hecha en olla exprés que él mismo preparaba. Francesca y yo nunca nos peleamos, de hecho, nunca tuvimos ni siquiera una sola desavenencia, pero durante mucho tiempo dejamos de vernos. Cuando nos volvimos a ver tanto ella como yo habíamos perdido a nuestras parejas y mucha de nuestra atención se había ido a la crianza de los hijos. Los temas de antaño, aunque habían cambiado drásticamente, nos eran afines. Así podíamos pasar horas hablando de budismo, de mantras, y de por qué dejamos el alcohol, el cigarro o ciertos alimentos.

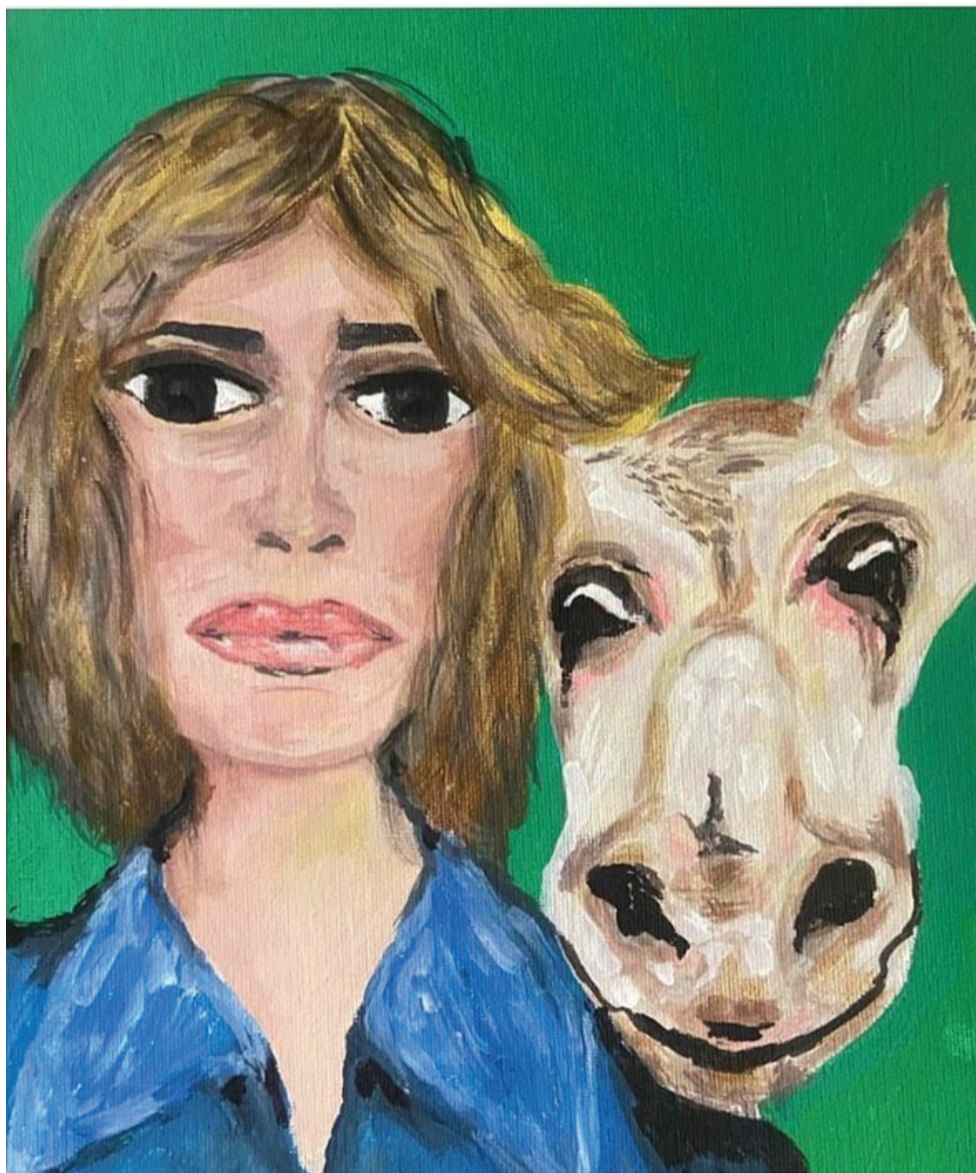
A lo largo de los años, compartimos amigos comunes. De la mayoría, las dos nos desamigamos y compartimos el cariño por uno en particular: Moschecitos, Eduardo Mosches de nuestro corazón, quien estuvo con ella hasta el final de su vida. Fue con Eduardo que nos reunimos, por última vez, en el Péndulo de la colonia Roma. Las dos habíamos tenido coronavirus y lo habíamos padecido en el mismo tiempo, aunque para ser precisa ella empezó un poquito antes que yo, y después de meses de encierro fue una alegría volver a encontrarnos en noviembre de 2020. Eduardo, el único saludable, (al menos), nos apapachó mucho y planeamos volver a vernos, cosa que ya no sucedió. Al finalizar esa reunión, recuerdo que llegó el buen René Cervera, quien la acompañó a su casa de la colonia Santa María la Rivera.

Poco tiempo después supe que Francesca había pasado del coronavirus al cáncer y no nos habíamos percatado de ello. Su amor por la vida era palpable y, en varias ocasiones, me dijo por teléfono

que quería ponerse bien para llevar a su hija Helenita al bosque y hacer lo que más le gustaba: volver a viajar con ella. Después de todo, acabamos siendo muy simples y lo que verdaderamente nos queda es regresar a ese lugar en el que algún día fuimos felices. Uno de ellos para mí era su casa, a la cual volví a despedirme. Desfilaban cientos de personas de varias partes del mundo. Afortunadamente, pude estar con ella por última vez y verla partir desde su cama en su habitación con las ventanas abiertas por las que entraba la luz, el aire y sus palabras: «La amistad entre mujeres está plasmada en los muros de la antigüedad más remota».

Desde el paleolítico al neolítico, en faldas, vestidos o pantalones, con adornos, de pelo suelto o complejos peinados, con ponchos o camisolas, se toman del brazo, se siguen unas a otras, trabajan, descansan, participan de rituales, bailan como en las cavernas del levante ibérico, o arrastran hatos de ganado como en el norte de África, procesan alimentos mientras hablan, hacen textiles, socializan con niñas y niños. Mujeres libres, que se cuidan y acompañan». Y sí, Francesca Gargallo fue esa mujer amiga de la que como muchas otras yo también me acompañé y a la que ahora alcanzo a tocar con la mirada cuando leo sus libros que me llevan a recorrer lugares insólitos de mí misma y que me enlazan al laberinto de reflexiones que dan a ese bosque interior que lleva su nombre. 





Liliana y Paloma
Mariana Borrego

Lo siento mucho

Carmen Ros

La decisión del capitán, sobre la guerra del Mixtón, de todas sus novelas es la que más quiero porque abrió el horizonte hacia los territorios por donde se movían las tribus chichimecas. Les dio voz a los pames, a los caxcanes, a los guachichiles; a su hija, a Helena, la llamaba su guachichila y a mí se me alborotaba el corazón guachichil

El jueves que murió Francesca Gargallo sentí que me correspondía llamar al ingeniero Pérez Rocha, el exrector de la UACM, para darle la noticia. Me tomó más de una hora hacerme de fuerzas. Pude enderezar la voz para decirle que esa mañana Francesca había fallecido. Fueron segundos en los que el ingeniero permaneció en silencio y yo los viví como años. Ella fue una columna central en la construcción de la universidad, dijo por fin. Al colgar pensé que Francesca fue un soporte inmenso de cantera, de piedra, de acero en la vida de muchas mujeres. Era mi caso, el de Tere Dey, el de Rosina Conde, el de Adriana Jiménez y el de una lista larguísima de personas.

Cuando Francesca y yo nos conocimos teníamos veintitrés años. Luis de la Torre había organizado un taller literario en un club de ajedrez, en la calle Colima. Cuando ella tomaba la palabra, me parecía que quien hablaba era una amazona y que, desde su montura, me subía para cabalgar juntas el resto de la sesión.

Eran raras las ocasiones en que ella y yo coincidíamos en cuanto a opiniones y pareceres. Sin embargo, no imaginamos ni supu-

simos que, con el tiempo, tendríamos, además de un rosario de disencuerdos estimulantes, coincidencias que nos apaciguarían. Sabíamos que nuestros desacuerdos eran un asunto de ideas, no de afectos entrañados hasta el centro del alma como los teníamos una por la otra; por ello, se reía, cuando luego de una discusión o franca disputa en los espacios universitarios, nos llamábamos para prometernos que seríamos menos gritonas y más cordiales y corteses aun cuando estuviéramos en posiciones opuestas.

Mucho antes de trabajar juntas en la UACM, Francesca publicó *La decisión del capitán*, una novela sobre la guerra del Mixtón, que de todas sus novelas es la que más quiero porque abrió el horizonte hacia los territorios por donde se movían las tribus chichimecas. Les dio voz a los pames, a los caxcanes, a los guachichiles; a su hija, a Helena, la llamaba su guachichila y a mí se me alborotaba el corazón guachichil que, al nacer, me dieron las tierras del Guanajuato áspero y agreste, el de los gatos monteses, indomesticables.

La Francesca que conocí hace poco más o poco menos de cuarenta años, era una gata montés que sabía desplazarse de un cerro

a otro y que tuvo la voluntad para meterse entre las grietas que dejó expuestas el terremoto de 1985 en fábricas de ropa, para luego exhibir en textos y reportajes las condiciones de abusos laborales extremos de cientos de costureras.

Esa gata montés me tomó del cuello con sus colmillos, delicadamente las ocasiones en que ronroneaba y otras veces, incisiva y pródiga con su cariño, me bufó enojadísima para regañarme por mi falta de confianza en mis propias fuerzas, por mis titubeos para autoapreciarme.

La Gargallo fue una ejecutiva de proyectos de cara a cualquier fuerza que pudiera oprimir. Vivió a plenitud en la resistencia, desde la resistencia, para la resistencia. Su vida personal, su maternidad, su escritura literaria y poética, su escritura de ideas, su

vida académica, su mirada del mundo, todo fue un proponer que otras formas de *Estar en el mundo* —como reza el título de una de sus novelas— son posibles y disfrutables, que nuestros cuerpos están siempre inacabados si no estamos con otras, construyendo con otras, que somos más de nosotras mismas cuando somos red interconectada por la energía de una sororidad respetuosa y solidaria.

Yo y muchísimas mujeres y hombres hemos recibido un *Lo siento mucho*, por el deceso de Francesca. Quienes nos han dado el pésame han hecho bien, porque lo hemos necesitado. Quienes conocimos a la Gargallo debemos abrazarnos. Estoy absolutamente cierta que ella lo celebraría. ¿Dije «celebraría»? Debo corregirme y ser contundente: ella, en donde está, va a celebrarlo. 🇨🇺



Vela pero vela bien
Mariana Borrego



Francesca Gargallo, Carmen Nozal y Eduardo Mosches

Un viento llamado Francesca Gargallo

Eduardo Mosches

Todo inició en Sicilia. Tierra rebelde ante el poder absoluto. El aliento inconforme estaba en los olivos de la isla. Pero ahí estaba, también en Roma, estudió, discrepó, pasó por la Academia y ya entrando los fértiles 20 años, como buena navegante siciliana enfiló su barca personal hacia tierras americanas

Su viento siguió moviendo vidas. Se encontró en tierras nuevas con enormes retos para conocer y desentrañar. Decidió, con la inusitada rapidez de acción que la caracterizaba, tomar el español como su lenguaje de escritura, tanto en ficción, poesía o ensayo. El italiano se recluyó para el espacio de la familia y amigos italianos. Escribiendo, dando clases y peleando intensamente contra el patriarcado y sus secuelas. Enarbolaba un feminismo de embate y participación popular. No se adhiere al concepto del empoderamiento femenino, lo visualiza como una acción que es una aparente solución individual. No social, colectiva y gregaria. Las relaciones humanas como el gran espacio activo de la existencia. Viajar por el México profundo, hablar con la gente de un pequeño pueblo norteño, ahondar entre

realidades dolorosas y viejos papeles de archivos, marchando en tierras secas, provistas de angustia y afectos. Salir de los desiertos para adentrarse en la selva, con sus sonidos, ruidos, desgracias y tumba árboles. Viajar era romper los límites de las fronteras, pasar por Belice, ahondar y descomponer el desconocimiento sobre esa parte multilingüe del continente. Fue parte de su tarea. Se encaminó a ahondarse en sus desconocidos espacios. La vida la hace madre y su hija, Helena, es activa participante en los viajes al desierto mexicano y a otros en distantes países, y su aparición en las novelas. Ahí está, es su testigo activo. Así lo dice: «...Mi hija se pega a mi cuerpo. Se trepa a mi oído. Así nos decimos secretos. Te quiero; te quiero es nuestra confidencia mayor, la clave para acceder a la

intimidad. Y te quiero me mueve las entrañas, me toma en la boca del estómago, a la vez me quita la respiración y me la insufla, es placer y pánico. Abrazé su cuerpecito que se duerme seguro en mi pecho; mientras paso mi mano por su espalda flaca me brota un lamento, una de esas roncas canciones de cuna que todas las mujeres del sur sabemos desde siempre. Canté toda la noche.»*

En sus narraciones, como los del libro *Manantial de dos fuentes*, hay personajes que presentan con cierta claridad su visión de mundo, a veces las dificultades de comprensión y acción, nada puede ser lineal, el descubrimiento de las sexualidades, su actuar como mujer independiente, enfrentando patriarcados culturales y literarios. Ahí dejo una pizca literaria, ...» La cultura nacional puede ser una coartada perfecta para no asumir responsabilidades frente al cambio de nuestras actitudes, lo regañó en broma Mariana. Imagínate, como italiana, yo debería pasármela robando a cuanto amigo me rodea y gritando y moviendo las manos para repetir tópicos que ya eran comunes en el siglo XVII. Debería decir que añoro la cocina de mi mamá. Afirmar que estoy en crisis... Me niego a no reír, a no bailar, a no atreverme, de la misma manera que niego el supuesto de la inferioridad femenina o de la imposibilidad de nuestra relación. Cada persona que rompe con el rebaño, aún sin proponérselo, le demuestra a esa misma manada que cada uno de sus componentes puede hacerlo también...»

Fue partícipe e iniciadora de los programas de estudio de la carrera de creación literaria y filosofía, en la Universidad Autónoma de la Ciudad. Determinó dejar la universidad después de diez años de actividad. Su participación como investigadora del feminismo se ve representada en sus libros, publicados en nuestra universidad: *Ideas feministas latinoamericanas* y *Feminismos desde Abya Yala*. Sus largos viajes por el continente, su diálogo a lo largo de años con mujeres que construyen desde su realidad un pensamiento acerca de las formas del ser mujeres y el rol político, con gran énfasis en Centro América y por el sur del continente, la llevaron a acercarse con mujeres activistas populares y feministas, lejos de la academia. Por otro lado, una amistad muy cercana y muy querida fue con Berta Cáceres, una importante líder indígena activista y defensora ambientalista en Honduras fue asesinada en 2016, por un acuerdo de facto entre transnacionales y el ejército. A pesar de

su reconocida y simbólica sonrisa, la tristeza la invadió con suma intensidad. La matanza persistente de mujeres y activistas es parte de una actitud generalizada de los estados llamados nacionales en América Latina. Confluyen los intereses económicos del gran capital, con la visión patriarcal que desprecia a la mujer como ser social y humano.

El viento sopla, y susurra.

Dejar que sus textos hablen es un poco la intención de este sencillo homenaje a la querida Francesca Gargallo. Cerraré con dos poemas de *Se prepara a la lluvia la tarde*, que de acuerdo a lo que podemos leer del mismo, los poemas muchas veces, nos cuentan una historia y la hacen colectiva:

La calle es de quien la trabaja

Nací viajera

sombra de un tren sobre las zarzamoras

huella de barco.

Me vive lo que todavía desconozco y lo ya recorrido

el aire brioso de los Andes

el mar Caribe

la noche en una ciudad de invierno.

Entonces tomo la mano que pinta las calles,

le ordeno un cartel que se vea desde muy lejos:

La calle es de quien la camina,

las fronteras son asesinas.

Ahorro peso sobre peso y una primera mañana

giro la manija, cierro despacio la puerta

y me voy con el tiempo del paso

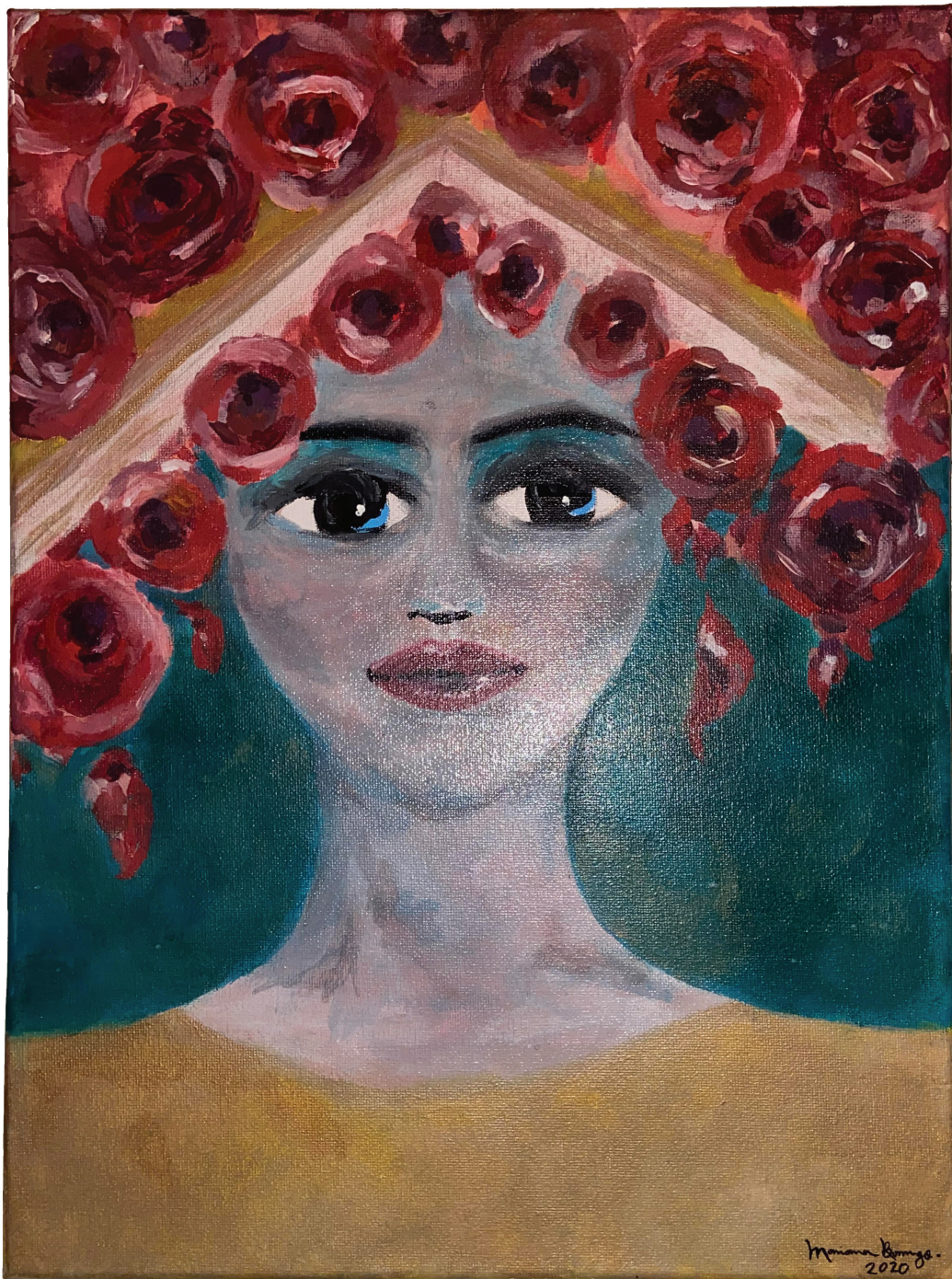
sobre el suelo de todas.

El viento sigue creando tormentas en el pensar y en el sentir.
Hasta pronto, Francesca. 📷

*Fragmento de *Marcha seca*. Editorial Era. México, 1999.



Óscar Wong, Iliana Rodríguez Zuleta, Francesca Gargallo y Carmen Nozal.



Cabeza de libro de flores
Mariana Borrego

En memoria de Francesca Gargallo (1956-2022)

Ernesto Aguilar Martínez

Con respeto, admiración y cariño;
para brindar (nos) consuelo y paz,
a su familia y amistades.

3 de marzo de 2022

El silencio anochece;
de lluvia se atavía:
las lágrimas que eclipsan
también te reflectan;
germinan travesía.
Libertad amanece.
-E.A.M.

Ha sido difícil siquiera empezar a recuperarse, medianamente intentar aceptarlo; identificar y nombrar, antes que reunir, aquellos sentimientos y recuerdos varios para escoger luego las palabras exactas o apenas disponibles ante lo lamentable. No es fácil *estar* después de su deceso. Con esta congoja colectiva volcada en mi persona, deseo que las siguientes palabras sirvan para el (nuestro) consuelo de su familia y amistades y que sea asimismo una cariñosa postal para quienes no la conocieron en persona.

Comienzo entonces este breve texto con una enseñanza de mi admirada maestra y entrañable amiga, Fran (no es carencia de respeto a Francesca Gargallo, sino que así la llamábamos y a ella le resultaba más cómodo, con la cercanía de la complicidad); me refiero a la instrucción de enunciar desde dónde se escribe y quién lo hace, o sea, el *locus enuntiationis*, i.e., la importancia de *la experiencia situada como fuente legítima de conocimiento*. Me atrevo a

afirmar que toda su obra y vida se anclan en este principio, que no es el único aunque en relevancia es destacable.

Me llamo Ernesto; he vivido toda mi vida en la Ciudad de México y tuve la fortuna y privilegio de conocer a Fran durante mi formación filosófica y desde el principio de la misma. La conocí al final de mi licenciatura en filosofía (UAM), iniciando un paulatino acercamiento primero como alumno que siguió durante mi maestría (UNAM), en filosofía y al término de mi doctorado en filosofía (UNAM) también continuó nuestra amistad y diálogo antimisóginos. Mis tres tesis de grado fueron, primordialmente, sobre la filosofía de Immanuel Kant. Más adelante comparto por qué menciono esto último. Viví como alumno y ahora como amigo, en cierta medida cerca de Fran, aunque fue menor este tiempo al deseado, pues, debido a mi carga de estudio y trabajo académicos solo podía coincidir en sus clases, seminarios, talleres, así como en visitas personales en su casa ubicada en la calle Pachuca

y después en la Casona en Santa María La Ribera. No obstante, en términos de calidad, ese corto tiempo fue mucho mayor y, para mí, más que memorable, fue entrañable. Esta es la razón por la cual me permito aquí compartir con ustedes algunas respetuosas y cariñosas palabras en su memoria, un hecho que me rebasa; es decir: para abonar a la memoria colectiva de una mujer ejemplar.

No obstante, antes de compartir cómo era Fran en lo personal quiero hablar de otra mujer asimismo ejemplar. Una mujer que, de hecho, Fran misma admiraba y a quien ella me presentó sin trámites burocráticos ni evaluaciones académicas previas, las que regularmente se solicitan en la academia universitaria y sin la doble moral que también habita y genera moho en los recintos del saber universal. Fran, estoy casi seguro, habría estado felizmente de acuerdo en comenzar así mi participación. Muy en lo profundo pienso que esta orden de ideas permitirá apreciar la importancia del pensamiento de Francesca Gargallo en la vida académica, aunque también reflejar la calidad moral de su persona y la altura de sus enseñanzas en la urdimbre de los problemas sociales. Me refiero, en suma, a esta mujer ejemplar, la señora Macedonia Blas.

Solo para recordarlo, la (gran) señora Macedonia Blas fue propuesta en 2005 al Premio Nobel de la Paz, debido a su activismo a favor de las mujeres de su comunidad, trabajando constantemente desde 1997 con su asociación civil llamada *Fotzi Ñahño* (cuya traducción al español es: *Ayuda a los hñañús*, es decir, *Ayuda a las otomíes*, la comunidad donde ella pertenece). Afortunadamente hay ya mucha información que se puede consultar en cualquier medio y al hacerlo les sorprenderá que su asociación se edifica después de haber sufrido una injusticia por su condición de mujer indígena y por un sistema patriarcal que en su comunidad gobierna. En *Fotzi Ñahño*, puntualmente, se concientiza a las mujeres otomíes, sobre todo se educa acerca de los Derechos Humanos, la violencia hacia las mujeres y principalmente hacia las mujeres indígenas. No se requiere mucho entendimiento para concluir que estos son temas preeminentes, quizá ajenos a la vida citadina de la Ciudad de México. Macedonia Blas teje, así, redes de apoyo entre las mujeres de su comunidad y sigue generando trabajo colectivo con ellas en la manufactura de artesanías, ropa bordada y siembra de hortalizas, con lo cual permite que las mujeres de la comunidad

gocen de la autonomía que anticipadamente es negada en esa sociedad tradicional.

Por aquel entonces, para contextualizar lo referido, —me refiero al tiempo en que conocí a Macedonia Blas, por el 2008— Fran no había aún renunciado a su plaza como profesora de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; sin embargo, nos facilitó todo para que la comunidad universitaria pudiera conocer y dialogar con Macedonia Blas. Habría de ser en un encuentro que se realizó en pro de los derechos humanos, concretamente con la participación presencial del alumnado en la maestría en Derechos Humanos de la citada Universidad. El día en que conocimos a Macedonia Blas fue una clase, debo decirlo, un aprendizaje vivencial, cargado de enseñanzas también vivenciales y situadas de la búsqueda y consolidación (nada fácil) de la autonomía de las mujeres indígenas.

Con el dinero asegurado en el bolso trasero de mi pantalón, destinado principalmente a las casetas y el costo de la gasolina, llegué puntual y paulatinamente lo hicieron más colegas. Al final, Fran no aceptó ni siquiera un peso. Llegamos personas invitadas puntualmente a la casa de Fran, en ese entonces su hogar se ubicaba en un edificio en la calle Pachuca, en los Departamentos Condesa, el reloj marcó las 8 a.m. El viaje duraría tres horas de ida, aproximadamente, hasta El Bothé, en San Ildefonso Tultepec, municipio de Amealco, en el estado de Querétaro. El destino era la casa de la candidata al Premio Nobel de la Paz, la señora Macedonia Blas. Fueron tres horas que, al paso del tiempo, se hicieron minutos a razón de la plática, del intercambio de opiniones y anécdotas de vida de Fran y de cada una de las personas en esa camioneta. Tiempo después, al llegar a la casa de Macedonia Blas, sus compañeras de la cooperativa nos recibieron amistosamente con esa amabilidad sincera que rara vez (o casi nunca) se experimenta en la gran Ciudad de México; nos refrescó el agua con sabor a barro que nos brindaron antes que la fruta, mucho antes de la entrevista y el recorrido a las instalaciones de *Fotzi Ñahño*.

Fran, siendo Fran, efusivamente saludó a Macedonia Blas con la alegría que su mirada irradiaba al ser Fran, siempre Fran. Cual amigas de antaño se saludaron; Macedonia Blas también con una sonrisa extensa en claridad y transparencia le respondió el saludo. Era reverencial y amistoso a la vez su primer y mutuo acercamiento. Dos maestras ejemplares siendo, al mismo tiempo, alumnas recíprocas de

su persona mutua. Más que leer algún CV, a Macedonia Blas le interesaba saber quiénes éramos, nuestras vidas y si estábamos con la disposición de escucharla; le entusiasmaba la idea de mostrarnos asimismo sus logros. Dimos un recorrido que empezó en su taller de bordado. Nos presentó rápidamente (el día no bastaba) con sus amigas y colaboradoras, quienes después de saludarnos siguieron en lo suyo. El día era muy corto, ¿qué es la vida sino un parpadeo?, por lo que en seguida nos llevó a su gran invernadero (y no exagero con el adjetivo). En tal amplia zona se cultivaban diversos tipos de hortalizas (por decir lo que mi memoria rescata: maíz, jitomate, chile, calabaza, lechuga, principalmente). Un invernadero, digo, ciertamente enorme y profesionalmente construido; con un sistema de riego de agua automatizado y control climático envidiables, así como una entrada de luz precisa para el tipo de cultivo en cada caso. Después, por cierto, Macedonia Blas nos encaminó a su cultivo de hongos y setas, que se instaló en un cuarto completamente acondicionado para ello: oscuridad y humedad exactas bailaban entre el aroma a portobello, que los hongos parecían disfrutar frondosamente. Fue un paseo exprés a las instalaciones de la Asociación que Macedonia Blas nos invitó a visitar, después de formular la pregunta retóricamente acerca de si queríamos verlo. Su sonrisa nos encaminó a la aceptación. Posteriormente, Fran con un tono directo y sincero, —como solía hablar, como era siendo Fran— respetuosamente, le pidió a Macedonia Blas permiso para grabar la entrevista.

Dos mujeres ejemplares, aprendiendo una de la otra. No podría decir quién era la maestra y quién la alumna. Y es difícil describir, yo no puedo, la experiencia de ver a la maestra siendo alumna y a la alumna siendo maestra. En el diálogo no hay fronteras. Ante una falsa dicotomía, aquella que nos arroja a solo dos posibilidades, a saber, o la estructura social condiciona lo personal o lo personal condiciona a lo social, Fran proponía otra perspectiva: hay que reflexionar sobre los mecanismos que lo social y lo personal tienen en común, el libre diálogo. Visto así, el problema de la individualidad libre en el diálogo, en una sociedad mixta, constituida de alteridad y diferencia, plantea también otras diversas dimensiones de la relación humana, incluso con el medio ambiente, bajo las diversas formas de relacionarse existentes.

Al regresar a la Ciudad de México el cansancio de Fran era evidente, no menos que el del resto pero, a pesar de ello, nunca

faltaron las anécdotas de sus viajes alrededor del mundo, de las injusticias transnacionales porque, hay que decirlo, Fran anteponía las injusticias a su tranquilidad y, sonreía antes que soltar la carcajada. Ya en la pesadez del tráfico sobre Constituyentes, con el calor inclemente de la tarde que derretía los coches, nadie hablaba, nos consolaba el haber conocido a Macedonia Blas. El silencio era el agradecimiento de haber obtenido tan memorable recibimiento, más aún, la valiosa entrevista, todo ello nos abrigaba y consolaba. Hay que decir que antes de regresar a la gran ciudad, se acordó con la postulada al Premio Nobel ir a ese evento en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, arriba referido.

Sin embargo, quiero recordar momentos más lejanos, pues, para el tiempo en que pudimos conocer a Macedonia Blas, hubo antes muchas clases, momentos donde pudimos saber quién, de voz de Fran misma, era de hecho Macedonia Blas y por qué su relevancia.

Quienes tuvimos la fortuna de conocer a Fran en persona recordamos que sus participaciones pasaban de la anécdota personal a la enseñanza social e histórica, a la reflexión y crítica (y autocrítica) primero del problema en general yendo hacia la raíz; sus enseñanzas eran radicales. De tal manera la sensibilización por medio de su persona y pensamiento trascendía de lo privado y personal hacia lo común y colectivo, o sea, hacia los problemas sociales y las injusticias derivadas. Estas eran enseñanzas, no puedo dudarlo, para quien prestara mente y sensibilidad a sus palabras y escritos.

Estar cerca de Fran era una pedagogía anticonceptual (antiacadémica y antipurista) que para mí y para muchas personas, en un inicio, fue difícil de asimilar. Como en un diálogo que exige la escucha y reflexión propia y luego una mutua retroalimentación para evaluar el tema de conversación, también es cierto que, además de la presencia de una reflexión propia y activa, al hablar con Fran era menester tener cierto trasfondo conceptual, histórico y político con antelación. Yo le llamo una exigencia de autoeducarse, aunque sin reprimendas tiránicas, era lo que se requería muchas veces al escuchar a Fran y previo a aprender de su pensamiento; tal como ocurre con una mente enciclopédica que enlaza, une y hace sinapsis de eventos y problemas conceptuales aparentemente desconectados para presentarlos en comunidad conjunta.

Debo decir que, acostumbrado por años a ser lo más objetivo y lógico posible debido a mi formación y perspectiva filosófica, para mí inicialmente no fue sencillo enlazar mi *sensibilidad vívida* con lo que iba aprendiendo de los argumentos de Fran. Estuve así aprendiendo, reflexionando y dialogando (empezando mi aún autoevaluación personal) por varios semestres aunque de manera extracurricular en lo que inicialmente fue una clase optativa, dentro de la maestría en defensa y promoción de los derechos humanos de la UACM.

Esta materia, ya activa desde 2009, fue coordinada con la participación de una de sus mejores amigas, Norma Mogrovejo (Norminha) a quien tengo la fortuna de conocer desde entonces, así como Gabriela Orozco (Gabagama) y Rosario Galo Moya (Coquena), las amistades más cercanas y queridas por Pancha Gargallo. Gracias a Fran también pude conocer a admiradas personas. Ahora bien, al inicio de este seminario, el tema central era el concepto mujer. Lo que se buscaba por aquel entonces era indagar la genealogía del difícil concepto que la teoría de género había secuestrado y, sobre todo, desvirtuado o invisibilizado; lo que derivó luego en una genealogía del pensamiento de las mujeres desde las mujeres y para las mujeres. Iba tal énfasis e investigación desde las propuestas sobre la historia del feminismo occidental, por supuesto, con las pensadoras occidentales más representativas pero a la par con la lectura y reflexión de pensadoras de América Latina. Así, con el paso de los años, se llamó Seminario de feminismos latinoamericanos; luego, de Feminismos nuestroamericanos; y finalmente de Tierra nueva o Tierra en florecimiento, de La Abya Yala. Se consolidó así un centro de estudio y reflexión académica aunque también personal, por ello mismo, conceptual, social y político, con el alumnado de todas las edades, sexos, géneros, carreras y oyentes, pues iban desde activistas hasta líderes sindicales. Pero no fue fácil mantenerlo.

Incluso fuera de clase se relataba cómo el rector de aquella Universidad le dijo a Fran que si se proponía un seminario de feminismo habría entonces que abrir un seminario sobre machismo (sic). Cuando lo contaba, claro, la indignación nacía de quienes lo escuchábamos; de Fran solo una carcajada bastaba para saber que no iba a ser fácil un cambio estructural en nuestro país si la sociedad más culta y educada ignoraba su relevancia. Y menos con académicos reputados a quienes aún resultaba inaudito hacer un análisis conceptual y político de raíz.

Luego ella citaba a mujeres y obra feminista de Europa, de Estados Unidos, de México y Latinoamérica, del Cono Sur y del Caribe, de entre otros países, para enfatizar diversos planteamientos del problema estructural, no tanto para apaciguar los sentimientos de indignación y rabia sino para poder encaminarlos constructivamente.

Por supuesto que Fran conocía muy bien las marchas y las manifestaciones más directas, si bien invitaba a analizar estos eventos y ver qué de lo mucho que dejaba leer se planteaba allí. Siempre estuvo activamente cerca de las causas de las mujeres y del conjunto de las mujeres marginadas y menos visibles sobre todo. Decía que la participación de los hombres (en cierto respecto) era importante, debido a su perspectiva del feminismo de la diferencia y el valor preeminente del diálogo, en la defensa de la eticidad del diálogo abierto y plural con el objetivo de llegar a acuerdos más que de disociar o silenciar dogmáticamente.

Ahora que hago este recuento, es inevitable que se me quiebre la voz; ella estuvo cerca de mí cuando requerí su ayuda en lo personal y en lo social. Y fuimos muchas personas a quienes honré con su ayuda. No bastaba organizar un día para visitarla, ahora lo veo. Pero cuando la visitaba, antes de preguntarme cómo estaba y en qué andaba, con un vocativo (con ese acento siciliano tan de Fran, remarcando la letra 'r', con un intervalo acústico de 6ta —las tres primeras sílabas— a tónica —la última sílaba— y separando silábicamente de una manera particular), me gritaba “Ernestito”. Ese era el canal de apertura. Se quitaba sus lentes rojos de pasta, de armazón despegable y unido por un magneto, se levantaba abrazarme si estaba escribiendo en ese escritorio edificado por hojas y montones de libros, para preparar luego café. Me intimidaba estar frente a ella y también con sus amigas y amigos porque siempre hablaba bien de ellos y de mí. Me comprometía, pues, a estar a la altura de su amistad y de sus amistades que también admiro; siempre coincidían las más cercanas: Norminha, Gabagama, Coquena y también llegaba, para irse, Helena, su amada hija.

Aunque no estuve tanto tiempo cerca, las caminatas a museos y exposiciones eran largas y extendidas, así como las marchas a las que podía acompañarla. El café y la reflexión después y en comunidad hacían eterno el momento. Cuando podía darme espacio, también la iba a escuchar a sus presentaciones de libro,

conferencias o talleres y siempre había una especie de movimiento en su pensamiento que tintineaba en un vaivén, no obstante, sin dogmatizar, sin caer en un nihilismo inerte; siempre estaba al tope de libros y artículos nuevos que escribía e ideaba, de poesía que escribía al momento de inspiración y una razonabilidad, aunque sobre todo una inaudita empatía hacia las personas desprotegidas la definían, así como una congruencia entre lo que pensaba y hacía poco practicada en la academia. Fran era creación incansable. Así lo testimonia la casona que edificó con sus propias manos a fin de poder albergar varios proyectos sociales activos. Fran siempre tuvo la risa sincera, la reflexión previa a la palabra correcta y la carcajada ante lo incorrecto pero sobre todo tuvo la generosidad de su tiempo y energía para atender a su alumnado, a sus amistades y a la familia. No menos que lectora de poesía consumada, leía también los escritos de quién se acercaba a pedirle su opinión acerca de algún texto estéticamente redactado. Y esto no es menos importante. Enseñaba a pensar poéticamente o a sentir conceptualmente, sin perder un asidero de la comunidad. Puedo gustosamente compartir que de ella aprendí más que de cualquier taller de poesía porque me enseñó a ser yo mismo la propia obra, más que a escribir obras literarias. Me permitió darme cuenta de que tengo voz. Y le permitió tener voz a muchas personas antes silentes. Era incansable su mente y su mirada emanaba esperanza; debían recordarle comer para que pudiera seguir escribiendo y dialogando. Y así se improvisaba un manjar con la fruta, legumbre y verdura que llevaba o que ya había; aceite de oliva de por medio. Siempre se usaba una cafetera italiana enorme para compartir. Por lo tanto, siempre hubo banquetes, comida y reflexiones profundas, al llegar a visitarla y después de los tequios.

De Fran se sigue aprendiendo sobre la vida a través de su interminable obra y de su persona. A nadie le cabe la duda. Y ahora que trato de asimilar su ausencia me siento también agraciado de haberla conocido. Tuve la fortuna, decía, de conocerla en un Congreso Internacional de Filosofía, en el 2005. En ese congreso se discutía como tema principal todo lo relacionado al saber filosófico; fue allí cuando la escuché reflexionar sobre feminismo por primera vez en mi vida. Yo cursaba el segundo año de la carrera en filosofía y pude entrever los argumentos a los que hacía ella

referencia, aunque no me resultaron en lo más mínimo familiares. Tres años después, en el 2008, en otro congreso internacional también de filosofía, si bien reflexionando acerca del diálogo y la convivencia, pude hablar por primera vez con Fran. Recuerdo que yo tenía tantas preguntas mal elaboradas, asimismo una propia y genuina ignorancia de muchas cosas y más sobre feminismo, pero también la disposición de aprender. Para entonces ya sabía algo más sobre el tema sin ser experto y sabía de la altura académica de la doctora Francesca Gargallo y su sistematización de las ideas desde la alteridad. Cuando hablé con ella, recuerdo que se tomaba su tiempo para escuchar detenidamente (por aquel entonces) mis torpes planteamientos, que más que preguntas eran el asombro de intuir que debajo de los problemas conceptuales se hallaba la reflexión feminista. Su experiencia, conocimiento y sensibilidad, no solo me hicieron entender sus respuestas, sino que su apertura y afabilidad académica me hicieron replantearme preguntas filosóficas y personales que me acompañarían así por muchos años en mi deconstrucción y que hasta la fecha siguen vivas. La complicidad con sus amigas y otras mujeres era intuita por mí cuando leía mis ensayos extracurriculares sobre la noción de comunidad ética feminista.

Me habría gustado contarle a Fran que mis excolegas de la maestría y doctorado en filosofía, mismas que por esos años se reían de mí al contarles sobre la relevancia del feminismo como problema conceptual, filosófico y no solo social; aquellas mujeres del posgrado en filosofía de la UNAM que se burlaban de que un hombre estudiara a Kant seriamente y también, aunque de manera extracurricular, a las grandes pensadoras protofeministas, feministas y activistas, sobajando con sus comentarios sarcásticos las causas de los movimientos a favor de las mujeres. Bueno, digo que me habría encantado contarle a Fran que son esas mismas mujeres, ahora ya con un doctorado en filosofía, quienes hablan de desigualdad de género en sus clases y conferencias, acerca de la violencia hacia las mujeres, de la necesidad de analizar filosóficamente el feminismo, quienes ahora buscan beneficiarse y gozan de la cuota de mujeres que la universidad ha implementado recientemente y que le exigen los tiempos actuales. Quizá Fran al escuchar esta peculiar situación hubiera gritado: ¡Bravo, bravo! Y después probablemente habría dicho que eso es muestra de

que hay una reflexión importante que ha llegado a cosechar bondades en la universidad y en la conciencia de mujeres académicas. Pues ella pensaba que la amistad entre mujeres es un acto revolucionario. Pero seguramente habría dicho que no es ése el objetivo final y que habría que ir más allá de la academia. Más allá de la enajenación del pensamiento en la academia que sustituye el activismo, estableciendo una solidaridad sin fronteras y el fin de la violencia dentro de un cambio estructural y siempre la posibilidad de una reflexión más profunda y disruptiva para abrir el diálogo.

La noticia de su deceso la recibí por la mañana de aquel jueves 3 de marzo. Aún me queda el silencio involuntario de mi asombro. Un impacto que se acrecentó al ir a la casona al siguiente día. En el segundo día de visitas había aún personas que la admiraban y la querían, que la amaban. Cuando Norma, Coquena y Gabagama, cada quien en tiempos distintos, me preguntaban cómo estaba yo, inmediatamente les respondía: *no estoy*. Incluso ante la presencia de su cuerpo, su muerte me ausentaba. A mí mismo me decía que Fran no es ese cuerpo, ella es su obra, sus enseñanzas, su amistad, su amor y su persona moral que le perviven después de su muerte. El recuerdo del llanto de su amada hija me estremece aún. También, y esto me apena más mencionarlo, recuerdo que silenciaron a un grupo de jóvenes que a distancia se reían, en el momento preciso en que, en la sala donde yacía su ataúd, amigas y familiares le lloraban, le cantaban y le leían los poemas propios de Fran. Del dolor y la pena que me arrojaron a un *impasse* al ver su cuerpo en un ataúd, no pude más que pensar en voltear a verlos y procurar al menos incomodarlos con la mirada pero no pude ni siquiera voltear. Días después, mi pareja me hizo entender que Fran abrió inicialmente las puertas de su vida y de la casona para dar cabida a todos los mundos posibles. Así tuve en ese momento la lección de empatía y tolerancia a diversas formas de vida.

De varias maneras afablemente aprendí de ella a no ser un tirano contra mí mismo ni contra mis emociones; quizá le habría resultado una muestra de complicidad en tal aprendizaje el hecho de que al final del presente escrito termine hablando de mi sentir, de mi dolor, este que me invade y que Coquena puso entre paréntesis al hacerme ver que lo mejor era que terminara el dolor de ella, uno mucho más acuciante.

Su congruencia hasta lo impostergable fue un distintivo de su persona sufrido por quienes la conocimos. Sin embargo, hubo algo que no puedo aún entender del todo. El miércoles 2 de marzo, al empezar mi noche de sueño, una pesada angustia me estrujaba el pecho. Intermitente recobraba el sueño cada treinta o cuarenta minutos aproximadamente. Luego, tuve una pesadilla donde apenas se figuraban rostros, algo así como un conjunto de personas y todas ellas yaciendo en el piso, boca arriba, excepto yo y alguien más; todo esto ya por la madrugada y antes de despertar con la inquietud que sigue a ese tipo de malas pasadas de la mente. Hubo así una necesidad de escribirle a mi madre. Quizá era el cansancio de una semana de trabajo pesado. O tal vez una mala postura al dormir. En el departamento aún dormían junto a mí Valeria, mi gatita, y Lucy, mi perrita, cuando abrí los ojos algo perturbado por el mal sueño. Estuve algunos minutos en silencio, aún en la oscuridad de la madrugada, hasta que el canto matutino de los pájaros me recordaron que ya era otro día. Después, el brillo rosáceo del nacimiento del día 3 de marzo llegó con una triste noticia.

Todos estos eventos previos me rondan aún y por eso los menciono. Pero también la memoria social en torno a Fran configuran imágenes de expectativas en un futuro más justo, así como recuerdos gratos.

Hoy finalmente pude recordar el análisis que alguna vez hizo Fran de la *Odisea*. Pero sobre todo quiero compartir con esto que Fran podía encontrar elementos estéticos incluso en obras escritas por hombres. Especialmente, es en la *Odisea* donde su autor parece que figura la aurora de la mañana sin la separación filosófica y moderna entre sujeto (observador) y objeto (observado), o quizá sea más acertado decir que al fenómeno celeste lo aguza con su pensamiento cual relación directa y mutuamente dependiente hacia los seres humanos; se diría una adecuación de ella con respecto a la manera en que podemos apreciar sus rosados y violáceos tintes en el cielo matutino. Parecería que la aurora se adecua a nuestra capacidad de ver estéticamente la vida y viceversa, es decir, que estamos capacitados para apreciar estéticamente la aurora de dedos rosáceos y violetas. Bueno, pues, como señala un filólogo destacado, el poeta griego dice de la aurora matutina, con un particular epíteto, que es *faesímbrotos*, esto es: *la que reluce para*

los mortales. La aurora es luz para la mortalidad humana y, a la vez, nuestra mortal condición humana es causa de su irradiación, para que así sea bellamente reflectante para nuestra mirada. De tal manera fue, es y será ahora, Francesca Gargallo: su amorosa persona, su vida ejemplar y su amplia obra, son para muchas generaciones presentes y futuras una luminiscencia matutina que enciende el impulso utópico de la esperanza, y educa a la acción congruente

con la reflexión profunda. Para los seres humanos, mortales al fin y al cabo, Fran es una luz prometeica.  

Obra de Francesca:

<https://francescagargallo.wordpress.com/>

Textos sobre el seminario:

<http://seminariodefeminismonuestroamericano.blogspot.com/>

LA ACERA DE ENFRENTÉ

Sobre Maya Cú Choc

Francesca Gargallo

Conocer la poesía de Maya Cú Choc y conocerla personalmente ha posibilitado que me pusiera en movimiento. En 2006, le pedí a Maya que dialogáramos sobre algo que nos concernía a las dos y empezamos a cartearnos sobre el racismo, que es una relación dual, implica quién se beneficia del racismo y quién es explotada sistemáticamente por la existencia del fenómeno.

Como mujer blanca yo vivo sin conciencia los privilegios que el sistema racista me ha reservado desde la infancia. Están tan interiorizados y normalizados que no me percaté de ellos y, por ende, me abrogué el derecho de no reconocerlos, a menos que alguien me los señale.

Desde el momento en que ese señalamiento existe, sin embargo, yo me vuelvo responsable de los privilegios que las blancas gozamos en un mundo de racializaciones jerárquicas de las personas, según sus rasgos, sus pasaportes, su color de piel, su tipo de pelo, su estructura corporal. Ahí donde existe un privilegio, un derecho es negado, precisamente porque los privilegios no son universales, como son pensados los derechos (igualmente, ahí donde un derecho es negado, se construye un privilegio). El sistema de privilegios racistas que favorece a las blancas me otorga muchos argumentos para que no los reconozca como tales y pueda seguir gozándolos. Gracias a ellos, puedo esgrimir un discurso, que la academia me ofrece, con que justificar mis éxitos como buena estudiante y esforzada docente, obviando las facilidades que tuve para alcanzarlos.

Para Maya Cú Choc, mujer q'eqchi', el racismo es también una condición diaria que la confronta con toda la historia de Guatemala y sus genocidios recientes, último el de 1982. Las familias de su madre y de su padre, en efecto, tuvieron que desplazarse a la ciudad después del golpe de 1954 contra Jacobo Árbenz, porque eran campesinos indígenas organizados. Ella nació, por lo tanto, en 1968 en la ciudad capital donde no pudo asirse de los referentes culturales con los que la sociedad occidentalizada identifica a los pueblos indígenas: territorio, lengua e indumentaria tradicional. No obstante, siempre estuvo expuesta al racismo que se manifestó como guetos laborales de salarios bajos (trabajo doméstico para su madre, en la construcción para su padre), escuelas marginadas, discriminación en el acceso a los servicios públicos, exposición a las manifestaciones de la violencia institucional, descreimiento a su calidad artística.

En Feminismos desde Abya Yala. Ideas y proposiciones de las mujeres de 607 pueblos en nuestra América. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2015.



Coto en Kyoto
Mariana Borrego

Sólo las palabras pueden decir el asombro

Jorge Bustamante García

Su experiencia del viaje en todo momento se volvía escritura, lectura del mundo que iba descubriendo a cada paso, entablando nuevos lazos que se volverían fructíferos con mujeres y hombres de todos los territorios y países por los que caminaba

En los dos últimos meses, releendo algunas novelas y ciertos poemas de Francesca Gargallo (Siracusa, 1956 — Ciudad de México, 2022), no he podido evitar volver a encontrarme con ella, como si nos visitáramos de nuevo, para continuar nuestra larga conversación que se inició con un intercambio de *plaquettes* de poesía por allá en el remoto verano de 1986. Y me ha asaltado la imagen de esa muchacha que, nueve años antes, en 1977, había huido de su acomodada, culta y conservadora familia romano siciliana, para caer de repente en Nueva York e iniciar, después de unos meses, su periplo hacia el sur, territorio que conquistaría durante toda su vida. Una tarde, en algún lugar de Texas, un aventón en tráiler la transportó hasta Zacatecas, donde quedó fascinada por el extenso paisaje semiárido de la Gran Chichimeca, que después con el paso de los años se volvería epicentro de una de sus más logradas novelas. Tras permanecer unos meses en Zacatecas, esa joven andariega

regresó a Italia a instancias de su madre, para terminar sus estudios de filosofía. Al alcanzar ese cometido volvió a huir, tomó un avión a finales de 1979 y aterrizó en Ciudad de México, con dos libritos publicados en italiano bajo el brazo. ¡Qué iba a pensar esa joven muchacha que ese aventón de tráiler hacia el sur cambiaría para siempre su vida!

La obra literaria de Francesca Gargallo, pobremente atendida por la crítica (¿habrá crítica literaria en México que supere los pálidos balbuceos académicos?), con frecuencia soslayada, a veces de plano ninguneada, comprende tanto novela, como poesía, ensayo, cuento y libros para niños, además de traducciones del francés y el italiano. Me interesa la inconmensurable alma de Francesca reflejada en esa obra tan diversa, su inmensa capacidad de penetración y al mismo instante de distanciamiento con sus personajes, de ser congruente ella misma con sus acciones y sus

ideas, con su manera de vivir, sin afectaciones, capaz de entablar relaciones de amistad horizontales y profundas, o también de no entablarlas, cuando no encontraba eco o resonancias, pero era tolerante en la discrepancia, ágil en el diálogo, atenta en la conversación: le encantaba. Toda su obra, la literaria, la feminista, la académica, fue y es una fecunda conversación. Siempre me impresionó en ella eso que se entiende por “don de gentes”, su temperamento inclinado a lo gregario, pero sin descuidar los dones de la soledad y la introspección, incluso del retraimiento. Me gusta pensar que en la vida de Francesca se conjugó desde sus inicios una afortunada triple experiencia, tan cara para Julio Cortázar, la triple experiencia de vivir, leer el mundo, y escribir.

Una persona puede tener muchas vivencias, pero no lee y el ejercicio de la escritura se queda en el plano de lo puramente instrumental. Sus vivencias durarán lo que dure su memoria personal y luego se diluirán. También hay quien lee mucho, pero vive poco y aún así la escritura creativa lo puede alcanzar. Lo que sí parece imposible es escribir creativamente manteniendo precarias y pobres vivencias propias, sin interesarse por las ajenas y no leer un solo libro. Tal vez por eso Cortázar sostenía que para que surja un escritor debe darse con fuerza y pasión la triple experiencia de vivir, leer y escribir. Fue lo que hizo Francesca toda su vida, vivir intensamente con autonomía y pasión, leerse a sí misma y leer a los demás (leer para conocerse mejor a sí misma y conocer mejor a los demás —Harold Bloom) y escribir, escribir sin tregua, hasta en el sueño, lo que una o uno logre y pueda escribir.

La pasión de Francesca fue esa: caminar y hablar, decir, sí, pero con una curiosidad palpitante, una curiosidad que la estremecía, le dolía y la hacía feliz. Vivía, conversaba, leía, escribía, gozaba, sufría, reía para estar en el mundo y no negarse a nada. ¡Caminar y hablar, decir, decirse con otros, relatar! En el sentido de la polaca Olga Tokarczuk¹: «No dejar situación sin explicar, sin relatar, ni puerta cerrada alguna; derribarla con la patada de una palabrota, también aquellas que conducen a embarazosos y vergonzantes pasillos que se preferiría olvidar. No avergonzarse de ninguna caída, de ningún pecado. Pecado relatado, pecado perdonado. Vida contada, vida salvada».

1 Olga Tokarczuk. *Los errantes*. Anagrama. España, 2019

Llegó a México cargando dos idiomas (el italiano y el francés), pero sólo quiso decirse y escribirse en la nueva lengua de llegada: el español mexicano inventado por ella, que le otorgó un estilo único con prosodia de entonación peculiar. Escucharla hablar era como escucharla escribir: la misma entonación. Y aprendió a escribirlo, no a redactarlo (Pitol *dixit*), gracias al empeño de su maestro en la UNAM, Jorge Ruedas de la Serna, quien según ella misma recuerda le dijo «que estaba destinada a escribir en español y decidió enseñarme cómo hacerlo: durante un año, cada semana me dio un clásico de la literatura latinoamericana, desde *María* de Jorge Isaac, hasta *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* de Albalucía Ángel. Cada semana debía yo llevarle mi reporte de lectura en tres hojas para que él lo corrigiera. Nunca le agradecí lo que hizo por mí».

Y ahí empezó todo realmente para ella en nuestra lengua: escribió más de veinte libros, infinidad de cartas a sus amigas y amigos (sería interesante reunir su correspondencia, porque en ella está el germen de su escritura), participó en infinidad de tertulias, lecturas, presentaciones de libros, conferencias y proyectos literarios, por eso pudo afirmar que «de esa forma tan colectiva el español se convirtió en mi lengua. La lengua en que me doy a entender, escribo, arrullo a mi hija, me sumo a redes de escritoras, les digo a mis amantes cuánto me gustan». Luego, ya en la nueva era digital y de redes sociales, que en sus principios parecía tan benigna, utilizó el correo electrónico como otra forma de desenvainar la pluma y el blog para mantenernos al tanto de sus largos viajes (nómada incorregible) junto a su hija, en crónicas incisivas e implacables, por China, el Tíbet, Nepal, Mongolia, México, Centroamérica y Suramérica.

Su experiencia del viaje en todo momento se volvía escritura, lectura del mundo que iba descubriendo a cada paso, entablando nuevos lazos que se volverían fructíferos con mujeres y hombres de todos los territorios y países por los que caminaba. Escribió sin término desde su primera juventud, su pasión y curiosidad eran inmensas, no pudo dejar de hacerlo, escribió para estar en los sueños y en la vida, necesitó por igual del empuje y el silencio. Lo dice a plenitud en su breve y brillante crónica *Bailarina de la vida*: «Yo escribía desde siempre, es decir desde que en primero de primaria me obsequiaron el instrumento de mi expresión resumido en unos

signos con los que todo puede decirse [...] Escribir sigue siendo para mí una necesidad, y como tal un empuje y un límite; a la vez, deseo, horizonte, vuelo y ansiedad, dolor, dificultad. No puedo hacerlo sin mi cuerpo de mujer que me lleva a experimentar fantasías y realidades [...] Para inspirarme yo necesito de tardes sin nada que hacer, de silencio, del inmenso correr del viento sobre las rocas y las arenas de desiertos que se expanden frente a mi vista, del sonido de los pasos sobre la tierra».²

Hay relato autorreferencial en algunas de sus novelas, como *Días sin Casura* (1986), *Calla mi amor que vivo* (1990), *Estar en el mundo* (1994) *Marcha seca* (1999) y *Los extraños de la planta baja* (2015). En otras prima el rigor histórico, como en *La decisión del capitán* (1998, Era; 2022, FCE), en otras más su inquietud por el medio ambiente y el desastre ecológico que ya padecemos, en novelas como *Al paso de los días* (2013) y *La costra de la tierra* (2017)

Días sin Casura es un acercamiento autobiográfico en el que la nostalgia representa un papel central. El tiempo parece saltar entre la infancia en Casura y la vida de una reportera extranjera en la Nicaragua vibrante de comienzos de los ochenta. El yo de la narradora es el *alter ego* de la autora, que por momentos parece escribir su propia biografía. La acción se mueve entre vaivenes de memorias en cada territorio que quiso ser suyo, como lo sugiere en unos versos olvidados en la mesa de un hotel en San José de Costa Rica: «Cada tierra encierra a lo lejos/ la que quiso ser mía». En la novela se habla de un pasado (Casura, el padre, la hermana, Alfio, el muchacho que capitaneaba un barco pesquero y que la salvó del «terror» de ser devuelta a sus padres), y de un presente en la Nicaragua de comienzos de los años ochenta, que ya no tiene que ver con la perspectiva de hoy (2022), pues llana y sencillamente esa Nicaragua se esfumó. Uno de los personajes de ese momento, Alejandro, acierta y otorga significado y sentido a la narración con brochazos proustianos, cuando afirma: «Hace mucho tiempo que no creo que sea posible hablar inteligentemente sino de recuerdos». Eso es *Días sin Casura*, un relato que se construye desde los recuerdos que nutren también el presente de la narración.

Algunas de sus novelas necesitaron mucho «trabajo de campo». Se iba por meses a indagar, a investigar en archivos, a conversar con la gente de las comunidades. Cuando le surgió la idea de su novela *La decisión del capitán*, le dio muchas vueltas en la cabeza, hasta que decidió irse a Querétaro, San Luis Potosí y Zacatecas, en una especie de recorrido del territorio de la novela que pretendía escribir: la epopeya de la Gran Chichimeca y de un héroe de la paz, el capitán Miguel Caldera, mestizo que logra terminar con la masacre en la conquista del norte guachichil y castellano, gran soldado, fundador de San Luis y decenas de pueblos, con el afán de que sus dos sangres no siguieran ahogándose en odio y violencia. Antes de partir, me escribió a comienzos de 1996: «Cada vez más encuentro realmente revolucionaria la paz, la construcción (esforzada pero placentera, si entendemos el placer como un vivir bien consigo y con los demás) de un mundo de convivencia. Es tan femenina, tan fuerte la paz».

Veinte años después llevó a cabo algo parecido para preparar su novela *La costra de la tierra*. El deterioro del medio ambiente, la violación ecológica del territorio, la contaminación producida por las industrias extractivas y las energías fósiles, preocupaban mucho a Francesca y fincó en Michoacán el centro de su relato, en donde encontró el contorno de sus personajes que fue metamorfoseando a medida que avanzaban en su imaginación: una médica forense que renuncia a su trabajo, un anciano campesino purépecha, un geólogo convertido en minero y un pintor que sufre una crisis espiritual a raíz de un accidente de auto. Si los escenarios cambian, lo hacen siempre en un territorio que puede ser recorrido a pie o por tierra y que presenta, entre un encuentro y otro entre los cuatro dialogantes, situaciones al límite del delirio. Los cuatro libran, a veces sin saberlo, una lucha contra la modernidad depredadora que amenaza con colonizar las libertades individuales... algo tan simple como caminar a placer, en espacios abiertos.

Recuerdo que vino a Morelia y pasamos tardes enteras hablando de temas quizá extraños para ella, como la deriva continental y la tectónica de placas, de la edad del eje neovolcánico y los volcanes de Michoacán, se interesaba por todo, por las rocas y los minerales, por la explotación del gas shale o lutita (el fracking) como lo pretendían las reformas energéticas de aquellos años, por la inconveniencia de

² En *Narrar el instante. Antología improbable: políticas y poéticas de la crónica*. Compilación de Gustavo Ogarrío. Secretaría de Cultura de Michoacán y Ediciones Eón. México, 2009.

la industria extractiva de minerales que empobrece más, a la larga, a las comunidades. En la novela hay pasajes enteros geológicos, ecológicos, de comparación entre los minerales preciosos y la poesía. Algunos momentos de *La costra de la tierra* parecen los de una novela de tesis, bajo la premisa de que “Sólo las palabras pueden decir el asombro”.

Y luego está su poesía, recogida en cuatro libros publicados y uno que permanece inédito. La poesía siempre estuvo presente en Francesca. A veces, me parece, se resentía por no tener tiempo suficiente para dedicarse a ella, metida como estaba en sus estu-
pendos trabajos sobre perspectivas de género y feminismos latinoamericanos, pero lo que más lamentaba era entregar su tiempo a trabajos académicos menores que menguaban un tanto su libertad creativa, no poder dedicarse a eso tan simple de escribir lo que a uno se le venga en gana. La poesía no se da todo el tiempo, es una rareza, uno no se sienta a escribir poesía, a esperarla, porque puede darse mientras se camina, mientras conversas con los otros, mientras duermes, mientras escuchas la lluvia. Un verso verdadero contiene pepitas de oro. Un nonagenario y casi desconocido poeta español, Francisco Pino, solía decir que «la poesía entera puede estar en un solo verso». Francesca lo sabía, leía poesía para hallar la epifanía de esas pepitas de oro. Y a veces las escribía: «Escribo para llevarte conmigo/ en el invierno que cae a gotas» (en *Hay un poema en el mundo*). En su último libro de poemas, *Una playa en el elevador*, que permanece inédito, hay una joya de igual quilate por lo que sugieren esos dos versos: «Cierro una novela/ nunca el instante eterno de un poema».

La poesía en Francesca Gargallo se paseaba, de pronto, por sus novelas, por sus ensayos, por sus escritos, a veces hacía guiños desde sus poemarios. Sabía con Francisco Pino que la poesía entera puede estar en una palabra, en un par de versos, en la imaginación que desprenden. Para ella era un lugar distante, lejos de aquí, el recuerdo del sonido primario. Lo dijo en una entrevista: “La poesía ocupa un espacio que ninguna lengua me llena: el recuerdo del sonido primario. Nunca olvido leerla: me consuela, me remite a un tiempo que los contiene todos. Me sigue hablando de amor”.

LA ACERA DE ENFRENTÉ

Sobre el apoyo de Salvador Alvarado al feminismo
Francesca Gargallo

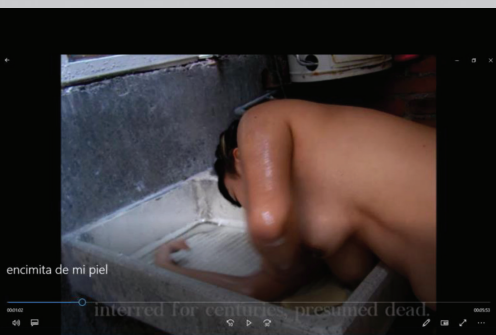
Con la llegada del general revolucionario socialista Salvador Alvarado como gobernador a Yucatán, en 1915, comenzó una nueva época para esa zona maya, con la introducción de reformas sociales, políticas y económicas. Junto a la lucha contra la clase dominante a la que el propio Alvarado bautizó como la «casta divina», y que se concretó en la liberación de los peones de hacienda, Alvarado apoyó un movimiento feminista que había visto la luz en el lejano 1870, cuando la poeta y maestra Rita Cetina Gutiérrez fundó La Siempreviva, un grupo sufragista en Yucatán compuesto fundamentalmente por maestras que teorizaban sobre la educación y, en especial, la educación de las mujeres. Asimismo, entre 1910 y 1915, ocho estudiantes de la Escuela de Derecho de Mérida presentaron tesis sobre el tema del divorcio y de los derechos de las mujeres, lo cual resulta un número asombroso teniendo en cuenta el pequeño tamaño de la escuela. Basándose en estas presencias, Alvarado animó a las mujeres a convocar en Mérida los dos primeros congresos feministas de la historia de México (enero y noviembre de 1916). En esos dos congresos las delegadas apoyaron el derecho al voto y a la participación política de las mujeres, recibieron y divulgaron las primerísimas informaciones sobre anticonceptivos y abortivos, se pronunciaron en favor de la educación laica y progresista y desafiaron la idea de que las mujeres eran conservadoras en materia religiosa, exigiendo el fin del fanatismo, la intolerancia y la superstición. Desde 1915 hasta 1918 en el gobierno de Alvarado, y luego en el del socialista yucateco Felipe Carrillo Puerto hasta 1924, cuando fue ejecutado por sus enemigos políticos, las mujeres trabajaron en la administración pública, se defendieron entre sí obteniendo mejoras en las condiciones de trabajo de las empleadas domésticas y lograron una reforma del Código Civil para que las mujeres solteras tuviesen los mismos derechos que los hombres para abandonar la casa paterna al cumplir los veintiún años y las mujeres casadas, personalidad legal para celebrar contratos, comparecer en juicios y administrar sus bienes. En las elecciones de la legislatura del Estado, en 1923, el Partido Socialista de Yucatán tuvo tres diputadas mujeres y una suplente.

En *Archipiélago. Revista Cultural de nuestra América*. Enero-abril, México, 2005.

Una artista en Ecatepec

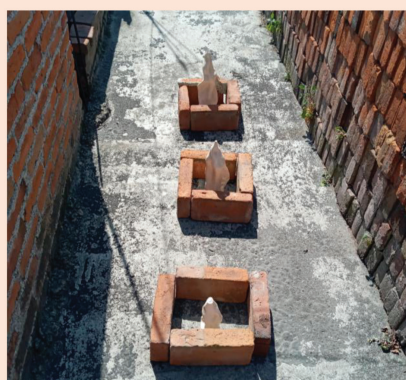
Esta joven artista ha hecho muchas cosas en su vida. Nacida en 1997, ha transitado ágilmente entre la tecnología, la museografía, la producción y la autogestión de su propia obra; ha llegado al activismo de género a través de la acción artística, la instalación y el arte objeto. Ecatepec ha sido una de sus principales ocupaciones, la forma en que sus habitantes viven. Ecatepec es el lugar que ella misma habita, que le ha otorgado diferentes premios y experiencias de vida. Ahonda en la relación del cuerpo femenino en sus diferentes entornos sociales, donde se le hostiliza, se le controla, se le constriñe, se le maltrata y se le mata; pero también, a veces, donde toma la libertad de sentarse o arrojarle a vivir como se le dé la gana, de colocar parches en sus cicatrices. Naohmi expone su irreverencia hacia los cánones de comportamiento impuestos a la mujer y lanza mensajes directos a la violencia feminicida que ha crecido como una vorágine de casos impunes a lo largo de años y años.

La obra que hoy presentamos abarca una muestra de algunas de las diferentes manifestaciones y técnicas que explora en su amplia investigación: la cerámica, la instalación, la intervención urbana, el arte objeto y la fotografía.  





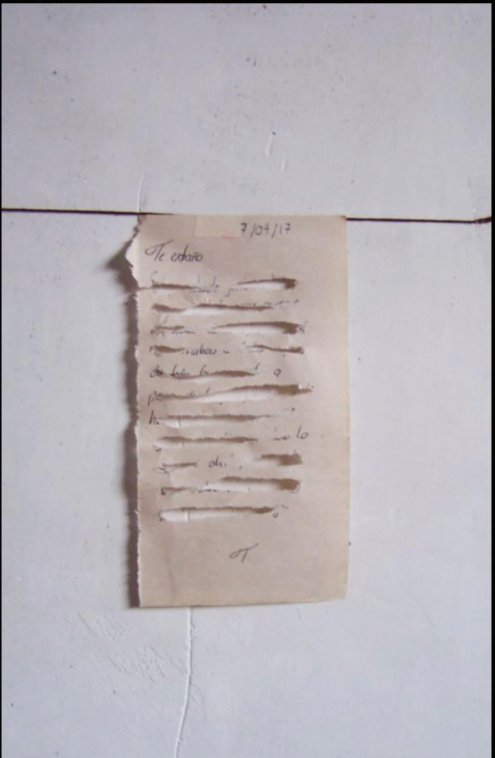


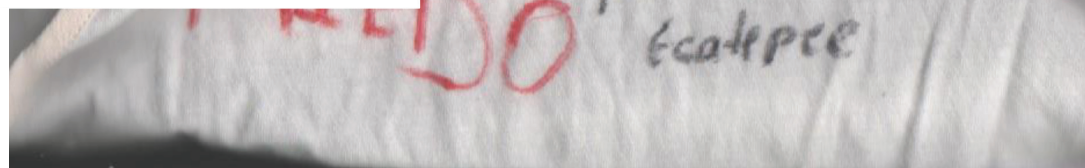
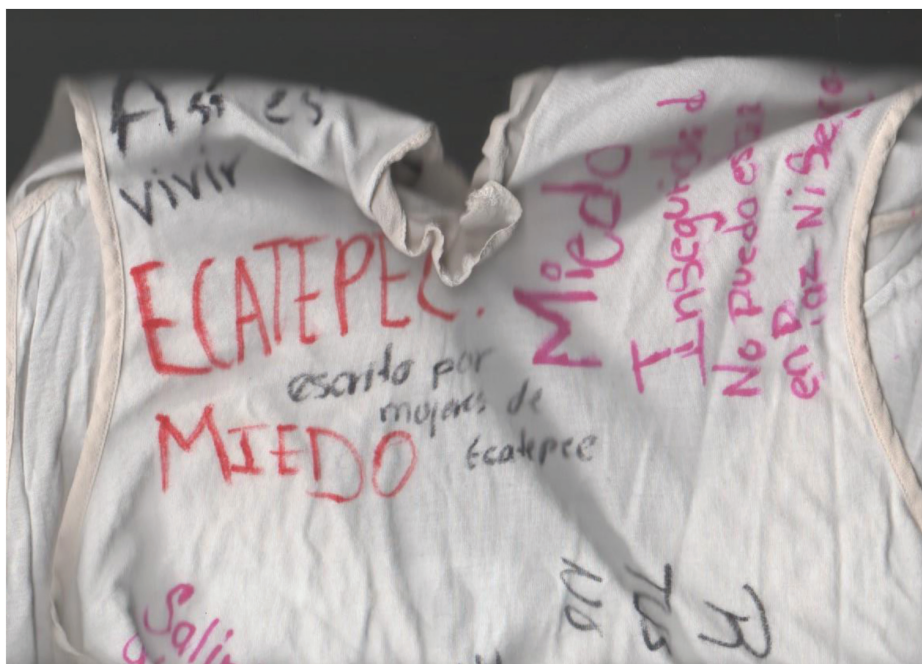


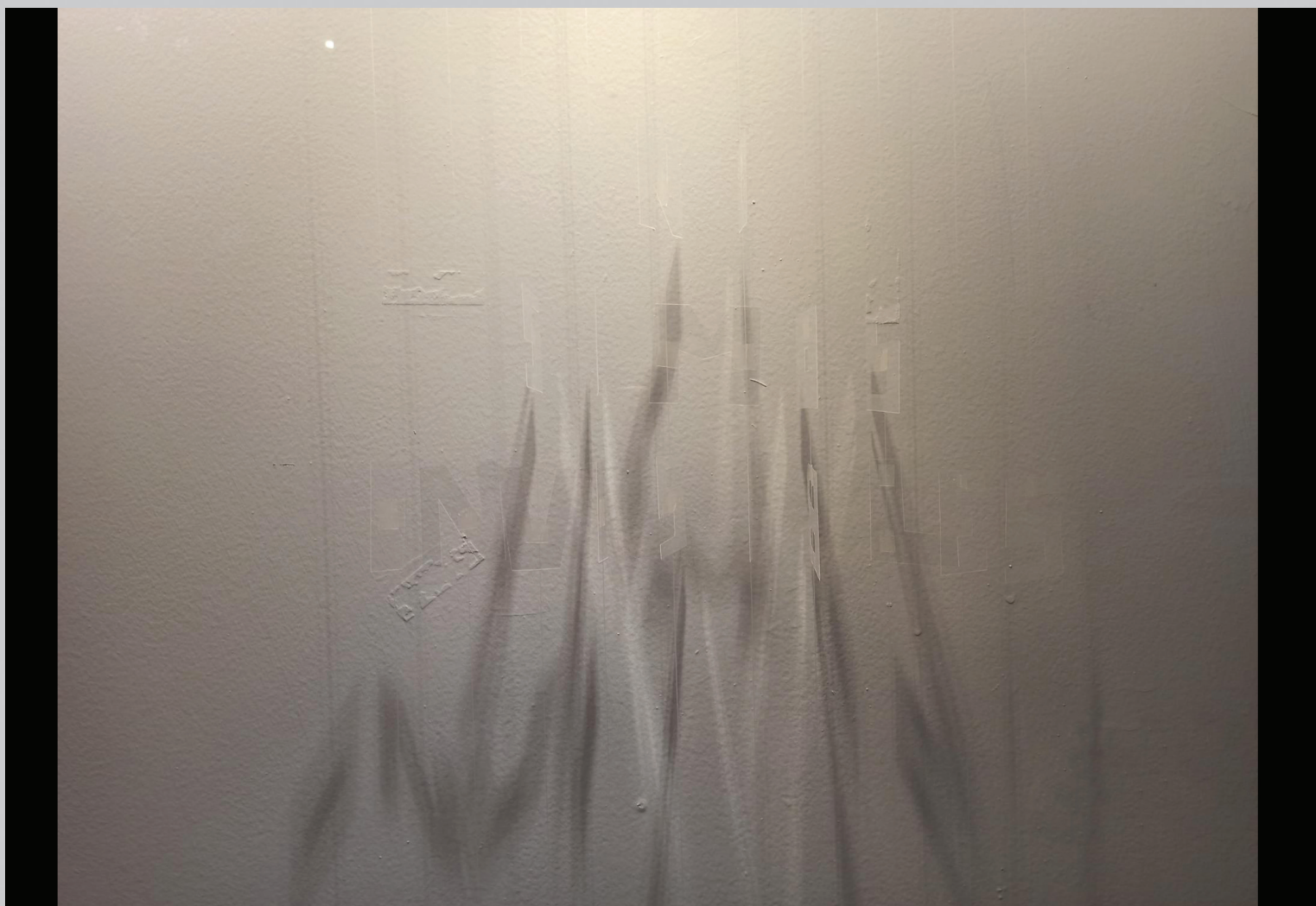
NO
SOMOS
INVISIBLES

NO
SOMOS
INVISIBLES

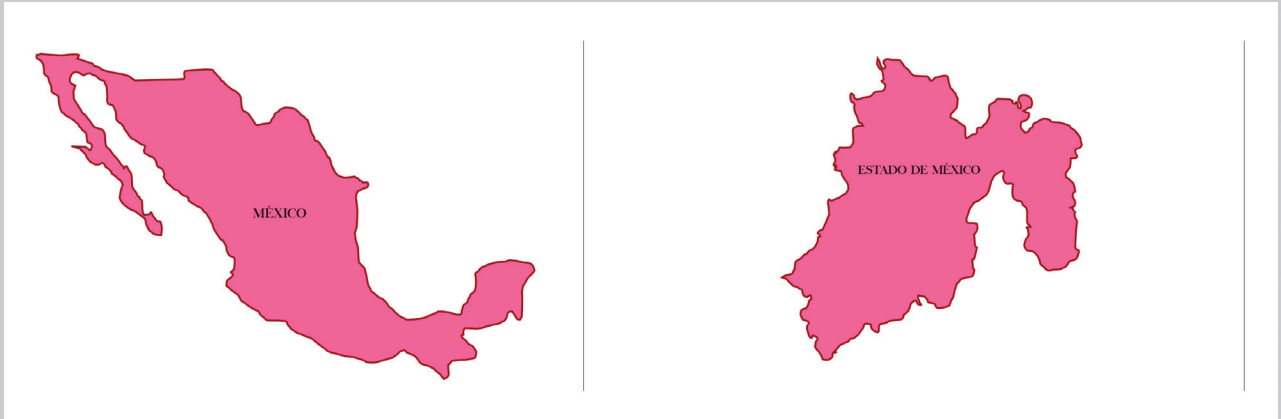










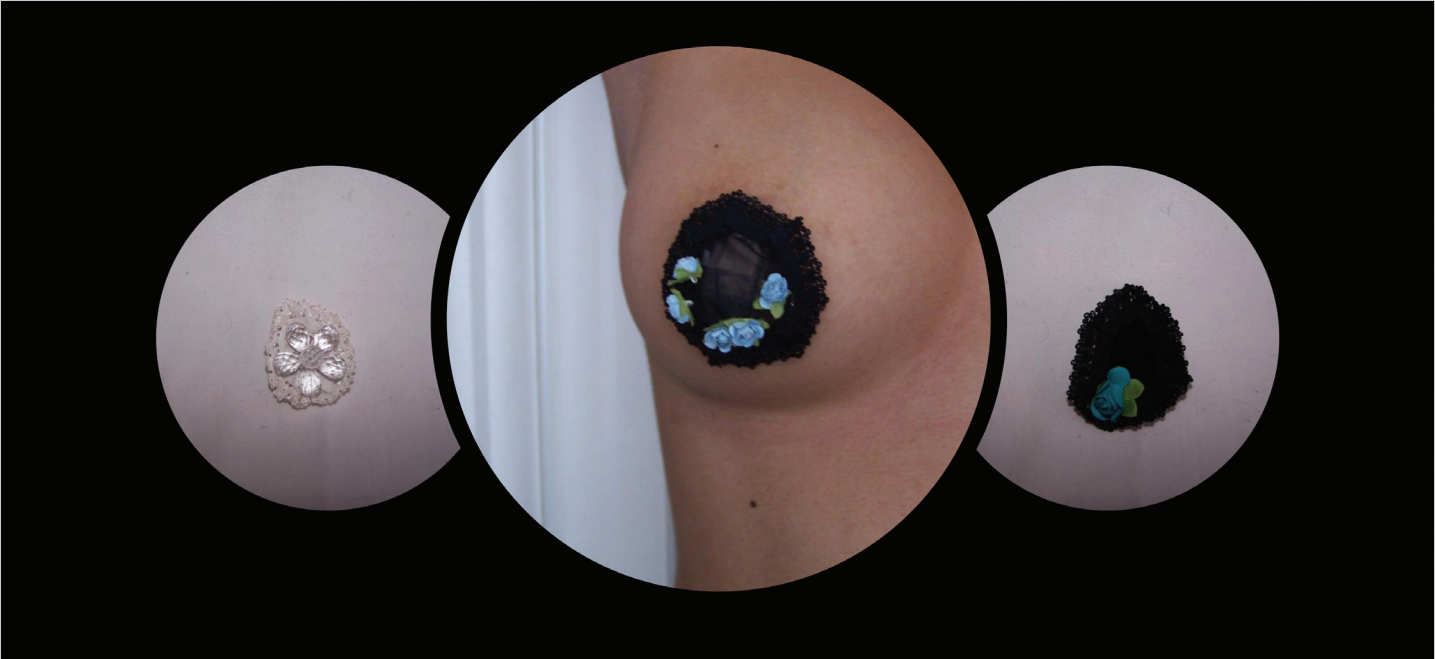


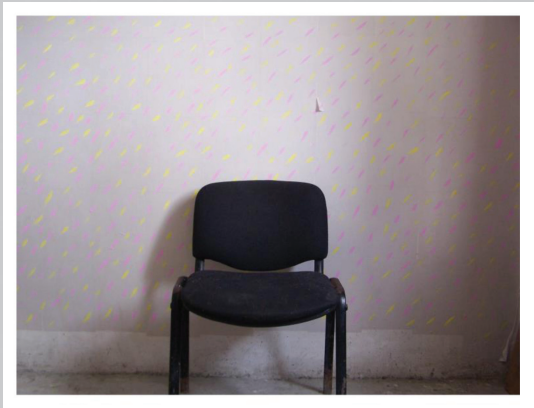




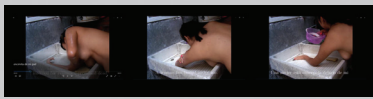












1. *Encimita de mi carne*



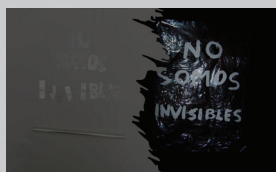
2. *Indumentaria del EDOMEX*



3. *Sin título*



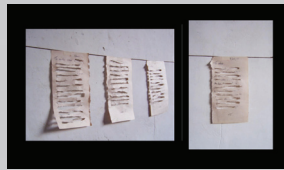
4. *Sin título*



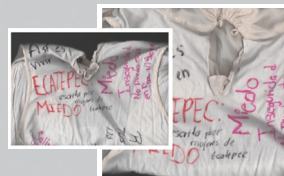
5. *No somos invisibles*



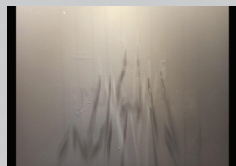
6. *Cartas anónimas no entregadas*



7. *Cartas anónimas no entregadas*



8. *Manta encuerpada*



9. *No somos invisibles*



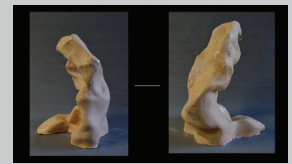
10. *Velas del Estado de México*



11. *Stickerstado*



12. *Stickerstado*



13. *Abrazo/Sesni*



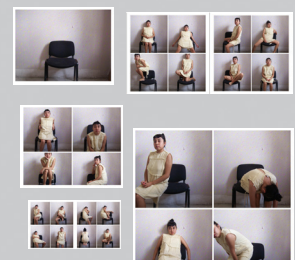
14. *Montañas ausentes*



15. *Abrazo/Sesni*



16. *Sin título*



17. *Se puede sentar bien, por favor*



18. *Se puede sentar bien, por favor*

Las fronteras son asesinas. Entrevista a Francesca Gargallo

Rowena Bali



Antes de conocer a Francesca Gargallo escuché su nombre en labios de compañeras y compañeros de trabajo. Su persona me inspiró respeto desde entonces, curiosidad, hasta un poco de temor. Eran famosas sus discusiones acaloradas, su firmeza de carácter para defender lo que creía. Por otro lado, daba la impresión de ser una eterna niña, cuyo entusiasmo reflexivo podía bucear en la profundidad de cualquier tema; en esta conversación, realizada en el programa de *Cultura Urbana* para la estación de radio Código CDMX, sus temas fueron la mujer y su historia, una hermosa palabra de origen cuna, el transporte público, Helena en bicicleta por la ciudad, el caos, las caminatas por el Centro de la Ciudad de México, el amor por Zacatecas, la fundación de una universidad y el mundo entero que casi inundó sus ojos llenos de fuego.

El día que al fin la conocí su voz cálida de muchacha extranjera me tranquilizó desde el primer momento; no era aquella mujer hostil de la que hablaban ciertos señores, sino una persona con una amplísima capacidad de comprensión, empatía, alegría, de amor por México y una visión que transparentaba el mundo injusto que la rodeaba. En esta plática sencilla está un pequeño haz de la luz que Francesca emanaba.

Rowena Bali: Yo sé que llegaste aquí a México muy jovencita, tendrías veintitrés años...

Francesca Gargallo: ¡Veintidós o veintitrés!

RB: ¿Cuándo llegaste a la Ciudad de México cuál fue la primera impresión que tuviste?

FG: Yo llegué a la Ciudad de México por tierra y por lo tanto no fue lo

primero que conocí de México y no fue lo que más me gustó.

RB: ¿Dónde llegaste primero?

FG: Yo llegué desde Estados Unidos por camión y por lo tanto llegué primero a Monterrey pero me fui inmediatamente a Zacatecas, al estado de Zacatecas y a la ciudad de Zacatecas que han sido mis grandes amores mexicanos, que han sido espacios en los que recurrentemente he construido el ambiente de mis novelas, de mis cuentos y es un lugar al que siempre regreso con muchísimo amor al recuerdo de lo que fue, porque hoy se ha vuelto una entidad muy peligrosa y muy en manos de mafias de drogas y de inseguridades diversas, cuando en cambio fue una sociedad y un estado súper pacífico donde se podía caminar de noche, donde se podía caminar por el campo, por el desierto y a mí eso me enamoró muchísimo, esa libertad de movimiento que había en Zacatecas. De ahí empecé a viajar hacia el sur, y pasé por Guadalajara que no fue una de mis pasiones en cambio y llegué a la Ciudad de México y la primera sensación, en la camionera del norte es que era caótica, era absolutamente caótica, como llego a la estación del norte, además, empiezo para ir al Centro a recorrer, me equivocaba, los camiones eran muy extraños, toda una serie de cosas, al recorrer lo segundo que me impactó es que era una ciudad desigual. Entonces, la primera es el caos, la segunda es la desigualdad, dentro de esto jugaba a ver qué creaba la desigualdad, qué creaba el caos, y finalmente llego al Centro Histórico y de éste me enamoro, intenté vivir en el Centro Histórico y un periodo muy corto que estuve viviendo en el Centro, en la calle de Colombia exactamente, fuera de eso siempre he intentado regresar a vivir al Centro viviendo en otros lados y siempre he paseado, soy una paseadora de espacios urbanos, me gustan las calles semivacías, y el Centro está siempre lleno y entonces me gusta menos, pero, por ejemplo, pasear en el centro entre las siete de la mañana y las once de la mañana es una delicia, y la noche también, yo paseaba la noche con mi amiga, la pintora sinaloense María Romero, estábamos paseando por el Centro como a las once y de repente debía tomar el metrobús a fuerza si no llego a casa. Pero sí, el Centro es lo que más me gustó.

RB: Me llamó mucho la atención que tienes un blog que se llama «La calle es de quien la camina».

FG: Claro, las fronteras son asesinas.

RB: Y me acordaba también de la escritora Rocío Cerón, a quien seguramente conoces, que tiene este rollo de la inspiración a partir del paseo por la ciudad, bueno, no solamente por la ciudad, por diferentes lugares. Ella ilustra siempre sus paseos, por Chapultepec, por la colonia donde ella vive, etc. ¿Dónde vives tú ahora?

FG: En la Santa María la Rivera, a una cuadra del kiosco, vivo en una casa de 1901 y convivo con una serie de personas que hacen muchas actividades comunitarias en el barrio: techo verde, con clases de agricultura urbana. Yo misma estoy intentando abrir una librería privada pero con acceso público para los estudios latinoamericanos, en particular los estudios feministas, y abajo en el sótano viven los muchachos y muchachas de Enchúrame la bici; las bicicleteras y bicicleteros que hacen bicicleta y que intentan hacer de la bicicleta una cultura ecológica y urbana.

RB: Sería bueno que ya se propusiera un mayor uso de la bicicleta, creo que ya por ahí vamos empezando, porque seríamos ciudadanos mucho más sanos y mucho menos metidos en el tráfico.

FG: Menos metidos en el tráfico. Ahora, mi hija que usa bicicleta para ir a cualquier lado, a la universidad, al trabajo y todo, últimamente me dice que se siente muy contaminada y por ejemplo está buscando algún tipo de mascarilla. Que cuando estás en el barrio no te sucede pero es suficiente tomar una calle como Reforma, como cualquier calle grande.

RB: Sí, no podrás evitar ir detrás de los camiones, en fin, esto de usar bicicleta tiene sus asegunes, pero por otro lado los conductores no respetan a los ciclistas. Pero yo quisiera cambiar un poco de tema y preguntarte ¿Cómo se relaciona tu trabajo literario, tu poesía, tu narrativa, con el asunto urbano, con la ciudad?

FG: Bueno, yo soy una campesina que terminó viviendo en las ciudades y toda la vida quiso regresar al campo y nunca lo ha hecho y siempre me preguntó por qué, si mi pasión idílica es el campo. En realidad he vivido en el campo en periodos muy cortos, me encanta trabajar la tierra, pero siempre me domina la ciudad en cuanto a polo de atracción intelectual. No creo para nada que en el campo no se piense, no pienso que la cultura es occidental y que, por lo tanto en América solo las ciudades no indígenas son importantes, creo que hay culturas muy fuertes, pero digamos, es en la ciudad donde termino viviendo siempre, realmente casi a nivel inconciente, pero siempre

además más cerca del Centro ¿no?, primero viví en el Centro, después en San Jerónimo, de ahí a la Condesa, ahora a la Santa María, yo creo que en unos años estaré ubicada en el Zócalo. Usé auto por dieciocho años y lo vendí y no quiero volver a tener auto y quiero en cambio moverme en bicicleta, a pie y en medio de transporte público por la ciudad, lo cual, empiezo a darme cuenta, que empiezo a ver menos mis amigos que viven en las orillas, los amigos o las amigas que viven en San Jerónimo o en Las Lomas, pues ya no los veo, porque no llega el metro, así de fácil ¿no? Entonces me da un poco de pena porque en realidad hay gente que quiero muchísimo ahí.

RB: El problema de la Ciudad de México es que está más diseñado para los automovilistas que para la gente de a pie. La cuestión de moverse en transporte público es más efectiva que moverse en coche, pero es insuficiente y se han propuesto presupuestos exorbitantes para el transporte público en la Ciudad de México pero no se encuentra una solución que lo haga efectivo, cómodo, humanamente posible, transitable. Me llama mucho la atención esto que dices sobre el pensamiento en las comunidades rurales, donde se cultiva mucho el arte, la poesía, la literatura, las artes visuales, me llama también mucho la atención este libro tuyo que hace poco apareció publicado por la UACM, *Feminismos de Abya Yala*. Lo primero que quiero preguntarte es ¿Qué engloba el concepto de Abya Yala?

FG: Abya Yala es una palabra cuna, el pueblo cuna vive en la cintura de América, literalmente viven entre Panamá y el inicio de Colombia y es un pueblo que puede, por su ubicación geográfica, mirar al norte, mirar al sur y tener una sensación unitaria de lo que es América, Abya Yala más o menos quiere decir tierra de la madre o tierra fértil o buena tierra y significa América. América en sí es un término colonial, se toma del nombre de un yupi ¿no?, de un yupi florentino, que tenía el dinero suficiente como para hacer el viaje en un barco español, más o menos como el dueño del Cirque du Soleil que se va a la estratósfera. Entonces este yupi florentino es el que da el nombre a un continente habitado por lo menos por un centenar de millones de personas, esto es, simplemente, una ofensa al territorio de seiscientos siete pueblos que entonces han decidido no usar el nombre América y usan un término cuna que, repito, por ser el del pueblo que vive en la cintura engloba América del sur y engloba América del norte también, entonces los pueblos que se reúnen

bajo el nombre de Abya Yala son los pueblos originarios que producen un conocimiento, una tecnología, una historia, una continuidad continental que es mucho mayor que la supuestamente mayoritaria —lo ponen mucho en duda que sea mayoritario—, por ejemplo que México sea un país mestizo es mentira, es un país indígena que ha perdido la memoria. Apuesto a que la memoria es necesaria para construir identidad. Abya Yala no significa sino esta buena tierra que es el continente americano.

RB: Vamos a escuchar una canción, tú proponla.

FG: ¡Nooooo! Pero bueno, propongo Rebeca Lane y a su rap feminista.

RB: Yo quisiera preguntarte también acerca de tu trabajo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, tú eres fundadora de la carrera de historia de las ideas, también de la carrera de creación literaria, cuéntanos acerca de este proceso, de esta gran aventura que seguramente fue fundar estas dos carreras y se además fundadora de la universidad misma.

FG: La UACM es uno de los mejores proyectos educativos que he conocido en los últimos treinta años en el mundo, fíjate, no solamente en México. Hay algunas universidades que resisten, como la Universidad de Buenos Aires, pero como creación nueva, el mejor proyecto universitario es el de la UACM porque recupera la idea exactamente de conocimiento, para su transmisión y no de individualización de la investigación para unos puntos, para algo horrendo como pueden ser los programas de crecimiento salarial de profesores individualizados, separados de la enseñanza y separados de la posibilidad de construir una cultura colectiva. En la UACM eso no existe, no hay puntos, todo el mundo tiene el mismo salario desde el primer día que entra hasta el último día que sale, no hay competitividad entre las personas ni hay una preferencia económica en detrimento de la educación entendida como el proceso de estar en el salón de clases y de tutoría de los procesos de aprendizaje del alumnado. Entonces ese es el mejor proyecto educativo que conozco en el mundo, no conozco todo el mundo, pero que conozco por lo menos en América Latina, organizado en los últimos treinta años. La UACM fue un caos cuando la iniciamos, como todas las cosas importantes. Solamente tiene quince años, la adolescente. Fue caótica su formación, hubo personas que no la entendieron, como la es-

pantosa segunda rectora que fue un infierno de persona porque detestaba el proyecto educativo de la UACM e intentó acabar con él con todos sus medios y no lo logró gracias a la unión entre el estudiantado y los profesores, los estudiantes dijeron: «No nos han ofrecido poder aprender y queremos aprender sin estas reglas de características neoliberales que tienen que ver con la capacidad terminal mas no con la calidad de los estudios», entonces para mí eso ha sido muy importante en la UACM, claro, la UACM es un espacio donde también el profesorado está incapacitado para ser otra cosa, para ser profesores, el tiempo emotivo de preparación, de estar, involucrarse en los temas que le importan al estudiantado además de transmitirles conocimientos necesarios básicos y estratégicos para poder desarrollar las profesiones que imaginan poder desarrollar, después si lo hacen o no es su asunto ¿no? Implica una vida de dedicación total y yo me fui porque no lograba escribir, después de tres años literalmente esto me empezó a enfermar y empezó a tener efectos físicos y me empecé a enfermar gravemente. Había también muchas situaciones de tensión en torno a la situaciones del caos inicial entre profesoras y profesores, el profesorado estaba muy dividido y yo dije: «hasta acá llegué», me encantó y estoy muy contenta de haber aportado lo que pude.

RB: Aportaste muchísimo. Ahora se nos está terminando el tiempo y quisiera preguntarte dos cosas más. Tú eres una feminista conspicua, estamos muy orgullosos de ti, francamente. En el ámbito urbano existe mucho machismo, existe mucho machismo en el transporte público, en el trabajo, en fin ¿Cómo ves tú la situación de la mujer urbana? a esta mujer que ya se ha integrado ya desde hace muchas décadas al trabajo de oficina, etc.

FG: El 70% de las mujeres en la Ciudad de México trabajan, y habría que preguntarnos si el trabajo libera o no, que eso es muy diferente a pensar que si las mujeres trabajan se liberan, en las condiciones actuales libera o no. Y las mujeres al haber ingresado al trabajo han entrado a una situación de opresión laboral o se han liberado de la opresión familiar. La opresión familiar sigue existiendo, desgraciadamente hay mucha violencia contra las mujeres pero también hay muchísimas acciones separadas, atómicas si quieres, de mujeres que actúan contra la violencia, actualmente hay grupos de mujeres que se preparan físicamente para resistir la violencia,

muchos grupos de mujeres que hacen arte, estoy pensando en grupos de rockeras, estoy pensando en una gran cantidad de mujeres que se dedican...

RB: grupos de mujeres poetas...

FG: Las poetas están presentes desde siempre, estuvieron muy mezcladas con el mundo de los hombres, con el cual pelean por la importancia de sus temas, pero no son una cosa nueva, en México hay poetas desde hace 450 años y las mujeres han escrito desde siempre y el feminismo mexicano en el siglo XIX nace de fundadoras y de redactoras de revistas.

RB: recuerdo este libro de ensayos de Julia Tuñón donde presenta una serie de ensayos de mujeres que se publicaron en el porfiriato.

FG: Sí, sí, *La Siempreviva*, primera revista mexicana surge a mediados del siglo XIX, yo creo que desde antes del primer periodo porfirista, La cuestión es que sí hay otras expresiones que se consideraban masculinas, porque daban mucho poder. Por ejemplo, presentamos el libro sobre las mujeres en el Salón de la Plástica Mexicana que son un tercio de las pintoras, grabadoras, escultoras, fotógrafas y performanceras de México, algunas de ellas han sido importantísimas, la primera exposición de escultura que se piensa que siempre es masculina, en el Salón de la Plástica fue de una mujer en 1953, Geles Cabrera, la importancia de Lola Álvarez Bravo hoy en día junto con... no estoy negando la importancia de algunos fotógrafos geniales, qué sé yo, Carlos Jurado, maestros mundiales como Carlos Jurado... pero también maestras geniales como Lola Álvarez Bravo. Hace tiempo y hoy en día Graciela Iturbide. Por qué no ver que son puntas de un iceberg, a partir del cual viene una gran cantidad de creadoras que necesitan constantemente ser recuperadas, porque a pesar de que hacen escuela, que innovan, yo digo... el pasaje entre lo figurativo y lo abstracto en México lo hizo Cordelia Urueta, y sin Cordelia Urueta no existiría la Generación de la Ruptura.

RB: Esta historia dominada por el hombre tiende a sepultar la presencia femenina en todos los ámbitos.

FG: ¡Por supuesto, pero quedan también atrapados en ese juego! Los hombres también hoy, debido a las formas de trabajo contemporáneo están expuestos a una feminización de sus formas de trabajo, la jornada de trabajo dura veinticuatro horas, no tiene una posibilidad de interrumpir, se llevan el trabajo a casa y cuando están

en casa son supervisados sin son buenos papás o no, entonces los hombres también están siendo terriblemente feminizados y creo sinceramente que en esta feminización está también la desaparición del hombre, entonces es hora de que nos reconozcamos como seres humanos, que rompamos con la ubicación de las mujeres y

los hombres en ámbitos muy fijos y que nos demos cuenta que una verdadera sociedad libre implica también una libertad de los roles de género.

RB: Pues sí, el hombre también se ve estigmatizado en este juego de roles injusto que es la competencia de los géneros.  

LA ACERA DE ENFRENTÉ

Sobre la mujer en los muros latinoamericanos

Francesca Gargallo

En un muro de piedra en Cumaná, cerca del Cerro Turimiquire, una mujer de perfil con el pelo recogido y un arete lleva pintado en la cabellera «El agua vale más que el oro». La mirada de la mujer es directa, desafiante, representa a los pueblos contra la destrucción ecológica.

Las imágenes de los murales de las mujeres zapatistas en Chiapas, México, han dado la vuelta al mundo: son representaciones de mujeres que trabajan, desafían a los espectadores, marchan, construyen escuelas y muestran sus rostros cubiertos con pasamontañas o paliacates (pañuelos de colores) que simbolizan su pertenencia al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Por lo general han sido pintados en los Caracoles, esto es, los emplazamientos de las regiones organizativas de las comunidades autónomas zapatistas. Los Caracoles fueron creados en 2003 para reemplazar la anterior forma de organización, los Aguascalientes. Ahí se reúnen las Juntas de Buen Gobierno, estrictamente formadas por 50 por ciento de mujeres y 50 por ciento de hombres representantes de los Municipios Autónomos Zapatistas de las comunidades que forman parte de cada Caracol; sus miembros son rotativos y reemplazables en todo momento.⁴ En Oventik, es el rostro de una mujer con paliacate y trenzas, rodeada de las figuras míticas de Zapata y un comandante con pasamontañas, la que hace referencia a las mujeres en la lucha zapatista.

En Ecuador, además de muy variadas pinturas murales y tejidos y bordados referentes a las mujeres en su afirmación como dirigentes de sus pueblos, la artista suiza Mona Caron, en 2016-2017, representó a nueve mujeres de los pueblos amazónicos y andinos que, detrás de unas grandes hojas, se sostienen una junto a la otra, dos de ellasteniéndose por mano. *Las custodias de nuestro hábitat* ha sido ideado por Caron con el fin de hacer saber al mundo, a través de los asistentes al evento mundial Hábitat III, en 2017, que el entorno natural, la biodiversidad, los bosques y el derecho a la buena alimentación cuentan con que Zoila Castillo, presidenta de la Confederación Nacional Indígena del Ecuador; Gloria Ushiga, dirigente de las mujeres záparas; Cristina Gualinga, del pueblo Sarayacu; Rosa Gualinga, shiwiar; Alicia Cawiya, waorani; Blanca Chancoso; Josefina Lema y Carmen Lozano los defenderán en todos los escenarios, también los internacionales.

En 2015, en Salta, Argentina, Cielo Montiel, Belén Aguirre, Melina Castillo y Viviana Rivero realizaron un mural relativo a la lucha por los derechos de las mujeres en la pared del Club Gimnasia y Tiro. En Toribio, en el oriente del Cauca, en Colombia, una de las poblaciones más afectadas por la violencia en las décadas pasadas, muros que todavía llevan las marcas de las balas y los incendios han sido intervenidos por diversas y diversos muralistas, en muchas ocasiones acompañados por sus hijas e hijos. ¿Qué diferencia hay entre estos murales de mujeres (o de mujeres y hombres) en que las mujeres son protagonistas de la historia y no sólo símbolos de ideas masculinas, como la patria, la libertad, la justicia, etcétera? ¿Se trata de expresiones de una voluntad política del arte, de una necesidad de autorrepresentación, de un gesto de embellecimiento, de un grito de auxilio? El muralismo ha sido una constante en el arte público nuestroamericano después de la Revolución mexicana.

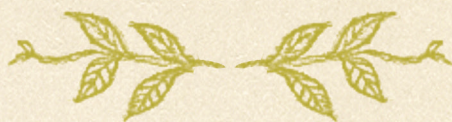
No obstante, es sabido que los grandes muralistas mexicanos hicieron todo lo posible para evitar que una mujer pintara los muros de un edificio público. Más adelante me detendré en el caso vergonzoso protagonizado por David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera contra María Izquierdo. Por otro lado, los muralistas mexicanos eran pintores de Estado, mientras el muralismo contemporáneo es básicamente una expresión popular.

En *Discurso visual*. Revista de Artes Visuales. Julio-diciembre, México, 2018.





Los amigos de la coyota risueña y loca



Tu'kue bene nha ba
y/x nna bekw'ya nhólh xh/ll'lhall

Francesca Gargallo Celentani

Traducción al zapoteco: Mario Molina

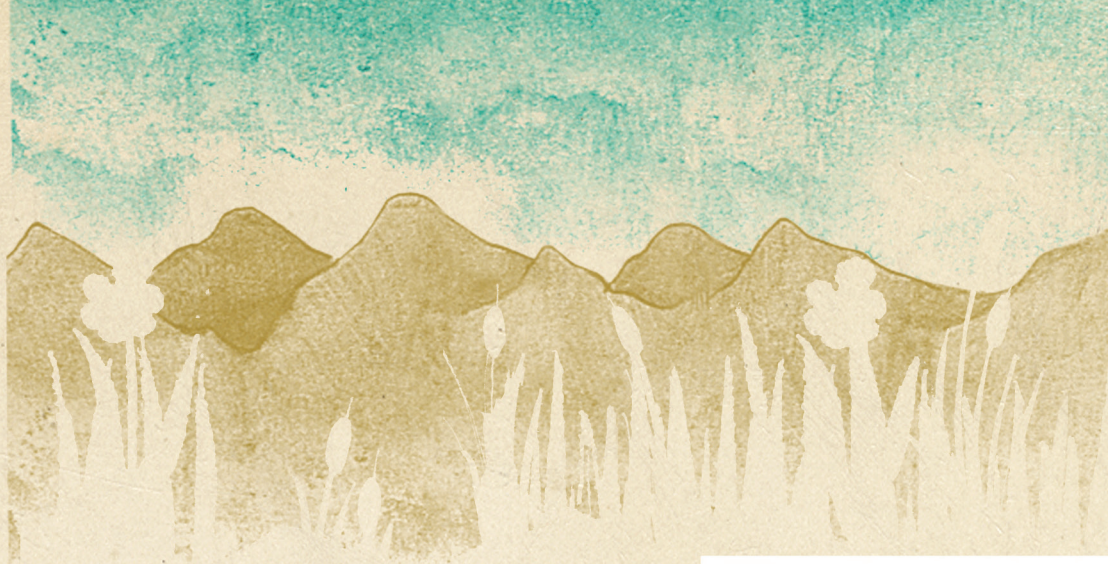
Ilustraciones de Guillermo Scully





Érase una vez una coyota risueña y
loca, un lobo enamorado, una serpiente
sabia y una iguana floja. Se encontraron
en una huerta afuera de un poblado.
El sol estaba en lo alto, pero el lobo
parecía triste y desolado.

Chnhia tu bekw>ya nhólh ba xhill>lhall,
lhente tu bekw>yiun yo>lhall ba>nhólh,
lhén>akba tu bele sín, nha ya tu iwan
xhawedgúl. Dápte bayix>ki ballay>akba
tu lo> yay xhíx da dé chhoa yell. Le>
zitelhé Ilanna willen, Ihauze Ilakyachze
bekw>yiun.



—Nadie me quiere, los niños me tienen miedo —lloriqueaba el enamorado.

—Te lo tienes merecido —se carcajeó la coyota—. ¿Por qué te metes de hambriento en todos los cuentos?

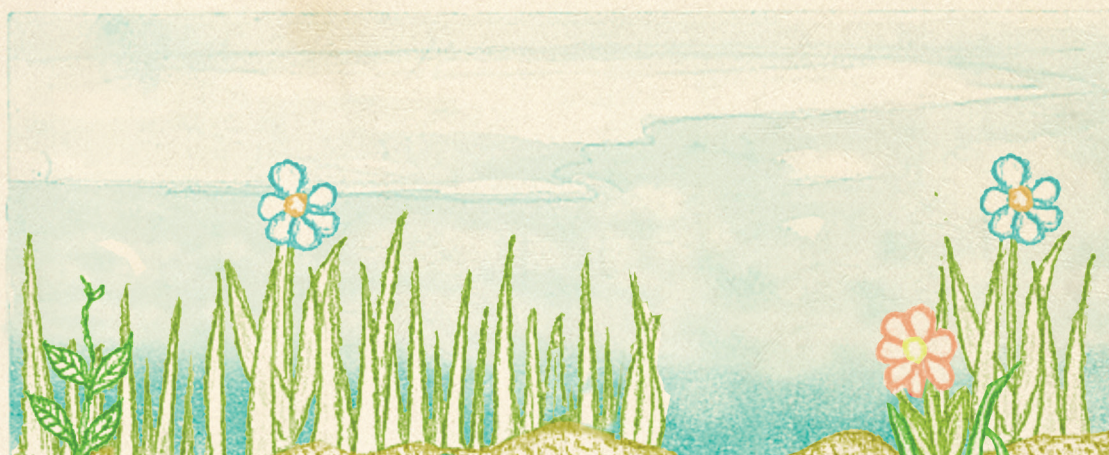
—Esa es una historia vieja —dijo la serpiente—, de cuando, en invierno, los hombres subían al monte para matar liebres y venados...

—Nhutnhú nle>lhe nhada, yoyte bidao>ka tu lle>aksbe nhada, —nhe bekw>yiun nha llakwelltebá.

—Lekzen, —nhe bekw>ya nhólhen, nháll bxhill>lhebá—. Cheokzé shllojo le> yoyte yichka nhako tu bekw>lhia zebas dúnn.

—Dillgúlh dann>zé, —nhe bel>gúlhen.

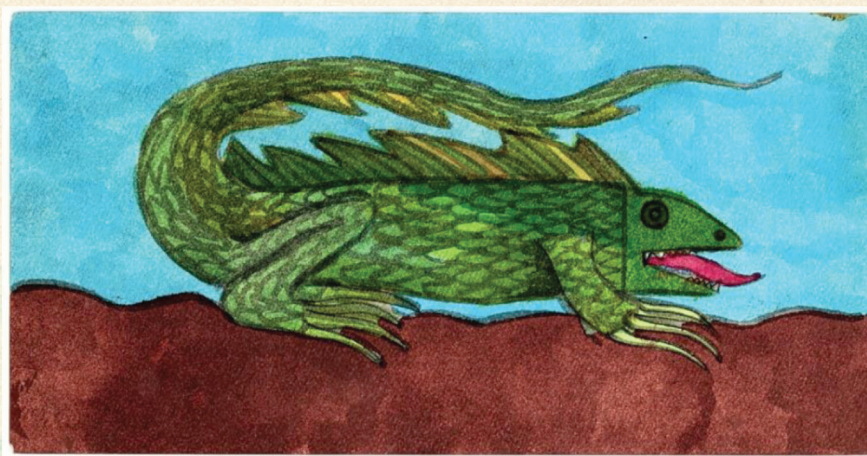
— Batnha, ka llalhaa lhao>záy, dhe>ake nallej bene>zán gudaa bichja, nha gudaa bllinyixé...

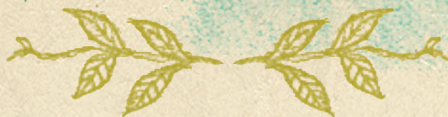




Soplaba el viento, caía la nieve, y no había suficiente alimento. El lobo empezó a bajar a los corrales y a los pueblos, y atacó a las ovejas, y comió su carne, que se parecía a la de los ciervos. Y nosotras las coyotas —dijo sin sonreír la loca—, atacamos a los pollos y a las ocas. A la iguana la recorrió un escalofrío, qué horrible invierno le describían sus amigos, a ella que solo conocía la selva, el desierto y el mar de su trópico cálido. Luego, bostezó y estiró una por una sus cuatro patas al sol.

Nhe>ake Ihao be>záv, kán byinnj beiv, kan dhe>ake bayiate yel>wao. Kanha dé dill betj bekw>yiun I>yiéll, nha jachuba lo> Ihej, betbá xhilhdao, bdaoba le>akba, dhe>ake dao xhpelhban ka <ke bxis>ka. — Nha ke> nheto bekw>yaka —nhe bekW>ya nhólhen, —nhe>ake basot>to béllj nha lagaska bdaoto blluz>yeo. Ka> benhe iwan>nha ki, tu byepbá ka> xhop>lhé, le> zbán gukebá ka> dillen chhue bekw>ka, le> banhi zel-haoze nhumbiabá yixtao, nha les nhumbiabá yu>bill, da nhák du> yuxh>zé, nha les nhumbiabá nhistao, gá llajse be> lá. Nha bxa>chhoaba, nháll tuej tuej dápte nhiaba>ka blibá lhao will.





—Lobo amigo —dijo entonces—, la coyota y la serpiente contaron solo parte de la verdad. A los cuatro nos tienen miedo por culpa de unos cuentos mentirosos: quien no nos conoce dice que la coyota se roba a los niños de las cunas, que tú te los comes, que yo soy un dragón que echa fuego por la boca, y que la serpiente engaña y envenena a los caminantes.

—¡Oh no! —exclamaron los animales indignados—. Vamos a decirles lo importantes y necesarios que somos.

—Bekwyiu>ey —nhe iwan>nha — bekw>ya nhól-nen lhen belen bibnhe>akbá duxhén da>lí. Dáptello> lleb>ake xtol> kuent wxiye>ka: bene bi nhumbia lliw wyejle>e kát ne>ake bekw>yan lIban>bá bdao chhen>ne, nha lhué chhao>akobé; dhe>ake nhaka tu lúll>xhén shlnúb>yi; nha belen dhe>ake nhakba tu ba wxhiyee nha ba wenxhíaa.

—iBitklho! —nhe bayix>ka.— Laa>chokelho shjell>chhó bene yell kátk yalljchhó, nha bigun>ake lliw ka>ze.



Se pusieron en camino. No habían dado cinco pasos cuando la voz de la iguana los retuvo.

—¿Quién me va a cargar? — chilló la verde perezosa.

El lobo, siempre dispuesto a hacer favores, le contestó:

—De prisa, vieja floja, súbete a mi cola y alcancemos a la serpiente y a la coyota loca.

Nha blno>akba nhez. Bilhé nangun>akbá gaye guka>nhia ka> besyia iwan>nha.

—Nhuxhá waa nhada —nhe fúll xha gaa xhawedgútnen. Nha ba>bi bekw>yiun nháll gullba le>ba:

—Sete nhólh xhawedgúln, byiep le> xhbanha>nhi, nha choke>lno llajxhenchhó belen, nha bekw>yan chhun ka> balhe>lné.



Detrás de una loma, cerca de un riachuelo, debajo de un árbol, divisaron a un pintor embelesado con el paisaje. Suspiraba y suspiraba:

—¿Qué puedo hacer para defender a la naturaleza? ¿Qué puedo hacer?

Los animales se le pararon en frente. El hombre, al verlos, abrió la boca, movió los brazos, intentó escapar, y cayó al río.

Bixhá l-bixlhé, tu chhoa yeu, nha tu xhan xhulh ke vay, nha blhe>akebá ze tu bene shllen ya>yeu. Nha bene>nhi gán ze>nha lellinzé chhabanlhé.

—Ka> bixhá guntua wénll gaklhenha ya>yeuki chha>. —Nhe tuglaze.

Ka> bllinkzé bayix>ka gán ze>nha. Nha bene>nhi badete bblebe, tuchii bxa>chhuee guklhallé bi>nee, nháll blis take>ka, ka> guklhallé wxhon-njé, nha wixe jallote lo> wewon.





La coyota le lanzó su risa loca:

—No te asustes, tú que puedes retratarnos. No le hacemos daño a nadie. Yo limpio los altiplanos, el lobo el bosque, la iguana se come los mosquitos, y la serpiente cuida la tierra.

Cuando pudo dejar de temblar, el pintor sintió la lengua tibia de la coyota en la mano con la que se aferraba a una raíz; el lobo le prestó su cola para que se agarrara de ella y saliera del agua, y la serpiente se le enrolló en el brazo para darle fuerza.

—Amigos míos, iré con ustedes. Juntos podremos convencer a mis hermanas y hermanos de que los cuentos que nos contaron no eran verdad. El lobo con la iguana en el lomo, el pintor con la serpiente enrollada y la coyota a su lado, llegaron a las puertas de un convento.

Ka> blhee bekw>ya nhólhen ki nha bxbhill>lhebá:

—Billebo —nhe bekw>ya nhólhen —Ihué wak kuejo Iwa>a keto. Kelhé bill>lhe dazbán llunton. Nhada chhapa nha chhluua ya <xhén, leska llun bekw>yiun lo> vixtao, nha iwan>nhi chhaoba bia>a, nha vatu bel>gúlhen llápba yu>nhi.

Ka> bayull bxbhiztit benen shllen>nha, ka> bayak lhallé; nha guklhén bayix>ka le> wénll ballojé lo> nhisen, tu bekw>ya nhólhen baxhub>ba take, nha bekw>yiun bze xhbambá bayoxé, nha belen baxhub>ba xhichjé.

—Wzaltenja lhe> bícha, —nhe benen— . Dé neze yoyte biehe Iwilljaka kelhé da>linn nhe le> yiehka gann nhun>ake bayix>ka ba>zbangúlh. Nháll blho>ake nhez, tu bekw>yiun nuabá iwan>nha, nha belen nchhelbá yen benen shllen>nha, nha bekw>ya nhólhen zejba Iwit>ake, kat bllin>ake gann zu> lhelje yoo ga> chha nhólh chhul nelhén xuzda>olló.



Allí había una monja que recogía hierbas y cantaba:

—Hermano sol, hermana luna, hermana agua, hermano viento ...

—¡Hola, monja contenta! — aulló la coyota, que creía tener mejor voz que ella.

El canasto con las hierbas cayó de las manos de la monja. Pero el pintor le dijo:

—No te asustes, mujer que sabes curar. Ayúdanos a remediar una injusticia: dicen que estos animales son muy malos, pero a mí solo me han dado afecto y calor.

Ga>na chhi tu nhólh chhulé ki chak Ilazié yix>kuan:

—Will zanha, be>o bilha, nhiz bilha, be>zanha...

—¡Palliuxh nhólh, nbalhas chhulo! —nhe bek>ya nhólhén, Iakebá cha> chhúnl chiiban ka> ke nhólh>nhi.

Ka> blhe nhólhén bayix>ki tu bsanzé Iumen nhoxé. Nháll gull benen shllen>nha le> ki:

—Billebo nhólh, Ihué Iak chhunho rmell, gukl-hén nheto guayak tu da nhúlha bxinnje, dhe>ake ba>zbangúlh bayix>ki, Ihauze binhaken ka>.





Entonces, el lobo, la iguana, la monja, el pintor, la coyota y la serpiente entraron juntos por las puertas del pueblo más cercano.

—¡Madre mía! —gritó un borrachito—. Juro que no vuelvo a beber.

Nha guk nhólhén le>akbá txén, ka> Haken blo <ake nhez bio>akté l>yéll.

—¡Na>wédao kiá! —besyia tu bene wezu>gúlh,— silenáll bíll goyunkza chlhas.



—Esta es nuestra primera buena acción
—se rio la coyota.

—Náll benchhó tu da cha>o chét bíll súlle bi>gúlhen —bnhe bekw>ya nhólhén.



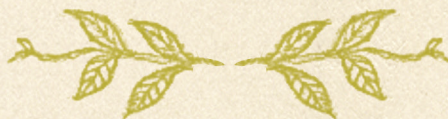
Un niño vestido de blanco y azul, que corría hacia el monte a matar lagartijas, con un fusil colgándole del hombro, se topó con ellos. Estaba huyendo de su madre, que le pedía que la ayudara a limpiar la casa en donde vivían. Los animales, la monja y el pintor venían entrando a la plaza principal.

—Qué ridícula es usted —le dijo a la monja—. Y este hombre es un infantil —agregó mirando al pintor—. En cuanto a los animales ... Cogió su fusil.

Kuitze gan llak>ki, tu bidao lhia bxhonnje xnhabé, bichhenhebé wxhi wluabé lhillbe, nha bzabe wet lúll lyíx, nkatebé tu yiaa, nha chhoa yia>nha balfayebé bayix>ki lhén nhóllhen nelhén xuzdao>lló, lhente benen shllen>nha.

—Kerhe, biksé nxiá da chhunho — gullbe>nhóllhen—. Nha yato bene>nhi chunze ka>bidao>lhé, —nhebe ke benen shllen>nha—, nha kanhak lhee, —nhebe gullbe bayix>ka...—, nhidé da gaulhe —nhebe bzebé yiaa lhao>akbá.





Hasta la iguana floja corrió con todas sus fuerzas. El niño los perseguía calle arriba y calle abajo, disparando su fusil. Finalmente, la coyota gritó:

—Por aquí — todos se escondieron en un callejón. Detrás de la casa que los protegió del pequeño cazador, la sabia serpiente protectora de la tierra suspiró:

—No va a ser fácil nuestra labor. Sus cinco amigos la consolaron y acariciaron: —Apenas estamos empezando, no te preocupes.

Nha bzulhaobé yichjbe ke>akbá, ga>lha bakalhé yel>xawed ke iwan Ihiagúlhen, nha bxxhonnjbá. Nhilé nhale> blhaybé bayix>ka yichjtézbé ke>akbá.

—Nhilé gunllo gan —nhe bekw>ya nhólhen. Nha jakuach>akbá tu Ihádj>Ichí. Kúll yoon nkuach>akbanha, nha balhán ke belen nheba: —Bije> gakse dan chhenhellon —nháll babanhebá bayull bnheba>ki.

Nháll bayixka yalá be>akbá I>tip Ihallbá:

—Billebo>lho, nha bi> gaklho, chinze bzulhaollun.



Una niña los vio desde su ventana. Lanzó una cuerda a lo largo de la pared de piedra y, agarrándose de ella, se deslizó hasta el suelo.

—¿Qué hacen ahí tan tristes?

—Nadie nos quiere —contestó el lobo enamorado.

—¿Cómo puede ser? Tu pelo es tan oscuro y caliente.

—Nos tienen miedo —dijo la iguana.

—Pero si tú eres tan verde y pacífica.

—A los artistas nadie nos cree —agregó el pintor.

—Son tus cuadros los que me enseñaron a mirar la belleza.

—Ya no sirvo para nada —suspiró la monja.

—Tus hierbas me curaron las alergias.

—De mí dicen que soy una embustera peligrosa.

—Lloriqueó la serpiente.

Bixhá blhekze tu bidao nhólh xhua chhoa yiehl
menchen le>akbá, nha bzebé duu le> zee yíej
ke yoo>keben, nháll betjdobé, bllintebé gann
nkuach>akban.

—Bixchen nhít yachlhe —gull bidao nhólh
le>akbá.

—Nhutnhú chhenle nheto —ballí bekw>yun
len.

—Bin>nhezo, bixchén zebas nla>o, nha bixchén
gasjgúlh nhák xha>won, —bnabe>bé bekw>yun.

—Zebas lleb>ake nheto —nhe iwan>nha.

—Nhuxhán lleb tu lull xha>gaa kanxhié —nhe
bidaon.

—Nhullnhú llejle> keto, —nhe benen
shllen>nha.

—Xchinho>ka gan nllenho da nbalhas, daxhén
ba>bxán lhawa — ballí bidaon ken.

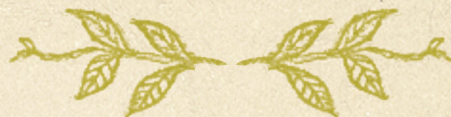
—Si>lee nhada bitbíkze zaka, —nhe nholhen
chhul> nelhén xuzda>olló.

—Bineo>ka yixkuan ko>ka babayunhen nhada
dazán lhas —nhe bidaon.

—Porque hablas despacito, y les da miedo tu sabiduría.
 —Y de mí —dijo entre risa y llanto la coyota—, dicen
 que estoy completamente loca.
 —Por eso te quiero tanto.



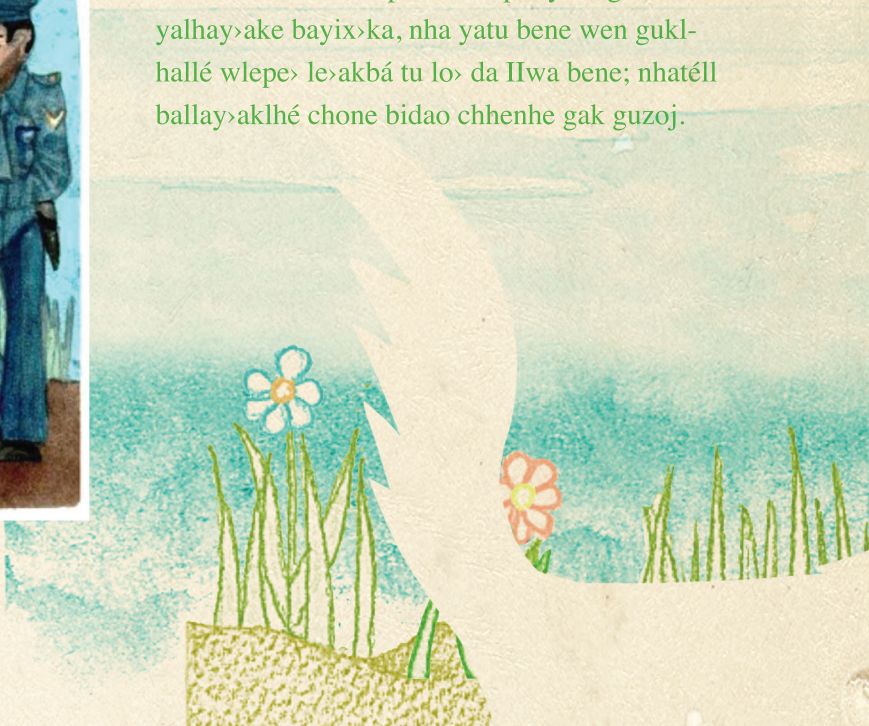
—Nha nhada nhe>ake lha>zelhawe nhaka ba>zbán —
 nhe belen bchix kebá.
 —Lleb>ake yel>sinnko nha yel>ne cheolhall>kon, —
 gull bidaon le>ba.
 Bixhá nhada —nhe bekw>ya nhólhen, —Nhe>ake
 dan binnzaa xhbab kian nháll chhunha ka> ba>lhee.
 —Kelen>nha zebas nlle>lha Ihué — nagúllte bidaon
 le>ba.

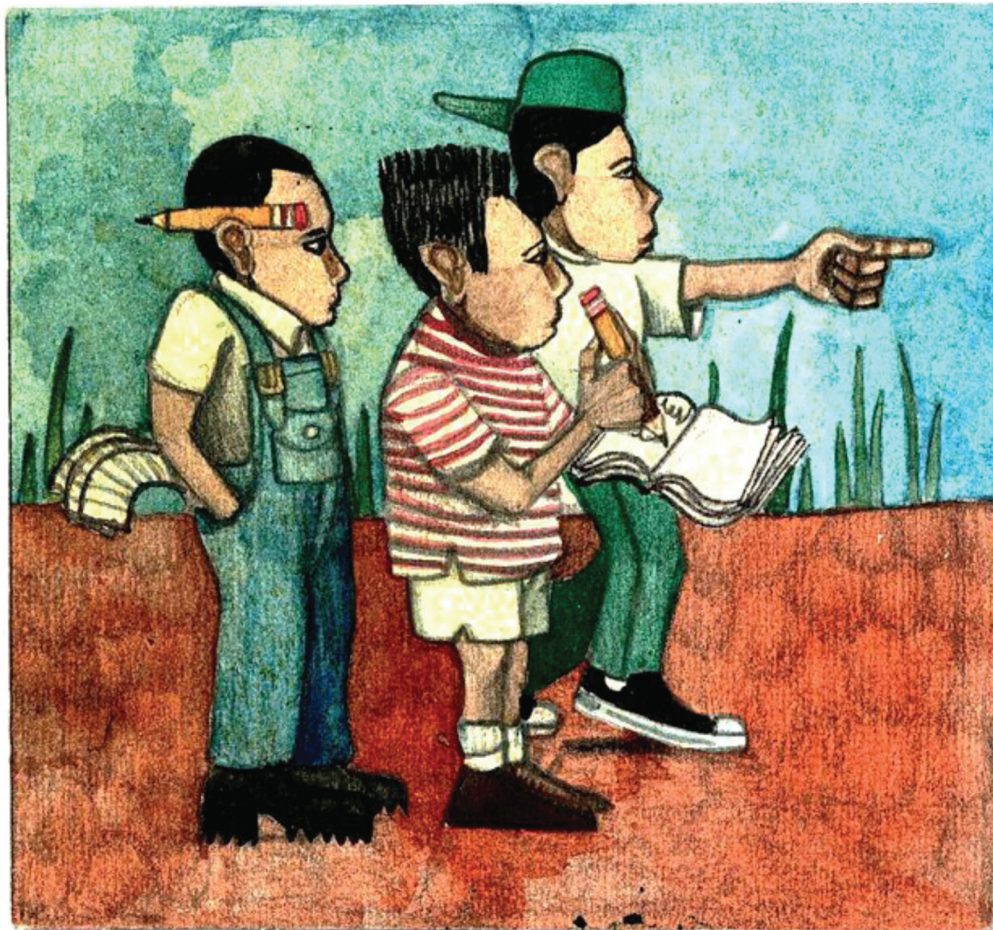


La niña, la monja, la serpiente, la coyota, la iguana,
 el lobo y el pintor salieron del pueblo rumbo a la
 gran ciudad.

En el camino se encontraron con una pastora que
 escondió sus ovejas, seis policías que intentaron
 cortarles el paso, un hombre que quiso subirlos a
 un coche que expulsaba mucho humo, y tres niños
 que querían ser escritores.

Nháll blho>ake nhez, tukuen bene nha yatukuen
 bayix, nháll zej>ake zit ga> Chhi tu yelllhach>xhén.
 Ka> yo>akba nhez Iyíx, le> gup nha bkuach>ake
 xhilhdao ke>ake, xop bene llápe Iyiéll guklhall>ake
 yalhay>ake bayix>ka, nha yatu bene wen gukl-
 hallé wlepe> le>akbá tu lo> da IIwa bene; nhatéll
 ballay>aklhé chone bidao chhenhe gak guzój.





Al principio, se escondieron al ver a los siete amigos; pero la niña los persiguió para jugar con ellos y, uno por uno, los animales se les acercaron. Se dejaron acariciar, se revolcaron en el pasto con ellos, rugieron, rieron y silbaron.

El pintor los dibujó en el suelo con una rama. La monja les curó los raspones de sus rodillas y les contó que, siglos atrás, un santo cuidó de un lobo, hablaba con los pajaritos, y escribió unos poemas hermosísimos al agua, al sol, a la luna, a la vida y a la muerte.

—Ustedes pueden revertir los cuentos que afirman que la coyota, la iguana, la serpiente y el lobo son malos. Por favor, es indispensable que aprendamos a vivir en paz —les dijo al fin la niña.

Ka>blhee bidao <ki tu kuen bene nha bayix>ake, nha bkuach>akbé, Ihauze bidao nhólhen nche ba>ki, bzulhaobé yitjembe bidao>ka, nháll jabiy tu>tu bayix>ka kuit>akbé. Nháll bzulhao llak witj, bditjén bidao>ka bayix>ka, nháll wix wdul>lhén bidao>ka bayix>ka lhao yix, gukze bnna bidao>ka bayix>ka.

Nha benen shllen>nha, kon tu xhoz yay nhoxé, babejé lhao yu> ka> lhué Izak>akbé. Nha nhólhen chhuelhao xuzda>o, benhé rmell xhib>akbé ga> gúk we>, nháll gulle le>akbé ka> ben tu bene batnha, tu bene guk ka> bxus, nha belhawé tu bekw>yiun, belhénhe dill byinedao>ake, nháll bzojé aklhé nhak ke yel>nbán nha ke yel>gut.

—Le> bidao>ey dé yechalhe dan nhun ba>zbán bekw>yan, feska iwan>nha, Ihénte belen nha bekw>yiun. Dé yayaklló tuze, nha bíll welhe fwilljchhó. —Nhe bidao nholhen gullbe bidaoka chhawe gak guzój.



Sonrió tan bonito, la coyota se carcajeó tan despacito, el pintor dibujó en el aire un cuento tan esperanzado, que los tres niños empezaron a caminar con ellos.

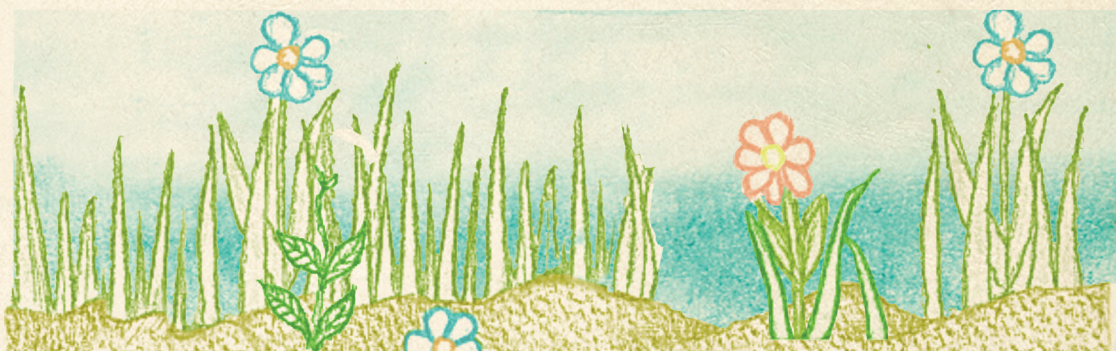
—Yo voy a escribir que érase una vez ... —dijo el primero.

—Que un lobo enamorado, una serpiente sabia, una coyota risueña y loca ... —dijo el segundo.

Bidao nholh>nhi zu cha>o yichj lhaxhdaobé, nha nhakbe gullujchhu, les bekw>ya nhólhen, bayoo yichj lhaxhdaobá kuzlho, nha benen shllen>nha, bllenhé lhao lla> tu da nhak xhenlhas, da bku>yefe bidao>ka bayejnhie>akebé ka wen nhaken, nháll guk>akbé txhén bayixka.

—Nhada gwzoja —nhe bidao nhellen.— Ki gúk chnhia...

—Tu bekw>yiyo yo>llhall ba>nhólh, nha yatu bel sín, lhente yatu bekw>ya nhólh xhill>llhall ... —nabnhete bidao gwchhope>nha.





—Y una iguana floja —agregó el tercero.
—Se encontraron con una monja —dijo la monja.
—Y con un pintor —dijo el pintor.
—Y con una niña —agregó la niña.
—Que creyeron en ellos — volvió a decir el primero de los niños escritores.
—Y con ellos caminaron — apuntó el segundo—; para convencernos a escribir juntos este cuento —terminó el tercero de los niños escritores.

—Nha Ihén>akbá tu iwan Ihiagúlh. —Nhe bene>dao wyone>nha.
—Badil>akebá tu nhólh chhul nelhén xuzda>o.
— Bnhe kuin nhólh>nhi.
—Nha Ihén yatu bene shllen — nabnhete bene nhikzé.
—Lente yatu bidao nhólh —bnhe bidao nhólh-en.
—Nha bene>ki bzenhay>ake ke bayix>ki —ba-zulhao bidao>ka chhe>nhe gak guzoje dayul>lhe.
—Nha bayakto txhén, nháll túz bayak xnhezto —bnhe bidao wchhope>nha.
—Ka> guken byoj yich>nhi —bnhe bene>dao wyonen, nha ki bayullen.

Y así Francesca en español, Mario en zapoteco y
Guillermo con sus dibujos nos contaron esta historia. 📺





Nina
Mariana Borrego

Una amazona de verdad

Eve Gil

Francesca tenía una sensibilidad muy aguda para circunstancias de alarma, producto de haber lidiado con infinidad de mujeres fugitivas del abuso, la violencia, situaciones extremas. Nunca imaginé que una autora a la que por la excelencia de su trabajo veía como alguien demasiado lejano a mi cotidianidad terminaría siendo mi amiga

Gracias a Francesca Gargallo me atreví a reconocirme como feminista. Lo era, sin saberlo, desde la universidad, a principios de la década de los noventa, cuando me propuse compensar la total ausencia de autoras en el programa de estudios de la escuela de letras de la universidad donde estudié en Sonora, privilegiando la literatura escrita por mujeres para mis investigaciones académicas, y más tarde, al sumarme a la magra plantilla de trabajadoras de la Casa de la Mujer, extensión de GIRE (Grupo de Información en Reproducción Elegida), bajo las órdenes de Susana Vidales, donde, entre otras cosas, orientábamos a las mujeres sobre sus derechos legales (casi nulos por entonces) y acompañábamos a víctimas de violencia intrafamiliar en su vía crucis por el Ministerio Público. Recuerdo vívidamente la impresión de toparme un día con que alguien

había vandalizado las paredes de la casa que albergaba nuestras modestas oficinas. La palabra ABORTERAS se alcanzaba a leer desde el otro lado de la calle. Pocos, muy pocos fueron los logros que se obtuvieron mientras permanecí allí y no por falta de ganas. Pero fue en la biblioteca de esa asociación donde encontré refugio y descubrí, entre muchas otras cosas, tres de los libros de Francesca: *Calla mi amor que vivo*, *Estar en el mundo* y *La decisión del capitán*, publicados por editorial ERA. El segundo no me era ajeno: lo leí fotocopiado en un curso de literatura latinoamericana del siglo XXI impartido por un catedrático tijuaneño muy progresista y doctorado por La Sorbona de París, Rubén Sandoval, y me atrevo a afirmar que aquella lectura fue determinante para atreverme a publicar en el 2000 *Réquiem por una muñeca rota*, una historia de amorlésbi-

ca entre dos adolescentes suicidas. Ya sin conocerla, Francesca me azuzaba a no tener más miedo de expresarme, de crear personajes que alteraran el orden. *La decisión del capitán*, por su parte, me deslumbró por múltiples razones que he expuesto en foros diversos, una de ellas, descubrir que es posible, incluso legítimo, escribir una novela feminista con un protagonista varón, cosa que, advertiría algo más tarde, había logrado también Josefina Vicens a través de su José García, narrador de *El libro vacío* que reiteraba no tener nada que decir y termina criticando la sociedad paternalista y patriarcal (sin mencionar jamás tales términos) y la sumisión femenina, cosa que en cierta forma repite en *Los años falsos*. Cuando en el taller Diana Morán, habiendo ya conocido a Francesca, enarbolé mis justificantes para presentar *El libro vacío* como una novela feminista en el ensayo que escribía para el libro colectivo, *Un vacío siempre lleno* (2006), conseguí derribar uno a uno los argumentos en contra, gracias a mis prolongadas charlas al respecto con ella. Que Juan Villoro mencionara *La decisión del capitán* como una de las mejores novelas históricas mexicanas, me sorprendió no porque Francesca no fuera mexicana de origen (nació en Sicilia, Italia, en 1956), sino porque nunca tuvo la intención de ser una estrella y Villoro la colocaba junto a Fernando Del Paso, Enrique Serna y Rosa Beltrán. Otra lección que me dejó esta extraordinaria novela es que existen cientos de héroes ignorados por la historia oficial cuyas hazañas piden a gritos ser rescatados por la literatura. Imposible no sentir afinidad por dicho propósito ya que también escribí una novela sobre un héroe social que ni siquiera tiene, como Juan Caldera, el protagonista de Francesca, una calle en la extensa Sonora (*El suplicio de Adán*).

Al poco de abandonar la Casa de la Mujer, me exilié en la Ciudad de México. Uno de mis propósitos era conocer a quien se prefiguraba como mi sujeto de estudio, sin imaginar que llegaría a ser una amiga entrañable. La oportunidad se me presentó mucho más pronto de lo que imaginé, a mediados de 1999. Yo llevaba viviendo unos cuatro meses en la ciudad, sin residencia fija, pero había comenzado a colaborar para medios impresos y una entrañable página de internet, El Foco.com. Esto me facilitó entrar en contacto con varias editoriales, como autora —*Réquiem por una muñeca rota* se publicó cuando yo todavía estaba en situación de *homeless*— y como colaboradora de dichos medios. A través de Editorial Era, que ese

año publicó *Marcha seca*, novela breve pero estrujante como pocas, se me presentó la oportunidad de visitar a Francesca en su departamento de la Colonia Condesa, mismo que traspasaría años más tarde para instaurar el hogar colectivo para artistas independientes de Santa María la Rivera. Recuerdo que no fue posible encontrarnos en la fecha señalada porque mi hija mayor, entonces única, que me acompañaba en la aventura de buscarnos una nueva vida en el entonces D.F., se enfermó con calentura. La llamé, sin conocernos personalmente aún, para exponerle mi situación y reagendar, y su primera reacción fue de gran preocupación por la niña, «¿está bien? ¿Necesitas ayuda? Por favor, si necesitan algo no dudes en llamarme», como si nos conociéramos de toda la vida; como si de algún modo intuyera que mi situación era más angustiosa que simplemente lidiar con una gripe. Cuando finalmente nos encontramos para la entrevista, la cual no llevamos a cabo sino hasta después de que ella me hubo preguntado sobre el estado de mi hija y me instó a sincerarme sobre nuestra situación real (no tenía amigos, nadie con quien hablar), supe que de algún modo había sabido captar en mi tono de voz, pretendidamente neutral, que la estaba pasando muy mal. Francesca tenía una sensibilidad muy aguda para circunstancias de alarma, producto de haber lidiado con infinidad de mujeres fugitivas del abuso, la violencia, situaciones extremas. Nunca imaginé que una autora a la que por la excelencia de su trabajo veía como alguien demasiado lejano a mi cotidianidad terminaría siendo mi amiga, ni que su hermosa hija, Helena, que casualmente tiene la misma edad de Carolina, entablarían una amistad de juegos, dibujos, pijamadas y tina compartida. En gran medida, Francesca nos salvó la vida a mi hija y a mí. No entraré en detalles respecto a mi situación personal, pero, independientemente de la mutua simpatía y de que a Francesca le entusiasmó que yo deseara escribir sobre su vida y obra (su vida me resultó tan apasionante como sus novelas, en gran medida autobiográficas), ella estaba habituada a ayudar a mujeres como yo. No fui la primera ni la última porque más adelante la vi tenderle la mano a muchas más, defenderlas y protegerlas como si solita se bastara para ser una Casa de la Mujer. Digamos que mi historia tuvo final feliz, cosa que le debo también a ella y a un antiguo novio, hoy mi esposo, que vino desde Hermosillo a buscarme y se quedó conmigo y con mi hija a la que

adoptó casi de inmediato para protegerla de alguna posible represalia. Una vez asentada en mi vida personal, continúe frecuentando a Francesca a la que entrevisté en múltiples ocasiones, más que nada por el placer de su conversación y porque me proponía escribir una biografía literaria. A través de esa amistad fortalecí no solo mi militancia feminista, también mi necesidad de retribuir lo que ella había hecho por mí en otras mujeres. Aunque ya desde la universidad me había propuesto crear una especie de atlas femenino de la literatura universal, fue el entusiasmo de Francesca hacia mi ambicioso plan lo que me brindó seguridad y fortaleza para iniciar el proyecto conocido como La Trenza de Sor Juana, que empezó como columna periodística en el suplemento Arena de *Excélsior*, continuó como blog y terminó generando libros como *La nueva ciudad de las damas*, *Evaporadas* y varios más en proceso.

Cuando nació mi segunda hija, diagnosticada con autismo, mi vida social que giraba básicamente en torno a Francesca y otras amigas cuyas que terminaron siéndolo mías también, tuvo un freno significativo, aunque nunca dejamos de hablar ni de vernos eventualmente. Ella siempre estuvo para mí; estuvo para cualquiera que la necesitara, incluso mientras emprendía alguno de sus numerosos viajes. Por lo que a mí respecta, Francesca fue mi mejor amiga, mi confidente, mi maestra... no en un aula (cosa que me hubiera encantado), pero sí en la vida. Muchas mujeres replicarán lo dicho por mí. Francesca fue la mejor amiga de muchos, especialmente mujeres, y contrario a lo que se dice de las personas que tienen muchos amigos (que, en realidad, no son amigos de nadie), estoy convencida de que cada uno de nosotros ocupó un lugar honroso en su generoso corazón. Y si bien la vida me ha regalado amigos maravillosos, nunca he conocido a nadie con la capacidad de darse a los demás, sin desatender su propio bienestar y el de su hija, como fue el caso de Francesca Gargallo, lo más próximo que he conocido y sin exagerar, a una súper heroína. Era mucho más que una feminista: era profundamente humana y, por lo mismo, extraordinariamente buena. Nada la hacía más feliz que hacer felices a otros; rescatarlos, orientarlos, promoverlos, lo que fuera que necesitaran para estar bien. Era una viajera entusiasta y poseía un sentido de la aventura que alguien sin imaginación no asociaría con su titánica labor a favor de las mujeres en condición

de extrema pobreza o marginalidad. De uno de sus viajes por Florencia, en 2003, me trajo la libreta más hermosa del mundo que todavía conservo y, tras su inesperada muerte, ha pasado a convertirse en una amada reliquia, porque le quedan muy pocas hojas que me estoy reservando para anotar algo muy especial. Tratar de llenar un poco el vacío que experimento, yo como tantos más, desde que un cáncer súbito derribó a aquella bellísima amazona de tez saludablemente besada por el sol, que nunca conoció afeite, aquel infausto 3 de marzo en que el sol nos encandiló como si desafiara al frío y yo leía por primera vez a Marvel Moreno, inconseguible autora colombiana de la que Francesca nunca dejó de hablarme. ■■



Encuerada de morada
Mariana Borrego

Sueño

Rosina Conde

*Para Francesca Gargallo,
hermana de armas,
in memoriam*

Hoy soñé que te veía,
que tomábamos un café de molido italiano
a la sombra de un sicomoro mexicano,
mientras platicábamos sobre una universidad a la que iríamos
a compartir nuestras razones y teoremas.

Hoy soñé que me extendías la mano
para pasear por caminos cubiertos de palabras,
kilómetros de palabras,
cientos de miles de minutos de palabras,
voces de vida, amor,
de lucha y esperanza por un mundo ideal, perfecto, armónico.
Hoy soñé que viajábamos por Guatemala;
que volábamos sobre las guerras de Afganistán,
Yemen, Birmania, Siria, Irak, Nigeria, Sinaí y tantas otras;
pero para qué ir tan lejos, dijimos, si aquí mismo las tenemos;
si aquí mismo hemos dejado el corazón
en la lucha por la paz y la equidad de género;
si aquí mismo hemos quedado afónicas por gritar contra el feminicidio
y las atrocidades de la esclavitud sexual.

Hoy soñé que compartíamos un paisaje de truenos, tabachines y jacarandas,
mientras tomábamos un capuchino,
y me leías poemas sobre las calles citadinas,
sobre el peso de la respiración de las mujeres que áfonas lavan ropa ajena
en la casa del migrante,
de las expatriadas sin nombre,
de las mujeres que exhaustas cruzan la frontera sur en busca de una vida;
sobre tu nahual de simio de fuego,
sobre la niña que metamorfosea el poema
y la extrañeza de la luna...

Hoy soñé que estábamos en el año tres mil,
y te comentaba sobre la impronta que han dejado tus palabras
en tus amigas, alumnas y colegas;
vislumbrando desde una nube
una estela francescana que persiste y te honra.

Poemas

Guisela López

No es no

¿Cuánto?
¿hasta cuándo?
Siempre hay un borde
— así como cuando amamos
existe un límite del gozo —.
De la misma manera
que llega la noche,
que se disipan las sombras
mientras avanza la mañana,
de la misma manera
que abandonamos
el jardín de la niñez.
Existe un límite.

II

Cuando las mujeres
decimos no
queremos decir no,
a pesar de lo que dicen
las viejas películas mexicanas.

Renacimiento

Me erijo voz
desde el silencio.
Desde la soledad
me erijo viento.
Desnuda de tules y de rosas,
me sumerjo
en esta nueva mirada.
Soy
mujer
de nueva cuenta.

Ciudadanía

Ha sido un camino largo
desafiar las normas del sistema.
Primero fue
hacerme visible,
verme de cuerpo entero.
Luego como un murmullo
apareció mi voz,
— nadie lograba adivinar lo que decía —.
Poco a poco
se fue haciendo más inteligible
hasta que pude hablar públicamente.
Al inicio
me costó salir de casa
ir a la reunión, seguir la marcha,
pero después de un tiempo
atravesaba la ciudad,
luego el país
y un día de estos, el océano.
Ahora el reto
son las palabras.
Expresar lo que siento.
Nombrar lo que deseo.
Defender mis derechos.



Sleepy head
Mariana Borrego

Hay conversaciones que se deslizan por la memoria inmediata con cierto resplandor propio, quizás cuando nace de ellas un azar, un comentario, un hilo fino que se convierte en una trama o que se transforma de golpe en una historia... o en una sombra. De aquella conversación en Morelia surgió la imagen de un hombre altísimo y rubio que se paseaba por la casa de Francesca

I

Era muy temprano el jueves 3 de marzo cuando recibí la noticia de la muerte de Francesca. No sé si me dijeron «murió», «ya descansa», «ya no está entre nosotros», «trascendió». No lo recuerdo. Tampoco sé si quedé aturdido, herido, abrumado, huérfano de hermana poética y filosófica. No lo sé. Me dispuse a un día largo, increíblemente largo, que terminaría la madrugada siguiente, frente al cuerpo de Francesca... ante ese ataúd blanco de cierta belleza inmensamente triste.

Me preparé desde la mañana para el velorio. Aunque ahora que lo pienso esto suena absurdo. No hay manera de prepararse. Guardo

cierta admiración secreta por las personas que son capaces de llevar el dolor de las muertes ajenas con cierto estoicismo, con una serenidad que no pierde en sus gestos y actitud la magnitud de los hechos. También admiro, en menor medida, a quienes evaden el encuentro con lo fúnebre; a quienes evitan los velorios, los pésames, las esquelas, los abrazos. Yo no puedo comportarme de ninguna de las dos maneras; más bien, me dejo llevar por cierto sonambulismo muy parecido al que experimentaba cuando era niño y mi hermana mayor me despertaba en la puerta, yo sentía vergüenza y culpa de que mi comportamiento hubiera sido excesivo o, en su defecto, ofensivamente omiso.

De ese día de la muerte de Francesca me queda una sensación hipnótica de angustia, dolor y de vida reconcentrada, un oxímoron existencial, una articulación de límites que se erigen como estatuas en mis silencios. Todos los ángulos de la muerte de Francesca me llevan a su vida en imágenes, a su cabeza moviéndose afirmativamente en señal de estar de acuerdo con alguna idea, al estruendo bilingüe de sus palabras. Comienzo a pensar que todo fue destino en la vida de Francesca: estudiar filosofía, salir de Italia, escribir poesía en otra lengua, renunciar a la academia, viajar incansablemente en clave de lucha feminista; escuchar atentamente a los demás. Escuchar: qué verbo tan difícil de transformar en convicción y destino. La vida muchas veces nos impone hechos que arrastran nuestras convicciones; salir de eso es prácticamente imposible, quizás por eso admiramos a aquellas existencias cuya trama da la impresión de quebrar esa ley. Francesca, ahora más que nunca, parece que lo logró en una medida tan importante como precisa en sus diferentes luchas. Y tengo la seguridad de que estas conquistas fueron alcanzadas en complicidad con quienes la conocimos.

Desde el día de su muerte se refuerza en mí una poderosa idealización de Francesca. Su presencia es como una amplificación de risas, reflexiones, bromas, ironías y anécdotas. La veo sin verla. La recuerdo en una de las salas del Palacio de Bellas Artes en la presentación de una antología de cuentos que preparé hace ya muchos años; escuchándome cierta noche que fui a su casa —que ya era la casona de Santa María La Ribera en la que murió— y conteniendo mis temores y miedos con palabras tan sorprendentemente básicas como necesarias para ese momento, mientras me ofrecía otro vaso de vino; hablando en un seminario sobre pintura mexicana contemporánea o leyendo uno de sus poemas en un café o en alguna lectura colectiva en cierta plaza pública.

En algún momento de la tarde de ese largo y doloroso día releí una crónica de Francesca que abre otra antología que compilé hace ya también algunos años: «Hay una palabra en italiano sumamente liviana, que en mis oídos sigue sonando como un brinco, como una repentina mañana de sol en el mes de abril: *ragazza*, muchacha. Deriva del árabe *ragaz*, bailarín». Francesca

escribe en esa misma crónica que «con la edad, la conciencia de la muerte y la pérdida se vuelven una experiencia tangible». Y ahora pienso, en este vuelo idealista de mi memoria y de mis extraviadas añoranzas, que su partida es rotundamente tangible, radicalmente cierta, profundamente colectiva; es y no es. Francesca decía que no bailaba bien, pero que en sus años de formación política y feminista en Italia había sentido el vértigo de *ragazza*... como bailarina de la vida que es captada por la mirada en ese relámpago de vuelo en el aire, aunque después se caiga en el precipicio, en los horrores de nuestro tiempo de pandemia y de nuevas guerras, o como en aquella Italia de guerra fría a comienzos de los años setenta del siglo pasado. Recordé la ternura de José María Arguedas cuando narraba cómo se revolcaba con los perros en el polvo de los pueblos de los Andes; Francesca quería dormir con las gallinas, despertar con el sol y cacarear la triste vida. «La prisa occidental», decía Francesca, «la simbólica del reloj», «la compra de la diversión», nos excluye del tiempo de la duda, del acto de «probar», de equivocarnos, del mundo de los afectos y de la solidaridad como la primera revolución posible y desde el cual se preparan los saltos para la danza de la vida. Sigo creyendo que la muerte es absoluta, pero la danza de vida y de la poesía de Francesca no, son relativas a ella y a nuestro deseo de recuperación de lo vital, al salto de *ragazza*. Ahí, junto con Francesca, me digo, como una forma de consolación íntima pero vigorosa, seremos infinitos mientras dure, como diría Vinicius de Moraes: «Que yo pueda decirme del amor (que tuve): / que no sea inmortal, puesto que es llama, / pero que sea infinito mientras dure».

Todos sabíamos que la casa de Francesca era un lugar de refugio, en su sentido más amplio. Ahí recalaban familias exiliadas de las dictaduras en Argentina, Chile, Uruguay; hijas e hijos de perseguidos centroamericanos; *ragazzas* con infantes en los brazos; feministas y activistas en la defensa de la tierra y contra el extractivismo; enviados y forasteros que habían tenido un vínculo con alguien de la inmensa red política de Francesca; músicos, fotógrafas, editores y poetas que recorrían México. Es incalculable el posible recuento de este refugio, por no decir que de alguna manera todas y todos nos refugiamos en su casa.

Miro en perspectiva la vieja casona la noche de su velorio en ese ataúd blanco y no puedo más que conmoverme por la manera en que todas y todos los refugiados de Francesca conversan, se abrazan, lloran y sonríen. Me digo en secreto: estamos listos para comenzar el balance de lo que Francesca nos ha enseñado.

II

Conozco a Jorge Bustamante desde hace algún tiempo. Es un geólogo, traductor del ruso, escritor y conversador tan generoso como pertinaz. Y es colombiano. Vivió ocho años en Rusia y desde hace muchos años vive en Morelia. En su charla hay una extensa galería de escritoras y escritores rusos, poetas que padecieron una sociedad y un régimen que las asfixiaba, hijos encarcelados, amantes imposibles, como Anna Ajmátova: simbolismo y futurismo. Jorge me hace recordar otras evocaciones que he escuchado de lo que fue la Unión Soviética. Por ejemplo, la de Olga Gómez, una chilena que muy joven fue a parar a Moscú para estudiar agronomía en la Universidad Patrice Lumumba, después del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 en Chile. Viene a mi mente un primer invierno relatado, tan frío como cruel, siluetas anegadas en la nieve, balbuceos de una lengua que pasa de la aridez a la sobrevivencia, discretas reuniones en las que se comentan en voz muy baja las primeras adversidades de aquella vida lejana y las corrupciones del «socialismo real», suicidios nada ejemplares, depresión... voces dispersas de refugiados latinoamericanos y comunistas en la Lumumba, asombrados porque las mujeres rusas paseaban en carriolas a sus hijos sin calcetines y con los piecitos robustos al aire, los dejaban así afuera del lugar donde compraban el pan o algo de beber y regresaban alegres por los infantes de extremidades heladas y labios violetas. Olga también me contó algo de su único viaje a Moscú después de haberlo dejado hace más de tres décadas. Fue en 2017 y dice que una de las huellas del Moscú ya borrado por la *perestroika*, por la locura alcohólica de Boris Yeltsin, por ese entusiasta, corrupto e implacable capitalismo ruso, por el despliegue y contracción de una época sostenida bajo el nombre de Vladimir Putin, fue una conversación nocturna con un tipo que estaba medio borracho y que hablaba con un acento rugoso que le hizo evocar el mercado negro soviético de mercancías, vodka,

dólares y abrigos; lo que más le impactó fue cierto candor en las preguntas y su interés genuino por las experiencias de una chilena que habitó en unos viejos apartamentos que ahora eran un renovado hotel que jugaba con la idea atmosférica de estar en un lugar del pasado soviético, que hablaba un ruso hasta cierto punto anacrónico y que había vuelto a Moscú solamente para que su madre conociera el lugar donde había vivido treinta años antes, como una escapatoria que se había congelado en el tiempo y cuyos detalles brutales a veces se difuminaban.

Jorge tradujo *Estrella roja*, una novela de ciencia ficción de Alexandr Bogdanóv, de 1908. Un narrador que anuncia alegóricamente el colapso del zarismo y que describe una sociedad socialista de marcianos. Profética y utópica, la novela de Bogdanóv ha sido motivo de largas charlas con Jorge en las cuales se mezclan sus anécdotas y comentarios sobre otros escritores colombianos con los que Jorge también ha charlado: Álvaro Mutis, Fernando Vallejo, William Ospina. Alguna vez hablamos del final del relato *La muerte del estratega*, de Mutis. Siempre que puedo leo este relato en cursos y talleres, es de una belleza trágica que me hace recordar precisamente esa orfandad de tragedia que todos padecemos; esa búsqueda de cierta dignidad para morir. Alar *el lirio*, de «ojos hundidos y rasgados», entra en la muerte buscando «una razón para haber vivido, algo que le hiciera valedera la serena aceptación de su nada»; una segunda lanza le atraviesa la garganta, lo arrullan trágicamente los cantos de himnos religiosos y salmos en medio de la batalla, la revelación de que la figura y el amor de Ana la Cretense lo unen en el instante infinito de la muerte «con el misterio de los otros seres». No es una historia de amor en el sentido romántico, esto es imposible; más bien, es la historia de un desplazamiento centrado en Alar y que va de la redención mística al reconocimiento de la muerte absoluta. Alar no muere bajo un sentido religioso que pelea hasta el final en contra de los invasores musulmanes y de la caída de Bizancio, en su «desordenada alegría» agónica se sabe «dueño del ilusorio vacío de la muerte», de una dignidad trágica relatada por Mutis en nuestro tiempo de no tragedia. No sé si las conversaciones con Jorge sobre Mutis llegaron enfáticamente hasta este punto. Lo que sí sé es que ahora este relato se me presenta como una razón más, guardada en cierto archivo de mi conciencia y de mi sonam-

bulismo ante las muertes ajenas, para sostener que la muerte es absoluta y que su flecha en nuestra garganta quizás nos concederá ese segundo infinito en el que conquistaremos su vacío ilusorio.

III

A Jorge y a mí también nos une la figura de Francesca Gargallo. El día del velorio, Jorge me encargó que le llevara flores. Así lo hice. No tengo los pormenores de cómo se conocieron, pero advierto que fue antes de la época en que Jorge colaboraba en una revista en Morelia que se llamaba *Babel*. Francesca también colaboró en esa revista y tuvo una intensa relación con Michoacán, con Morelia y con Cherán. Unos días después del velorio de Francesca fui a Morelia y me quedé de ver con Jorge y con Raúl Mejía, con el que también me une una conversación de al menos dos décadas. Raúl era parte del consejo editorial de *Babel* y fue amigo de Francesca.

Conversar también es una manera de narrar los pensamientos y de reflexionar sobre el significado de los relatos. Si hay algo que aprendimos de Francesca es que todas y todos somos narradores y que en no pocas ocasiones los conceptos y los métodos para captar el eterno movimiento de la realidad provienen de alguna experiencia narrativa. Filosofía y narración están atados en su vida y en sus escritos. Quizás por eso, para asimilar el desgarró de su ausencia, comenzamos, de manera instintiva, por conversarla. No sé cuál fue el pasadizo hablado que nos llevó de las flores al pie del ataúd blanco a un nombre: Anatoly. «¿Te acuerdas de Anatoly?», no sé si esto se lo dijo Jorge a Raúl o si fue al revés. No importa, ese nombre partió en dos la conversación y se transformó en un relato que recorría paralelamente la figura de Francesca y un acontecimiento que en esos días comenzaba a aterrar al mundo: la invasión militar de Rusia en Ucrania, que había comenzado el 24 de febrero, unos días antes de la muerte de Francesca.

Hay conversaciones que se deslizan por la memoria inmediata con cierto resplandor propio, quizás cuando nace de ellas un azar, un comentario, un hilo fino que se convierte en una trama o que se transforma de golpe en una historia... o en una sombra. De aquella conversación en Morelia surgió la imagen de un hombre altísimo y rubio que se paseaba por la casa de Francesca una noche remota en la que Raúl la visitó en la Ciudad de México. Es probable que haya

sido a mediados de los años noventa del siglo pasado. Francesca le contó a Raúl que este hombre había llegado con un policía a la puerta de su casa, traía un papel con su dirección y el nombre completo de Francesca.

Francesca le dio refugio, pero le fue imposible comunicarse con él; hablaba ruso y no comprendía nada de español. Francesca le pidió a Raúl que se llevara a este atento pero incomunicado hombre a Morelia, con un amigo mutuo, Jorge Bustamante, traductor del ruso y que seguramente podría conversar con él y dar cuenta de su situación en México. Raúl lo llevó y Jorge no sólo conversó en ruso con él, reveló su nombre y le dio asilo durante un par de meses. Anatoly era médico, cocinaba empanadas rusas, se llegó a tomar las lociones cuando se terminaban las reservas de vino, cerveza o vodka, se indignó cuando escuchó que el perro de Jorge se llamaba Pushkin; arreglaba todos los desperfectos caseros como una forma de agradecimiento con Jorge y con Olga Narváez, la esposa de Jorge, también colombiana. Además, Anatoly le contó a Jorge que había llegado a casa de Francesca porque su compañera, una mujer boliviana, amiga de Francesca y perseguida en su país, le dio la dirección para que se quedara ahí un tiempo y le ayudara a cruzar hacia los Estados Unidos para finalmente reunirse con ella en San Francisco, California.

IV

Sin decirlo, sin mencionarlo, hemos establecido un criterio que guía nuestras conversaciones: no caer en el absurdo de «tener la razón»; renunciar a convencer a los demás de nuestras opiniones. Con Jorge y con Raúl conversamos recurrentemente del tiempo presente recuperado en relatos, es decir, de la experiencia de volverse viejo, de cuidar a los viejos, de las enfermedades y del dolor que no se dejan narrar, pero también de los libros que leemos, de algunos acontecimientos políticos que abordamos sin que se resquebraje nuestra amistad bajo el sinsentido de que alguien logre tener la razón. En una época en que la «verdad» en las redes sociales se impone sin conversaciones posibles y, sobre todo, a partir de una exaltación desmedida de las emociones en las que difícilmente actúa el tiempo de la comprensión y de la narración, se vuelve cada vez más complicado sostener

relaciones narrativas que no estén ya extenuadas por las batallas tecleadas en las redes sociales. El bien luchando contra el mal ya secularizados, espontáneos y pueriles, extienden su reino sin memoria en las redes sociales y conquistan también los intercambios verbales de todos los días.

La conversación que sostenía la presencia de Anatoly también nos llevaba a enunciar la casi imposibilidad de comprender históricamente la guerra de Rusia contra Ucrania; si es o no una guerra religiosa con tintes nacionalistas... el puñetazo en la mesa de un imperialismo económico-regional, los elementos fascistas de los últimos gobiernos ucranianos y su política de «desrusificación», la imagen tan turbulenta de Vladimir Putin y su paralelismo con Eduard Limónov —protagonista de una espléndida novela de Emmanuel Carrère— y con otro personaje, Aleksandr Dugin, casi tan abyecto como Putin y supuesto ideólogo y filósofo de cabecera del régimen ruso, un «profeta fascista» que le fascina, como supuesta encarnación del mal, a algunos medios de comunicación estadounidenses como el *Washington Post*. Jorge, que en realidad es el que modera e ilustra nuestras charlas sobre la literatura y la política rusas, nos ha dicho que no sabía mucho de la existencia de Dugin, pero que es bastante verosímil la historia de que un pensamiento con ese perfil se encargue de proponer definiciones filosóficas que estimulan la actual nostalgia restauradora soviética; incluso Dugin colaboró con Limónov en la fundación del Partido Nacional Bolchevique, tal y como lo narra Carrère en su novela. «Putin es un autócrata fiel a cierta tradición política rusa que nunca ha conocido la democracia, ni antes ni después de la revolución ni tras la caída de la URSS. Precisamente tras la caída de la URSS han florecido los Limónov, los Dugin y toda una gama de conservadores y nacionalistas», afirmó Jorge.

Yo recordé que Francesca una vez me comentó que cuando intentó entrar a Rusia en su viaje a Mongolia, con Putin ya en el poder, ella perfectamente se dio cuenta en sus primeras impresiones de esa corrupción atroz que va del gobierno a la sociedad y que se expresa en detalles, en guiños, en gestos amables y de la cual no se puede escapar, aunque se vaya de paso. Francesca decía que ella desgraciadamente había crecido en una de las sociedades más corruptas de la historia, la del sur de Italia, la de la

isla de Siracusa, y recordaba el fracaso de Platón precisamente en Siracusa, al proponerle a un tirano el establecimiento de una república ideal, sin los excesos de las oligarquías y con las virtudes de la democracia.

Así, hablando sobre Rusia y Ucrania en una conversación larga y dispersa, llegó la imagen que más me perturba y que se desprende de la historia de Anatoly. Jorge nos comentó que seguía en comunicación con él. Anatoly llegó a San Francisco después de haber estado en casa de Jorge y Olga en Morelia y se encontró con la amiga de Francesca. Se casó con la perseguida boliviana y años después se separó de ella. Anatoly era un ruso-ucraniano que regresó a Kiev y que se volvió a casar con una mujer ucraniana con la que había tenido dos hijos y de la cual también se había separado. La exesposa y los dos hijos de Anatoly huyeron a Polonia cuando comenzó la invasión rusa. Anatoly se quedó en su apartamento en Kiev, esperando la inminente toma de la capital. En marzo el ejército ruso estaba ya en los alrededores y se escuchaban las bombas y las explosiones mientras Anatoly hablaba por teléfono con Jorge. En ese momento, Anatoly simpatizaba con las posiciones políticas del presidente de Ucrania, Volodimir Zelenski. Era peligroso opinar a favor de Rusia en plena invasión militar porque se habían exasperado las amenazas de grupos y milicias pronazis. Anatoly le comentó a Jorge que se podían escuchar murmuraciones en la calle que imploraban «¡Sálvanos Putin, sálvanos!».

Quizás escribo todo esto como una manera de retener la imagen de Francesca. Las nuevas guerras que vuelven a romper el mundo; las regiones, los países y las sociedades que estallan en pedazos incomprensibles; la evocación de las charlas con Francesca sobre Platón en Siracusa, sobre sus viajes por América Latina y por Mongolia; las nuevas ediciones de sus novelas, la lectura de su poesía, las charlas con Jorge y Raúl... todo me acerca a ella, pero, al mismo tiempo, me lleva ya irreversiblemente por el laberinto de su ausencia. Me perturban los murmullos que escuchaba Anatoly en Kiev pidiendo que Putin los salvara, me perturba la historia misma de Anatoly y el hilo que la une a la caída de Bizancio y a la figura de una Francesca remota en el tiempo, *ragazza*. También pienso en la belleza trágica de algunas historias y de los ataúdes blancos.  

Francesca Gargallo: maestra de maestras

Mariana Berlanga Gayón

¿A cuántas estudiantes no marcaste profundamente? ¿A cuántas profesoras no influenciaste? Pero tu máxima cualidad y la más difícil de imitar era tu coherencia: es decir, tu capacidad para decir y hacer al mismo tiempo. Pocas maestras como tú que ven en cada estudiante a un ser humano enorme, cargado de riquezas y de capacidades que a veces ni él mismo puede ver

Nunca fuiste mi maestra en el sentido formal y, sin embargo, lo fuiste en todos los demás sentidos. Cuando te vi por primera vez —creo que fue en la presentación de un libro—, supe que nos volveríamos a encontrar. No sabía dónde ni cómo, pero tuve la certeza de que nuestros caminos coincidirían. Y así fue.

Nunca había vivido algo parecido: ver tan claro el halo de luz que rodea a una persona, identificarme tanto con otra mujer tan distinta a mí, sentir una necesidad inmediata de lazo con una perfecta desconocida.

La segunda vez que te vi fue en una conferencia tuya. Para mi sorpresa, nombrabas con toda propiedad las preocupaciones que yo nunca había podido enunciar. Tú parecías tener la respuesta a todo eso que me quitaba el sueño: a mis dudas sobre la maternidad

como único destino posible, a mis fracasos en las relaciones con los hombres, a mi sed de justicia.

Una conocida nos presentó e inmediatamente nos hicimos amigas. Recuerdo que en aquella ocasión yo apenas me atreví a hablarte: tú eras ya una figura pública y yo una reportera que no lograba titularse. Pero tú rompiste el hielo con esa seguridad que te caracterizaba. Y por un tiempo fuimos inseparables.

Tú me enseñaste, sin duda, a ir más allá de mis prejuicios y de mis propios límites. Me enseñaste a escribir fuera del cuaderno; a no necesitar de una cuadrícula que guiara mis letras.

Gracias a ti cambié mi vocación de periodista por la de profesora. Y además, me mostraste el camino para sacar provecho de mi calidad de «extranjera» en el intimidante mundo académico.

Me hiciste consciente del *performance* que hay representar en los espacios que se dicen intelectuales. Me enseñaste a amarlos y, al mismo tiempo, a verlos con una distancia sana, crítica y con sentido del humor.

Aprendí mucho de tu risa y de tu pasión por las artes, por la filosofía y por la literatura. Además de los conceptos profundos del feminismo, me enseñaste cosas que ahora considero tan básicas como viajar o ir al cine sola.

Me impresionaban tus aires de princesa que convivían perfectamente con la naturalidad con la que tomabas el transporte público para visitar pueblos perdidos y barrios peligrosos. Pero sobre todo, me impresionaba tu capacidad para hablar con todo tipo de personas. Nunca conocí a nadie igual: porque tú tenías la capacidad de hacer sentir bien a todos tus interlocutores, al mismo tiempo que te tomabas la licencia de soltarles las verdades más incómodas.

De tu generosidad académica, ni hablar. Me pregunto: ¿a cuántas estudiantes no marcaste profundamente? ¿A cuántas profesoras no influenciaste? Pero tu máxima cualidad y la más difícil de imitar era tu coherencia: es decir, tu capacidad para decir y hacer al mismo tiempo. Pocas maestras como tú que ven en cada estudiante a un ser humano enorme, cargado de riquezas y de capacidades que a veces ni él mismo puede ver. Te vi acompañar el desarrollo académico de tanta gente con la que dialogabas de tú a tú en la cocina

de tu casa. Así, conformaste una tribu alrededor de ti, una escuela más allá de la escuela, una red de gente talentosa y solidaria que tal vez nunca se hubiera conocido entre sí de no ser por tu vocación de congregar, de agregar y de hacer coincidir sueños.

Tú me dirigiste dos tesis, pero eso fue lo de menos. Me diste los mejores consejos en momentos cruciales de mi vida. Por ejemplo, cuando tuve que acompañar a mi madre en sus últimos días. O cuando tuve que perdonar lo imperdonable. En fin, nuestra relación tocó profundidades que ahora mismo no sé explicar. Pero como todas las relaciones entre maestra y alumna, la nuestra se transformó drásticamente cuando yo crecí. Es decir, cuando me autoricé a ser mi propio referente: cuando decidí poner en práctica esa autonomía que tú me enseñaste.

Y sin embargo, el cariño quedó intacto. Y los años de convivencia contigo, ahora son parte de mí, de lo que yo soy, de lo que yo definiendo. No me imagino mi vida sin tu paso por ella en años clave: sin los viajes que hicimos juntas a Cancún, a Italia, a Belice, a todos los lugares que quedaron pendientes. Fuiste y eres parte de mi familia elegida, así como la bella Helena que sigue tus pasos en la danza de la vida y de las letras.

Fue una fortuna haber tenido una maestra de vida como tú. No tengo palabras para expresar lo que me produce tu ausencia. Y sin embargo, tengo la certeza —como la primera vez que te vi—, de que nos volveremos a encontrar. 



El salón de los espejos

Alejandro Aldama

Pequeña planicie rodeada de cerros eco de la ley seca sus primeros pasos de urbe futura sobre Avenida Revolución expendio de licor y mexican curios surcada por marineros insomnes que van o vienen de Corea desde San Diego Harbor una vuelta antes de morir o después del milagro sin ojos intolerantes el olvido o la pereza se ha llevado estás historias casi nadie recuerda la Tijuana de esos días la de los cincuentas cuando se amasaron fortunas y se construyeron leyendas de pachucos de esa red invisible de voces y signos unidos por un corredor de ida y vuelta de deseos

y aspiraciones Tijuana Oceanside Chula Vista San Diego Los Ángeles la de autos pegados al piso niquelados y vestiduras en los guardafangos de marquesinas encendidas toda la noche de fotografías anunciando muslos en el Waikiki El Molino Rojo El Saratoga parpadeo de las bombillas sugestivas como pulso de una ciudad crecida a calor de la ruleta y las cartas de mano de los talladores era la misma de los 20-30 heredada de mejores días la Tijuana de La Ballena la que tuvo una cuadra de largo y la barra más grande del mundo por donde corrían los tarros a velocidad supersóni-

ca para servir y divertir a los borrachos y a aquellos que habían venido para jugarse la última moneda en el casino de Agua Caliente y su casa de juego en esplendor El Salón de los Espejos a la que llegó Al Capone aparentemente solo para saber como iba el negocio dejando mudos a hombres y mujeres sin respiración a la que le entregó su abrigo y recibió cien dólares billete que no gastó y guardó para siempre y a todos los que le vieron con la boca abierta marcharse una noche plagada de estrellas en su flamante Cadillac Town Sedan 1928 







Ikigay
Mariana Borrego

SECCIÓN ESPECIAL

Sobre la dignidad metafísica del silencio

Leonel Toledo Marín¹

I

En el principio fue el silencio, silencio de infinito, abisal y amniótico. Silencio interior y cálido que, poco a poco, iba cediendo como el mar cuando se recoge. Era el *silencio primordial*, embrionario, que precedió y, a la vez, constituyó el marco irrenunciable de todos nuestros mundos sonoros.

II

En el principio, digo, ese silencio se fue desdibujando: primero, con la repentina aparición de un suave pulso acompasado que se hacía más presente, más robusto, más temporal; el silencio originario fue decayendo ante la presencia de un pulso batiente y puntual. Inició como una sutil palpitación que se volvió un ritmo vibrante que pronto se adhirió a nuestros tímpanos y reclamó, a partir de entonces, su primacía en nuestros oídos. El resultado fue que el silencio se hizo cada vez más débil, cada vez más lejano, hasta por fin tornarse imperceptible. El silencio fundamental languideció y se extinguió finalmente a fuerza de la irrupción del inquieto tambor mecánico que palpitaba una y otra vez, haciendo un eco que no dejaba lugar al descanso, ni al retorno: ese eco colmó nuestro espacio, haciendo vibrar con su pulsación al mar entero del vientre que nos alojaba.

¹ Agradezco la lectura crítica y las sugerencias de Isabel E. Gutiérrez.

III

Originalmente, el silencio coincidió con el nacimiento mismo del cosmos. Hace más de tres mil años, quienes tallaban la arcilla del *Enūma Eliš*, no titubearon en establecer la convivencia de los dioses progenitores en un estadio primario, desprovisto de nombres y análogo al vacío: «Cuando, arriba, los cielos no habían sido nombrados / y, abajo, la tierra no había sido designada con ningún nombre / estaba primero Apsû, su ancestro, / y su creadora Tiamat, madre de todos. / Ellos [Apsû y Tiamat] habían mezclado sus aguas: / [aún] no se habían juntado los pastizales, ni se habían extendido los cañaverales. / Cuando los dioses (ninguno había aparecido todavía) / no habían recibido sus nombres, los destinos no habían sido designados» (*Enūma Eliš*, Tab. 1, p. 79).

IV

Sabemos ahora que en el principio fue ese silencio líquido, primordial, dilatado, colmado de oscuridad, silencio en el que nada se sabe, nada se espera y donde, por tanto, nada puede desearse. Era el *silencio perfecto*, caracterizado por un suspenso sin origen que acabamos olvidando... y también añorando. La cosmogonía quiché del *Popol Vuh*, aún más explícita, devela este silencio primigenio del siguiente modo:

Esta es la relación de cómo todo estaba en suspenso, *todo en calma, en silencio; todo inmóvil, callado y vacía la extensión del cielo*. Ésta es la primera relación, el primer discurso [...] No se manifestaba la faz de la tierra. Sólo estaban el mar en calma y el cielo en toda su extensión. *No había nada junto, que hiciera ruido, ni cosa alguna que se moviera, ni se agitara, ni hiciera ruido en el cielo*. No había nada que estuviera de pie; sólo el agua en reposo, el mar apacible, solo y tranquilo. No había nada dotado de existencia (*Popol Vuh*, cap. I, p. 169).

Así, mientras el silencio cósmico fue reemplazado por el vocerío de la creación y por el *fiat* de los dioses histéricos, el silencio fetal se ahogó en aquella cascada retumbante de latidos regulares, y acabó siendo devorado por la invasión masiva de las percusiones, por las vocalizaciones que brotaron de la garganta oscura del caos y de la noche germinal de los antiguos filósofos.

V

Parménides (s. V a.C.), a quien debemos la descripción del camino hacia la divinidad que nos reveló el misterio del Ser, se esfuerza por denunciar en su *Poema* (particularmente en su Proemio), el ruido que le hostiga durante todo el viaje: el galope sostenido de las yeguas que conducen el carro, mientras «los ejes del cubo [de las ruedas] despedían un sonido silbante, agudo y chispeante (pues era acelerado por dos ruedas bien redondas por ambos lados), cuando con prisa me condujeron las doncellas Helíades...» (*Los filósofos presocráticos*, frg. 1043, p. 475). Extrañamente, la mayoría de los comentaristas ha desdeñado este pasaje tratándolo como circunstancial, pero es claro que estos versos merecen más atención, pues parecería que el traqueteo al que es sometido el sabio eleata (propio del «camino, abundante en signos, de la diosa»), es el requisito que le ha impuesto el hado para aprender la verdad. No es, por tanto, «el olvido del Ser» lo que debemos reprocharle a la filosofía occidental, sino el *olvido del silencio*.

VI

Después del olvido, se impuso como ley de nuestra propia naturaleza que nuestro mundo auditivo no estuviera jamás vacío. Primero, se llenó de cadencias cuyas trepidaciones enajenantes se extendían hasta nuestras membranas. Con ese pulso desarrollamos nuestra primera danza, una danza embrionaria nacida como protesta ante los vaivenes y oscilaciones que venían de la caja torácica de ritmos. Después, la severidad puntual de esos latidos sirvieron de marco a otras vibraciones ocasionales, interiores y exteriores, que se arrastraban a veces o tenían la intermitencia de las puertas azotadas por el viento. Estas vibraciones aparecían con registros azarosos, con énfasis impredecibles y sincopados. Después sabríamos que eran las voces de los otros.

Al decaimiento del silencio le siguió la imposición de una base rítmica que todavía es fuente y compás para la melodía vocal, con sonidos que se superponen, se conjugan, se acercan y se alejan caprichosamente...¿y cómo sabemos que lo hacen *caprichosamente*?, justo porque, en el marco de nuestro mundo auditivo, tenemos un metrónomo que desde la reclusión materna nos enseñó a diferenciar y advertir lo regular y lo irregular de la voz que aparece como en relieve y se desplaza con otro tiempo. El ritmo precede entonces a la melodía, pero el ritmo es a su vez precedido por el silencio del descanso original. Y, como hemos dicho antes, ese silencio fue olvidado.

VII

Fuimos, por tanto, desterrados de nuestro silencio fundamental y originario por el asalto de las percusiones, por la acometida de los latidos que anunciaron, literalmente, el ataque de las voces, el ataque de los sonidos (como se dice hasta ahora en música); desventurados, padecimos la invasión de un ejército de murmullos que profanaron nuestra quietud, e hicieron con nuestro silencio lo que los Cruzados hicieron en la tierra sagrada. Expulsados de este paraje calmo y sin fin, dejados a merced de los vaivenes de las voces y de sus interminables acentos, *quedamos huérfanos de nuestro silencio primigenio*. Y esta tragedia nos acompaña siempre, nos define más allá de lo que podemos sospechar: haber perdido el silencio nos dejó al desamparo de las estridencias, condenados a la sonoridad. Al nacer, nuestro llanto estalló reclamando venganza por ese desgarramiento.

VIII

Sin embargo, por cierto, muy pronto las voces tiernas, almibaradas, literalmente *melodiosas*, se apresuraron a emblandecernos con el disimulo del falso consuelo. Me refiero aquí al señuelo de las voces maternas, a las voces lejanas y cercanas, reales o ficticias, tersas y acompasadas que pronto terminaron por sepultar nuestro silencio primordial. La naturaleza silente, el *arjé*, terminó por ocultarse y se confundió con las ruedas del carro parmenídeo, con las cuerdas bien tensadas del arpa o con el repiquetear del clavecín de temperamento virtuoso.

IX

Pronto aprendimos a escuchar y a preferir las voces del consuelo que, agradables, seductoras y de buen ánimo, nos invitaban a olvidar aquella quietud originaria; luego, atendimos y aguzamos nuestros sentidos a las melodías encantadoras y nos solazamos con sus prodigios. Perfeccionamos nuestros oídos para escuchar mejor los cantos (es este el sentido en que se usa hasta el día de hoy la palabra «afinar»). Después, sólo quedó asegurarnos de confiarle la consolación de nuestra desgracia a la musa con el mejor carácter, la siempre alegre, la del genio festivo...no es casualidad que «la del buen ánimo» sea la definición etimológica de Euterpe.

X

Quienes posean espíritu filosófico y consideren atentamente este asunto, no deben sino reconocer que, en el origen, la música nos fue otorgada para atenuar una pérdida fundamental, y para asegurar nuestro olvido de aquel estado en el que no hay nada que escuchar. Arrojadlos al mundo sonoro pero confortados por las cadencias y escalas sosegadoras, sucumbimos y, ya rendidos, acordamos habitarlo plácida y cómodamente. Este beneplácito con el mundo sonoro, esta aceptación conformista y gustosa de sus métricas se revelan, hasta hoy, en los significados de las nociones de *acorde* y *armonía*, que expresan escandalosamente nuestro contrato implícito o explícito de no vivir añorando el silencio.

XI

El resto de la historia es mejor conocido: del acuerdo pasamos a la complicidad y, con ésta, *atribuimos música al cosmos entero*, a los planetas y a sus esferas. Identificamos y numeramos las proporciones y los intervalos existentes en la mente del Demiurgo de Platón, para luego predicarlos de las esferas de Ptolomeo y buscarlos en la providencia según Boecio, en los modos de Gioseffo Zarlino, en el frenesí de Robert Fludd y en los misterios cosmográficos de Johannes Kepler. Gran parte de la historia de la música fue la reiteración exaltada de nuestro pacto con el cosmos sonoro, y durante mucho tiempo hemos acudido sin falta al forzado ritual de nuestra antigua alianza con la *Harmonia Mundi*.

Sin embargo, a pesar de los afanes de más de dos milenios de filosofía y de teoría musical, nada nos restituye la quietud primordial, que a veces se insinúa por todas las pausas que tienen la impronta de lo formidable, como la que antecede al estruendo del rayo, la del trance del iluminado o la quietud previa al fragor del combate. Así, por ejemplo, fueron los místicos medievales quienes alcanzaron a adivinar este silencio al postular que el nombre de la divinidad era, simplemente, impronunciable. Para los intelectos más heterodoxos del medioevo, la divinidad se reveló silente, como nada absoluta, como paradoja fundamental descrita por la mística negativa, o como el espasmo que acompaña la visión solitaria de lo temible.

XII

Matilde de Magdeburgo vivió en el siglo XIII, para ella, lo divino se manifiesta en la unión del alma con dios, en una relación descrita como el íntimo ocultamiento de la amante que se entrega en secreto a su Señor: «Nuestra comunión es vida eterna desprovista de muerte. Hay un silencio bienaventurado según su mutua voluntad. Él se da a ella y ella se da a él. Lo que le ocurre ahora, ella lo sabe, y es esto lo que hace mi consuelo, pero esto no puede durar mucho tiempo, pues cuando dos amantes se unen en secreto, deberán a menudo separarse sin siquiera despedirse» (*Mujeres trovadoras...*, p. 111).

XIII

La larga recuperación del silencio originario posee la forma de una tradición espiritual que se encuentra ya en Pseudo-Dionisio (ss. V-VI), se extiende a Margarita Porete (quemada viva en 1310), Guillermo de Ockham (ss. XII-XIV), y alcanza a Teresa de Ávila y Juan de la Cruz (ambos del s. XVI). Primero, el silencio se avistó con el terror bien fundado de la experiencia inefable de la nada, en una eterna noche oscura; después, al mismo tiempo que la *Harmonia mundi* se desgajaba por la fuerza de la filosofía mecanicista de la modernidad temprana, se intuyó junto con la angustia ante lo inabarcable: «Le silence éternel de ces espaces infinis m'effraie»² (*Pensées*, frg. 187, p. 161), dice Blaise Pascal, ya en pleno siglo XVII. Y lo dice bien, porque regresar al silencio implicó un camino tortuoso y discordante. El vértigo del infinito fue asociado al misterio, a lo innombrable, a lo que no posee sonido alguno.

XIV

Paradoja: en una misma época, el Barroco, oímos la expresión más entusiasta y sublime del acuerdo con el mundo musical en la sofisticación del contrapunto y, a la vez, encontramos al pensamiento renunciando al mundo en una reclusión severa, cartesiana y delirante, exiliado en las penumbras de Rembrandt, acaso con el temor de la voz de lo sagrado.

2 «El silencio eterno de estos espacios infinitos me espanta».

XV

Hubo que esperar hasta el siglo XIX para que el silencio y el infinito recobraran todo el esplendor de su dignidad metafísica, y que el alma humana lo reclamara para sí. En «L'infinito» de Giacomo Leopardi, el silencio se desprende de la imaginación contemplativa, allende el horizonte: «Ma sedendo e mirando, interminati / Spazi di là da quella, e sovrumani / Silenzi, e profondissima quiete / Io nel pensier mi fingo; ove per poco / Il cor non si spaura. . .»³ (*Los cantos*, XII, p. 106). Pero si el pasaje evoca el silencio abismal y la emoción pascaliana, es sólo para tensarlos inmediatamente con el mundo audible: «E come il vento / Odo stormir tra queste piante, io quello / Infinito silenzio a questa voce / Vo comparando: e mi sovien l'eterno, / E le morte stagioni, e la presente / E viva, e il suon di lei. . .»⁴ (*idem*).

Leopardi compara las voces del mundo sonoro con la inmensidad silente y, en lugar de atemorizarse como Pascal, decide naufragar en la mar silenciosa. El pensamiento del poeta, colmado de quietud, va a la deriva en un silencio que se describe como sobrehumano e infinito, justo como el silencio originario del que hemos hablado líneas antes: «Così tra questa / Immensità s'annega il pensier mio: / E il naufragar m'è dolce in questo mare»⁵ (*idem*).

XVI

Mar, infinitud, misterio y divinidad son los signos que emanan de la plenitud esférica del *arjé*, de lo metafísicamente fundante, de la simple unidad absoluta que nació, se olvidó y continúa oculta hasta ahora, disimulándose en los resquicios del tiempo o en los versos que Paul Valéry publicó en 1920: «Oui! Grande mer de délires douée, / Peau de panthère et chlamyde trouée / De mille et mille idoles du soleil, / Hydre absolue, ivre de ta chair bleue, / Qui te remords l'étincelante queue / Dans un tumulte au silence pareil»⁶ (*El cementerio marino*, p. 50).

3 «Pero sentado y mirando, espacios interminables más allá [del horizonte], y *silencios sobrehumanos*, me finjo en el pensamiento, donde por poco el corazón no se atemoriza. . .»

4 «Y mientras oigo el viento susurrar entre estas plantas, yo *aquel infinito silencio a esta voz [del viento] voy comparando*, y me sobreviene lo eterno y las estaciones muertas, y la presente viva, y su sonido».

5 «Así, en esta inmensidad se anega mi pensamiento, y el naufragar me es dulce en este mar».

6 «¡Sil, gran mar dotado de delirios, piel de pantera y clámide atravesada por miles de imágenes del sol, Hidra absoluta, ebria de tu [propia] carne azul, que te muerdes la brillante cola en el estruendo del mismo silencio».

XVII

El silencio primigenio es, por tanto, el silencio terrible e insondable de lo absoluto.

Textos citados

Conrado Eggers Lan (ed.). *Los filósofos presocráticos*, vol. I. Editorial Gredos. Madrid, 2000.

Georgette Épiney-Burgard y Émilie Zum Brunn. *Mujeres trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval*. Ed. Paidós, Barcelona, 2007.

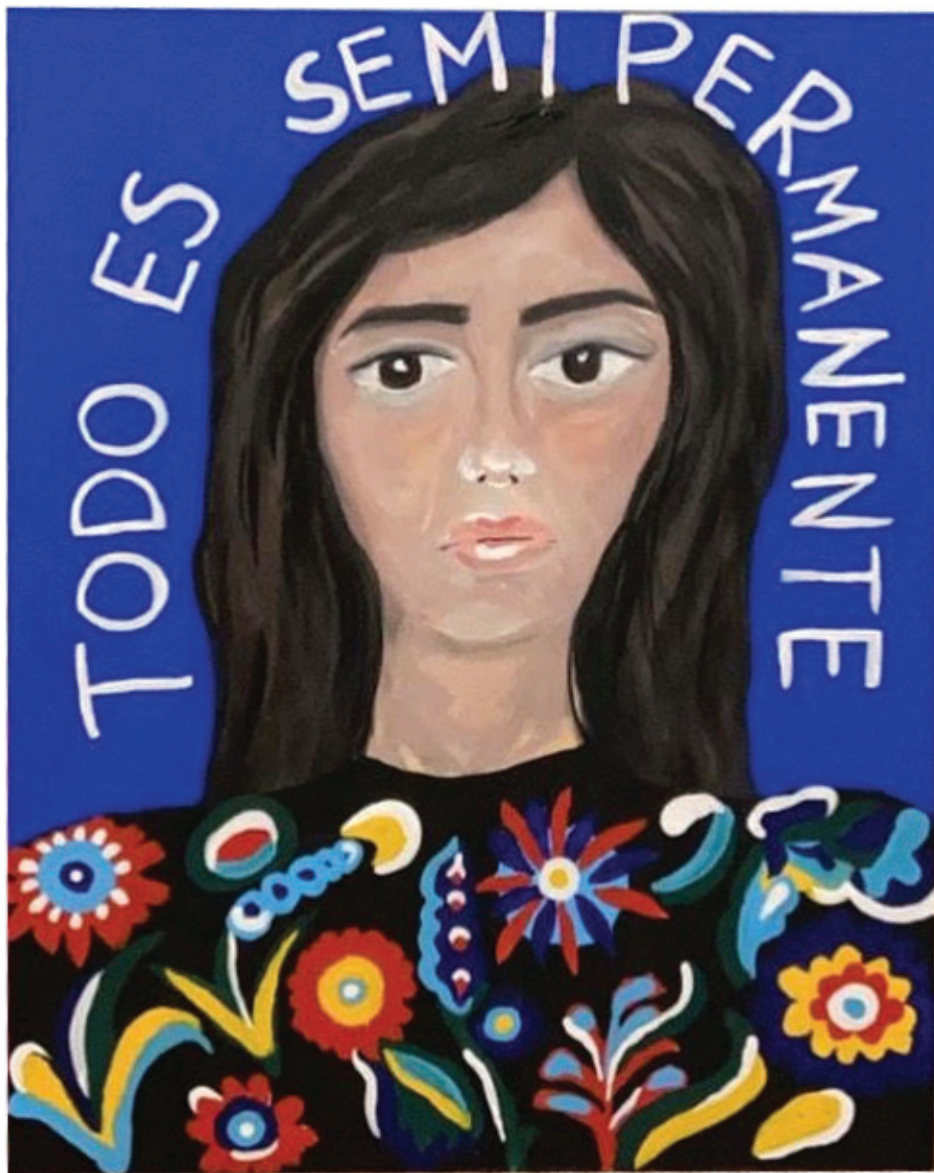
Giacomo Leopardi. *Los cantos*, ed. bilingüe. Ediciones 29. Barcelona, 1996.

Blaise Pascal. *Pensées*, Ed. Michel le Guern, Gallimard. París, 1977.

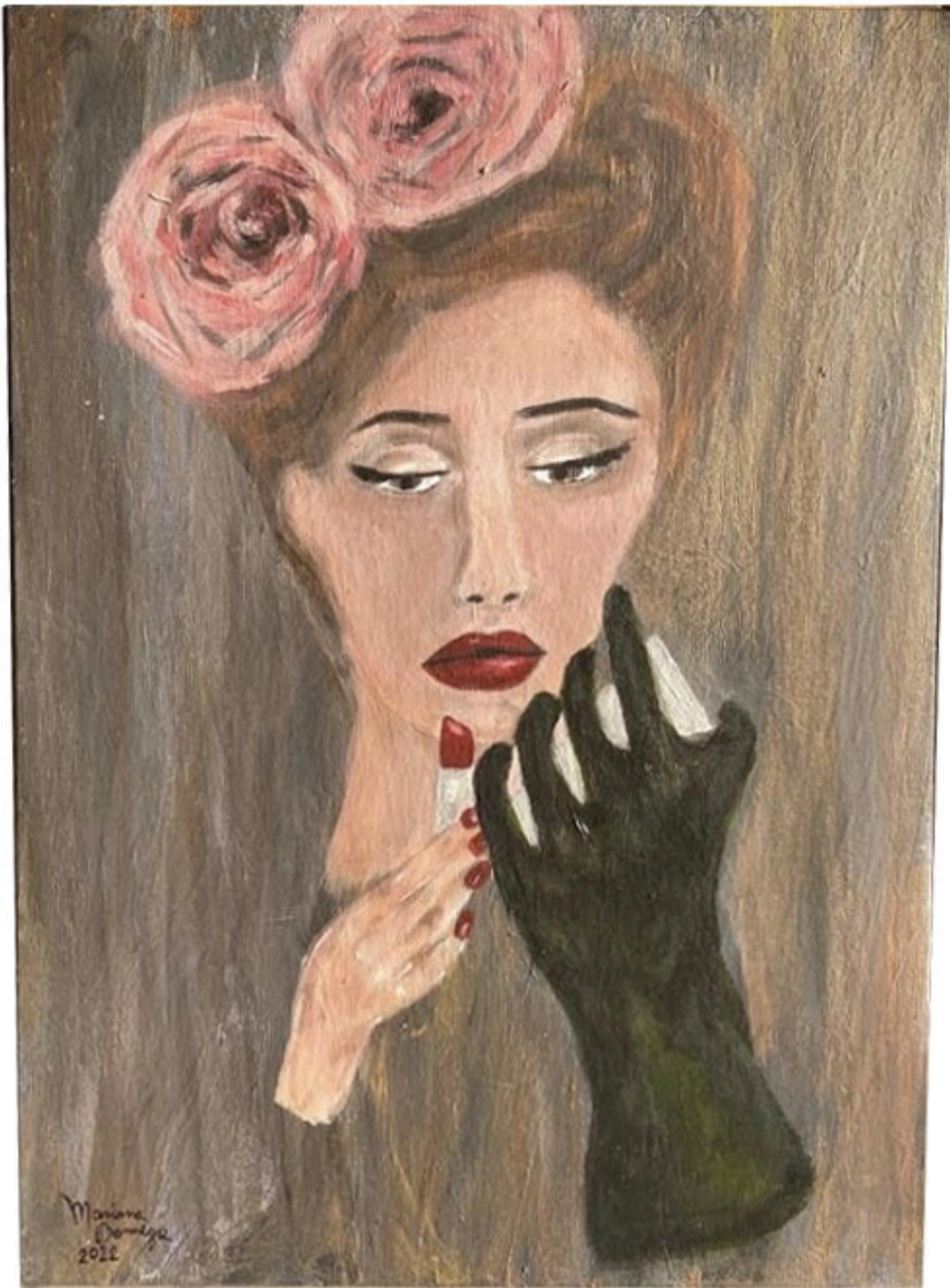
Adrián Recinos (trad.). *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Fondo de Cultura Económica. México, 2012

Phillippe Talon (ed.). *The Standard Babylonian Creation Myth. Enûma Elîš*, The Neo-Assyrian Text Corpus Project. Finlandia, 2005.

Paul Valéry. *El cementerio marino*, ed. bilingüe. Alianza Editorial, Madrid, 2017. 



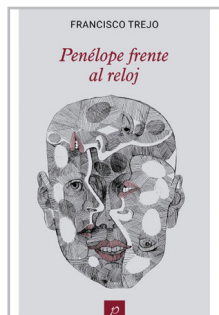
Permanencia voluntaria en permanente
Mariana Borrego



Espejito, espejito
Mariana Borrego

Alejandra García

Poesía



Francisco Trejo. *Penélope frente al reloj*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Universidad Juárez del Estado de Durango. México, 2021.

Este poemario nos entrega un panorama íntimo de una ausencia, la del padre. Partiendo de la metáfora del tejido del tiempo, la distancia y el acercamiento a través de la memoria. Una lectura que nos recuerda el constante retorno de las olas del mar, regresa la figura casi mítica del abuelo, el padre, la hermana, la madre, vuelve el yo, a veces como un desconocido.

Ensayo



Cathy Fourez. *Vidas de sangre. Mujeres en la narrativa mexicana del crimen*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Universidad Autónoma de Aguascalientes. México, 2021.

La literatura mexicana contemporánea escrita por mujeres se ha visto influida por la violencia que circunda a lo femenino, desde el ámbito familiar hasta el público, pasando por la violencia del narcotráfico o el odio misógino, solapado por un sistema patriarcal que ha extendido y disfrazado una impunidad generalizada.

Ensayo



Adriana Azucena Rodríguez. *Caracter/Carácter. El personaje literario*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México. México, 2021.

Suele analizarse al personaje como si de un ser humano de carne y hueso se tratara, sin sus naturales ataduras al capricho y la imaginación del escritor, por ello, nuestra autora se da a la tarea de establecer juiciosa distancia para entender a cabalidad, a partir de distintas teorías literarias, a los entes de la ficción.

Ensayo



José Garza. *Las oponentes: talento y resistencia*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Universidad Autónoma de Sinaloa. México, 2021.

Oriana Fallaci, Elena Poniatowska, Alma Guillermoprieto y Arundathi Roy son cuatro mujeres que se enfrentaron a la verdad desde diferentes frentes, Fallaci desde el conflicto bélico. Poniatowska desde la masacre del 68, Guillermoprieto desde la problemática latinoamericana y Roy desde la defensa de la paz.

Poesía



Maya López Ramírez. *Conjuro para romper un espejo*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México-Ediciones Bon Art. México, 2022.

Animada por el torrente del pasado esta obra nos revela el oficio de la supervivencia, escapa de la muerte, se salva, se redime de las sombras, se disfraza para despistar al enemigo, desde los primeros días, como si el nacimiento fuera un cambio de piel y el abismo un escondite seguro.

Autobiografía



Jane Lazare. *El nudo materno*. Editorial Las afueras. España, 2021.

La maternidad es un nudo visceral que la autora va desatando en estas memorias escritas en la década de los setenta. Un clásico del feminismo que derriba el mito de la abnegación y la sumisión, el matrimonio, la realidad de los afectos. La distancia no resta actualidad a este ensayo autobiográfico.

Nuestros colaboradores

Francesca Gargallo

Adriana Azucena Rodríguez. Narradora, ensayista y académica. Autora los libros *Las teorías literarias y el análisis de textos*, *La verdad sobre mis amigos imaginarios*, *De transgresiones y otros viajes*, *El infierno de los amantes*, entre otros. Es profesora investigadora en la UACM.

Carmen Nozal. Poeta. Obtuvo, entre otros, el Premio de Poesía UNAM, el Premio Universitario de Poesía y el Premio Nacional de Poesía Joven Elías Nandino. Ha publicado los libros de poesía *Agua-mor*, *República*, *De la confesión nocturna*, *Flores nocturnas*, *Palabra interior*, entre muchos otros.

Carmen Ros. Narradora y ensayista. Profesora de tiempo completo en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Autora, entre otros, de la novela *Y entonces me enamoré de ti*.

Eduardo Mosches. Poeta, editor y ensayista. Director y fundador de la revista *Blanco Móvil*. Autor de los poemarios *Los lentes de Marx*, *Los tiempos mezquinos*, *Viaje a través de los etcéteras*, *Como el mar que nos habita* y otros.

Esther Charabati. Escritora, filósofa y docente. Profesora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

Entre sus obras publicadas se encuentran *Rasgando el tiempo: los judíos, extraños en la casa*; *El oficio de la duda*, *Contra la autoridad*, *No soporto el paraíso* y la colección *Cuentos y valores*.

Eve Gil. Narradora, ensayista y periodista cultural. Autora de *Hombres necios*, *El suplicio de Adán*, *Réquiem por una muñeca rota*, *Cenotafio de Beatriz*, *Electra masacrada*, entre otros libros. Ha colaborado en *Etcétera*, *Saberver*, *Hoja X Hoja de Reforma* y muchas otras.

Guisela López. Ensayista y poeta. Obtuvo, entre otros, los reconocimientos Premio Investigadora del año Facultad de Humanidades y Dirección General de Investigación UAG y Certamen Académico para Mujeres Mayas-Garífunas-Xinkas-Mestizas. Autora de los libros, *Voces Urgentes*, *Mujer de nueva cuenta*, *Nueva mirada*, *Versos del desamor*, *Postales de ciudad*, *Brujas*, entre otros.

Gustavo Ogarrio. Narrador, poeta y ensayista. Acreedor del Premio Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés, el Premio Nacional de Cuento Fantástico y Ciencia Ficción, entre otros.



Autor de los libros *La mirada de los estropeados*, *Épicas menores*, *Turbulencia dosmilonce*, *¿En qué estábamos, Agripina?*, entre otros.

María del Rayo Ramírez Fierro. Filósofa, escritora e investigadora. Profesora-investigadora de la UACM. Coordinadora del Grupo de Investigación “O inventamos o erramos” desde 2013. Autora de los libros *Simón Rodríguez y su utopía para América* y *Utopología desde nuestra América*, entre otros.

Mariana Berlanga Gayón. Escritora, investigadora y académica. Su pensamiento está fuertemente comprometido con el análisis de la relación entre el feminicidio y la violencia generalizada, generalizada que se desató en México a partir del 2007. Autora de numerosos artículos sobre este tema y del libro *Una mirada al feminicidio*.

Leonel Toledo Marín. Filósofo y académico. Ha realizado su investigación en torno a los principales temas filosóficos del Medioevo, el Renacimiento y la modernidad temprana. Ha publicado artículos especializados sobre el humanismo, el empirismo, el escepticismo y el racionalismo.

Alejandro Aldama. Editor, guionista y escritor. Fundador de las revistas: *México en el tiempo*, *Arqueología Mexicana*, *Relatos e historia en México*. Es autor y coautor de varios libros. Productor de programas de televisión.

Teresa Dey. Es autora de *Mujeres transgresoras*. Fue coordinadora de producción en México del programa *Octavio Paz, mexicano del siglo*, para el canal *People and Arts*. Es coautora del libro *Alas para la construcción de un país*. Es profesora investigadora de tiempo completo en la licenciatura de Creación Literaria de la UACM.

Verónica Ortiz Lawrenz. Periodista y escritora. Ha publicado las novelas: *Sobrevivientes*, *No me olvides*, *Una decisión equivocada*, *la niña en el jardín*; el libro de entrevistas *Mujeres de palabra*; el poemario *Abecedario de las culpas*, entre otros. Fundadora de la estación de radio Código CDMX.

Alejandra García. Lectora voraz y columnista de *Cultura Urbana* desde su fundación.



CULTURA URBANA

Invita a los miembros de
la comunidad de la
Universidad Autónoma de la
Ciudad de México
y a los lectores en general
a enviar a la redacción
colaboraciones y comentarios.

Coordinación de Difusión Cultural y Extensión Universitaria:
Dr. García Diego, 170, col. Doctores, del. Cuauhtémoc,
México, D.F., c.p. 06720, rowenabalip@gmail.com
y rowena.bali@uacm.edu.mx